

Reinaldo Sapag ha escrito con maestría lo que constituye una verdadera saga familiar. En lenguaje sencillo, sin aspavientos y sin pretender construir mitos o héroes, muestra la epopeya de un inmigrante, con sus penurias, sus éxitos y su contribución personal y familiar a la construcción del Chile moderno. Esta historia se refleja en mis recuerdos, en mi propia vida de familia, en las dificultades y en los éxitos del pasado. La calle Meiggs, donde nací y viví hasta partir, con mi mujer, a la aventura de estudiar en Chicago, es imborrable en mi memoria. Ahí conocí a las familias Chahin, Naser, Maron, Arcuch, Aiquel y tantas otras que construyeron su futuro a costa de esfuerzo y sacrificio, con honradez a toda prueba, con firmes principios cristianos, enseñando a sus hijos a amar a Chile sin olvidar sus raíces.

El emocionante libro de Reinaldo Sapag es así una conmovedora historia familiar en su contexto histórico, que resalta cómo el amor, la honestidad y el esfuerzo contribuyen a determinar las circunstancias que la rodean. Pero este libro va más allá. Demuestra que el hombre y la familia son capaces de construir su propio entorno, en una suerte de exaltación del libre albedrío tan fundamental en la fe cristiana.

CARLOS MASSAD A.
Descendiente Libanés

Este no es un libro cualquiera; es un canto de amor. Reinaldo ha evocado para nosotros la epopeya de la inmigración de su padre, su decisión de partir, el desgarramiento familiar, la llegada a la América de la esperanza y las dificultades, el esfuerzo sin límites para surgir y enviarles a la familia alguna ayuda, para decirles que todo estaba yendo bien y rogarles que se decidieran a venir, para recibirlos con los brazos y el corazón abiertos. Y cuando finalmente llegó el momento de formar su propia familia, logró transmitir esa cultura maravillosa que trajeron nuestros "viejos" del Medio Oriente, donde el cariño era el centro y la dulzura el modo de ser. Tenemos que agradecer a Reinaldo por ser nuestra propia voz cuando delinea con emoción este retrato luminoso de su padre, que es el mismo que atesoramos de nuestros padres y abuelos que han vivido odiseas y desafíos similares.

NICOLAS MAJLUF S.
Descendiente Palestino

Reinaldo Sapag Ch. MIS RAICES PROVIENEN DE SIRIA

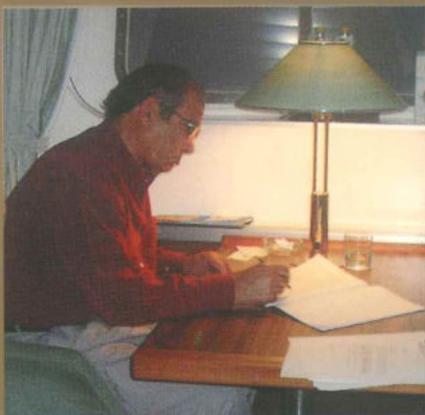
MIS RAICES PROVIENEN DE SIRIA

*La Historia Familiar
de un Inmigrante Árabe*



Reinaldo Sapag Chain

EDICIONES COPYGRAPH



REINALDO SAPAG CHAIN, nació en San Antonio el 10 de junio de 1939. Hizo sus estudios en el Instituto del Puerto con los Hermanos del Sagrado Corazón. Posteriormente se trasladó a Santiago donde se tituló de Ingeniero Comercial en la Universidad de Chile. Ha sido profesor de las universidades de Chile, Pontificia Universidad Católica, Adolfo Ibáñez, Andrés Bello y Diego Portales, continuando su actividad académica hasta el día de hoy. Ha sido consultor de Naciones Unidas, director y presidente de importantes empresas a nivel nacional. En el 2005 recibe junto a su hermano Nassir, el premio central en la Cena Anual de ASEXMA, por su contribución a la imagen país a través de la cultura económica por su libro "Preparación y Evaluación de Proyectos", texto utilizado en la gran mayoría de las universidades de habla hispana. Desarrolla también actividades sociales en especial como Vicepresidente Ejecutivo de la Aldea de Niños Cardenal Raúl Silva Henríquez en Punta de Tralca.

A Angelica Estanley
con mucho cariño
Reinaldo Sapag
Setiembre 2006

MIS RAÍCES PROVIENEN DE SIRIA
LA HISTORIA FAMILIAR DE UN INMIGRANTE ÁRABE

Reinaldo Sapag Chain

Ediciones Copygraph

Septiembre de 2006

Mis Raíces Proviene de Siria

Primera Edición Julio - 2006
© Reinaldo Sapag Chain

Nº de Inscripción 152.909
ISBN: 956-7119-23-6
Ediciones Copygraph

Diseño de Portada: Claudio Sapag P.

Diagramación e Impresión: Printext Ltda.
Santa Laura 1319 - Independencia

Santiago, Septiembre 2006

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

*A mi familia, aquella cuyas raíces están en
Siria y a esta mi familia tan amada
construida en Chile, las que se confunden en
la pertenencia y en el amor.*

Reinaldo Sapag Chain.

*" Los padres son para los hijos; los hijos no
son para los padres"*

Cardenal Raúl Silva Henríquez

INDICE

Prefacio	
Introducción	
Capítulo I	Homs
Capítulo II	La partida
Capítulo III	El viaje
Capítulo IV	Buenos Aires
Capítulo V	Santiago de Chile
Capítulo VI	Los primeros pasos en Chile
Capítulo VII	La llegada a San Antonio
Capítulo VIII	El ambulante se radica
Capítulo IX	La Rosa
Capítulo X	Llegan los hermanos, el padre y una de las hermanas
Capítulo XI	Aparece la esposa
Capítulo XII	El matrimonio
Capítulo XIII	Las hermanas de Chucre
Capítulo XIV	Llegan los hijos
Capítulo XV	La Familia Chain Curi
Capítulo XVI	Los tíos Antonio y Tito
Capítulo XVII	Mi infancia junto a mis padres
Capítulo XVIII	La casa de Lauro Barros
Capítulo XIX	La Pascua de Chucre
Capítulo XX	Referencia Genealógica
Capítulo XXI	Fotografías

PREFACIO

Este libro se comenzó a escribir en Barcelona el domingo 24 de octubre del 2004. La mayor parte de estos recuerdos fueron redactados cuando con mi esposa Sylvia, nos embarcamos en un crucero que nos llevaría a las costas mediterráneas de Francia, Mónaco, Italia y Túnez, para llegar nuevamente a Barcelona. Posteriormente continuó su redacción en España, en las costas de Cataluña, en la Costa Brava, en la playa d' Aro, en Begur, Bisbal y otros hermosos pueblos y localidades de la siempre bella España.

De regreso en Santiago la redacción se paralizó, continuándose esporádicamente en viajes posteriores a Bogotá y Cochabamba en los años 2004 y 2005. La obra culminó escribiéndose en los fines de semana en mi casa de descanso en Las Cruces en los años 2005 y 2006. El lector debe situar todas las fechas, tomando como referencia el año 2004, en el inicio de la redacción de esta historia real.

INTRODUCCIÓN

Provengo de una familia cuyas raíces están en Siria, país lejano y desconocido, pero al que amo profundamente, ya que allí nació mi padre, Chucri o Chucre, me da lo mismo como lo pronuncien o como lo escriban, puesto que para mi siempre será mi padre, el que me dio la vida, mi progenitor, el que me inculcó valores, el que me enseñó a amar a Dios sobre todas las cosas, el que me perdonó todo, el que sin palabras elocuentes me mostró la vida, el que con su tenacidad y esfuerzo me enseñó que se es más feliz sirviendo que ser servido. Con su ejemplo me predicó en el silencio que es mucho más importante dar que recibir; que el entregar nuestro esfuerzo a los demás y que poder hacerlo aún a costa de grandes sacrificios, afanes, desvelos y fatigas, constituye un privilegio que Dios nos regala. Que la vida es una oportunidad maravillosa de poder sentirse útil, y que allí, en la entrega silenciosa de todos los días, en esa entrega generosa y sin cálculos, está presente Dios y a través de El, el amor, origen y causa, inicio y fin, alfa y omega de la verdad, de la honradez, de la justicia, de la solidaridad, de la vida eterna.

En Siria nació también mi abuela, Nahima, la única abuela que tuve el privilegio de conocer y que me acompañó cerca de 50 años de mi vida. Ella fue hasta el año 1989, fuente inagotable de mis raíces profundas, de la sabiduría milenaria del Oriente Medio, del esfuerzo sin límites, de la fidelidad en el amor incondicional a su esposo, mi abuelo José, a quien no conocí. Ella, junto a mi padre, fueron mi alma mater, figuras señeras de esa su patria lejana y distante y que representó para mi por mucho tiempo, la vinculación presente y palpable de mi sangre siria, de mi origen árabe, del inmigrante, que sin renegar de su origen y de su raza, de sus costumbres y de su lengua, de sus hábitos y de su cultura, se integró a esta mi patria, el Chile querido que les regaló oportunidades, esperanzas, trabajos,

bienes materiales y espirituales, y la posibilidad de educar a sus hijos, de integrarlos a esta su nueva patria, a la que nunca dejaron de agradecer y de amar.

Así, Amelia, mi madre, hija de Nahima y de José, nace en Chile, se educa en Chile, habla el español y lo escribe correctamente, a diferencia de mi padre y de mi abuela, pero sin embargo, mantiene incólume su amor ancestral a la Siria originaria, país que aún no conozco a pesar de mis 65 años de vida, país que tampoco conoció mi madre.

Este libro surge principalmente por el deseo de mis hijos, en especial de Verónica, para que les relate la prodigiosa vida que me tocó en gracia vivir junto a mis padres: Chucre, 26 años mayor que mi madre Amelia, y así dejar un testimonio real de lo que viví junto a ellos, de las enseñanzas que recibí, de los ejemplos que me dieron y de los relatos que mi padre y mi madre me hicieran acerca de sus propias familias, de sus esperanzas y de sus afanes.

Dejaré que sean mis recuerdos los que vayan construyendo la trama de la aventura de vivir junto a un inmigrante sirio y a una hija de inmigrantes, que decidieron unirse para toda la vida en Santiago de Chile un 21 de mayo de 1932, cuando Chucre tenía 41 años y Amelia 15.

Intentaré no inventar nada, no novelar nada, ni tampoco vestir a mis padres o abuelos con ropajes ajenos o con grandezas inexistentes. Intentaré con la mayor fidelidad posible relatar mi infancia junto a ellos y lo que recuerdo de lo que mis padres me contaran acerca de sus propias vidas. Por lo tanto, parte de estos escritos se sustentan en lo que ellos me relataron y otra parte en lo que a mi me tocó vivir y sentir junto a ellos.

Reinaldo Sapag Chain

Termino de escribir esta introducción en el puerto de Barcelona, España. Estamos con Sylvia, mi esposa, a bordo de un crucero en el que recorreremos parte del Mediterráneo, el mismo mar que un día de 1908 lo atravesó mi padre en su aventura de emigrar desde Homs, Siria, hasta llegar a Santiago de Chile para radicarse finalmente en el puerto de San Antonio.

Nosotros con Sylvia habíamos partido de Santiago el lunes 18 de octubre del 2004 a Madrid, donde arrendamos un automóvil y, antes de embarcarnos, recorrimos las ciudades de Cuenca, Albarracín, Teruel, Tudela, Zaragoza, Pamplona y San Sebastián en España. Posteriormente viajamos a Francia a visitar Lourdes y rezarle a la Omnipotente Intercesora por todos los beneficios recibidos, por los que se han ido y por nuestros hijos, nuestras familias y nuestros afanes cotidianos, en especial por la Aldea de Niños del Cardenal Silva Henríquez de Punta de Tralca. Después viajamos desde Lourdes hasta Barcelona haciendo una nueva escala en Pamplona y luego en Montserrat, donde alojamos, en las puertas de Barcelona, antes de devolver, al día siguiente, el auto que habíamos arrendado y embarcarnos en el crucero.

Temprano en la mañana del domingo 24 de octubre fuimos a misa a la hermosa catedral gótica de Barcelona, de tantos recuerdos y oraciones por nuestra hija Carolina que estudió un master en esa ciudad. Ahora ella está de regreso en Santiago, pero mucho sufrimos cuando nos comunicó, hace un tiempo atrás su deseo de vivir en Barcelona, ciudad a la que retornó después de su postgrado en busca de nuevos horizontes. Lo mismo había decidido mi padre un siglo atrás.

CAPITULO I

HOMS

La mayor parte de los sirios que llegaron a Chile a comienzos del siglo veinte provenían de Homs, una pequeña ciudad de 80.000 habitantes en la Siria de aquel entonces, en el Asia Menor, país que limitaba con Palestina, El Líbano, Jordania, Irak y Turquía. La verdad es que no conozco a ningún sirio que no provenga de Homs. Recuerdo que mi padre guardaba un libro publicado en Chile a mediados de la década de los 40, en el que se hacía un catastro de todas las familias árabes que hasta ese instante se habían establecido en Chile, y en donde aparecía una pequeña referencia al lugar de origen de cada uno de ellos. El libro separaba a las familias por su origen: palestino, libanés y sirio.

Mucho me agradaba, una vez que aprendí a leer, buscar en la sección dedicada a Siria, el nombre de mi padre. Recuerdo que el libro, bellamente empastado, lo guardaba en su velador. Así es que, sentado en la alfombra a los pies de su cama, me entretenía buscando su nombre, puesto que allí aparecía también el de mi madre Amelia y el de los dos hijos que constituían hasta ese momento la familia: Fernando y Reinaldo. Ciertamente que me llamaba la atención ver mi nombre impreso en un libro tan bello, especialmente en una época en que se editaban tan pocos libros en Chile. Recuerdo que también me preocupaba de leer los otros nombres que aparecían en ese libro, ordenados alfabéticamente, muchos de los cuales los había escuchado nombrar por los relatos de mis padres y la verdad es que no recuerdo que alguno de los tantos que existían en ese diccionario biográfico árabe, en la

sección correspondiente a Siria, no apareciera que su lugar de nacimiento fuese distinto a Homs

Mi padre, al contarme su infancia en Homs, me mostraba un país pobre que se encontraba bajo el dominio del Imperio Turco Otomano, el cual tenía sumido al pueblo sirio en la miseria y el abandono, descuidando absolutamente la educación, en especial para las minorías cristianas a la que pertenecía mi padre y tantos otros sirios homsienses que finalmente se radicaron en Chile, en buena medida como consecuencia de lo anterior.

Por los relatos de mi padre me había formado la imagen, que mantengo hasta el día de hoy, que los turcos exacerbaban el fanatismo religioso y así los musulmanes vivían en permanente discordia con los grupos minoritarios cristianos. La mayor parte de los sirios, el 90 por ciento de la población, eran en aquel entonces y lo siguen siendo hasta el día de hoy, musulmanes. Lo mismo ocurría con los turcos por lo que el antagonismo religioso en los terribles tiempos de la dominación, tenía para los jóvenes sirios cristianos un doble efecto negativo: ser cristianos y vivir bajo el dominio de un imperio hostil, el cual, fundamentalmente por omisión o inacción, no desarrollaba políticas que favorecieran el desarrollo educacional, social o económico de la población de los territorios ocupados. Quizás no hayan sido las cosas exactamente como las descritas, pero esa es la imagen que me ha acompañado toda la vida a raíz de lo que escuchaba en mi niñez.

Por otra parte, las leyes impuestas por los turcos invasores obligaban a los jóvenes de Siria, Palestina y Líbano cumplir el servicio militar obligatorio en el Ejército Imperial

Turco Otomano a partir de los 17 años de edad y por un período de tres años.

Contaba mi padre que para él resultaba imposible aceptar vestir el uniforme militar turco, otro tanto ocurría con muchos de sus compañeros del colegio ortodoxo San Jorge de Homs, quienes no deseaban por motivo alguno prestar servicios militares a un país que no era el suyo y que los utilizaría posteriormente en el frente de batalla, para defender intereses que no compartían y que, por el contrario, eran rechazados por ellos. No estaban dispuestos a arriesgar sus vidas en la defensa de un agresor que tanto daño estaba causando al pueblo árabe y en especial a las minorías cristianas.

Ya algunos jóvenes sirios nacidos en Homs habían emigrado a América en busca de mejores perspectivas de vida. La alternativa de venir a América comenzó a fraguarse en la mente de mi padre cuando tenía apenas 15 años. Por cierto que el servicio militar obligatorio constituía un acicate muy importante para una decisión de esa naturaleza, pero también influía la falta de oportunidades en un país empobrecido y en donde su milenaria y generosa cultura estaba siendo ignorada por un imperio invasor y déspota.

Por otra parte, algunos jóvenes sirios que habían emigrado a América y que retornaban a Homs, principalmente en busca de una mujer para desposarla y llevarla posteriormente al país que habían decidido emigrar, contaban con entusiasmo contagioso acerca de las posibilidades que se abrían en Brasil, Venezuela, Uruguay, Argentina o Chile. La falta de oportunidades que su propia patria les negaba, se

¹ Para algunos familiares el nombre que ellos recuerdan es el de Mariana.

abrían generosas y hospitalarias en las tierras americanas a pesar de las enormes diferencias culturales e idiomáticas, barreras terribles que había que aprender a superar. Esos jóvenes que volvían al Blad (palabra tantas veces escuchadas en boca de mi padre para referirse al terruño, a la patria natal, a sus raíces), volvían no para quedarse sino que para retornar, volver a la América de las oportunidades, a la América de la paz, a la América que les abría sus puertas de par en par a los inmigrantes árabes, a la América donde formarían sus familias y donde se entregarían por entero a demostrar que eran capaces y que si se les daba una oportunidad podían ser exitosos y felices.

Mi padre escuchaba con inmenso interés los relatos de aquellos que volvían de aquellas lejanas tierras y constataba su entusiasmo y sus deseos de retornar para quedarse, llevándose como esposas a mujeres de su misma raza, lengua, costumbres y cultura. Y entonces, cada vez con más fuerza, penetraba en su corazón el deseo de emigrar a América y así se lo comunicó a sus padres, Abraham y Manira¹.

Chucre, mi padre, era el segundo de seis hermanos, a cinco de los cuales conocí, incluido mi padre. Con el que se quedó en Homs, Tufik, nunca tuve ningún contacto.

Por cierto que la pretensión de Chucre de venir a América contó con el más enérgico y decidido rechazo de mis abuelos Abraham y Manira. Especialmente la oposición vino por su madre, quien con firmeza expresó que jamás le daría autorización para irse de Siria.

En aquellos tiempos, los primeros años del siglo veinte, cuando mi padre tenía 15 años estudiaba, como se dijo, en el

colegio ortodoxo San Jorge de Homs. Este colegio contaba con apoyo económico otorgado directamente por el Zar de Rusia, quien respaldaba económicamente y financiaba no sólo este colegio en Homs sino que también en otros países árabes, donde muchas escuelas cristianas ortodoxas recibían su ayuda generosa. De esta manera, Rusia era el protector en Siria de los ortodoxos del rito griego, religión que profesaban los cristianos árabes bajo la dominación turca. Contaba mi padre que el Zar solía visitar Palestina y los santos lugares para Semana Santa, y que ello no sólo estimulaba su fe, sino que principalmente lo inducía a demostrar solidaridad con los árabes cristianos tan desprotegidos, a fin de que no se apagara la luz de Cristo en los mismos lugares donde Jesús nació, vivió, predicó el Evangelio, murió en la cruz y resucitó.

Creo haber visto una foto del colegio San Jorge de Homs. Era un largo edificio de dos pisos. Al centro de la edificación se podía apreciar una capilla que culminaba con una cruz y a cada lado de ella se ubicaban las salas de clases. Mi padre nos contaba que una ala del edificio era para los estudiantes varones y la otra para las mujeres. La capilla era el lugar de encuentro, en donde sí podían concurrir en conjunto hombres y mujeres para los oficios religiosos.

Mi padre participaba en el coro del colegio. El coro era mixto por lo que las niñas del ala femenina y los varones del ala masculina se juntaban para alabar a Dios en la Capilla de que disponía el colegio. Nahima, la única abuela que conocí, cantaba también en ese mismo coro, siendo mi padre algo mayor que ella. Jamás se imaginarían en aquel entonces, cuando corría el año 1905, que 27 años más tarde, en Chile, mi padre Chucre se casaría con la segunda de las hijas de su amiga Nahima, mi madre Amelia.

La bondad y generosidad de los rusos fue siempre muy alabada por mi padre. Agradecía el haber tenido la oportunidad de educarse y formarse en momentos que la educación era en Siria un verdadero privilegio. Algunos pocos, incluso, recibían posteriormente becas para obtener educación superior en universidades en Rusia, por lo que era posible encontrar en Homs profesores sirios educados en Rusia y también uno que otro "jaquim" (doctor).

Los profesores, en señal de respeto y gratitud a Rusia, enseñaban a los alumnos algunas palabras del vocabulario ruso. Recuerdo que mi padre contaba los números en ruso y en más de una oportunidad nos rezó el Padre Nuestro en ese mismo idioma.

Ciertamente que la posibilidad de educarse también repercutió en la voluntad de mi padre y de tantos otros sirios de buscar nuevos horizontes, puesto que el destino que les esperaba en Siria era realmente deprimente, en especial si se consideraba, como se señaló, la obligatoriedad del servicio militar bajo las órdenes del Imperio Turco Otomano. La educación que recibían en la escuela ortodoxa les hacía ver dramáticamente lo que les esperaba con los dominadores, por lo que esta situación influyó notablemente en mi padre en su decisión de emigrar.

Es probable que esta apreciación de la importancia de la educación en la decisión de emigrar por parte de miles de palestinos, libaneses y sirios es lo que explique que la gran mayoría de los árabes que emigraron a América fuesen cristianos ortodoxos, integrándose muy fácilmente a la Iglesia Católica, la que reconoce como válidos todos los sacramentos del rito ortodoxo. De esta forma, ir a misa, comulgar, confesarse,

bautizarse o casarse es igualmente válido para la Iglesia Católica como para la Iglesia Ortodoxa.

La decisión de mi padre, con el transcurrir del tiempo, se hace cada vez más comprometida y así se lo comunica a sus padres quienes continuaron negándole su autorización. Las disensiones se tornaban cada vez más difíciles ya que ninguna de las partes quería aceptar los deseos de la otra. Para mis abuelos la partida de Chucre significaba desmembrar la familia y quizás con qué consecuencias posteriores. ¿Se querían ir después el resto de los hijos?

A pesar de las dificultades que se vivían en Siria, para Abraham y Manira no resultaba para nada atractivo aceptar el alejamiento de uno de sus hijos, más aún si se toma en consideración las costumbres que existían en aquella época, en donde los hijos sólo dejaban la casa paterna cuando contraían matrimonio.

Los hijos varones eran muy importantes para las familias árabes de aquel entonces, por lo que la partida de ellos constituía un dolor muy grande. También el sentido de familia y su unidad, extremadamente arraigada en la cultura árabe de los cristianos ortodoxos, constituía un freno importante para las pretensiones de emigrar de mi padre. La separación de un hijo significaba un dolor del alma que ciertamente importaba muchísimo para todos, tanto para el que quería partir como para aquellos que se quedaban.

Pero mi padre, a pesar del dolor y la angustia que ello representaba, insistía en la urgencia de su partida y, además, necesitaba que le proveyesen de los medios para poder hacerlo. La pretensión de Chucre no era fácil de concretar puesto que

la familia no era rica y, entregar a mi padre libras de oro turcas para emprender la aventura de un largo viaje no era para nada simple. Sin embargo, y a medida que se acercaba el tiempo de ingresar al servicio militar, las súplicas de mi padre se hacían cada vez más intensas. En vista que no conseguía lo que pretendía Chucre toma una decisión extrema: huye de la casa paterna sin decir dónde se encontraba. Vino entonces la búsqueda desesperada, pasaron algunos días de gran sufrimiento para todos, hasta que al fin lo encuentran en un pueblo cercano. Entonces mis abuelos lo reprenden muy duramente por su actitud. Mi padre sin mostrar arrepentimiento alguno les dice que su decisión está tomada y que él se irá de la casa y llegará a América les guste o no les guste.

En ese momento, mis abuelos Abraham y Manira, toman plena conciencia de que sus intentos de convencer a mi padre de quedarse en Siria impidiendo que emigrara, no darían resultado y así aceptaron con gran dolor y pena darle su aprobación y deciden contribuir a hacer posible la salida de Siria del hijo amado.

Así, terminaba la niñez de mi padre en Homs y aún siendo niño con sólo 16 años, partiría a la América ansiada, a miles de kilómetros de distancia, a la aventura del inmigrante, buscando nuevos caminos y un futuro mejor. Su infancia segura y bella al lado de sus propios padres tocaba a su fin. La seguridad del pan de todos los días, de la caricia y el beso del padre y la madre al amanecer y al anochecer junto con las oraciones de cada día, los cuidados infinitos de Manira por todo lo suyo, su ropa, su calzado, su salud, sus comidas favoritas, en fin todo lo que los padres entregan a un hijo, llegaban a su fin así, de la noche a la mañana.

Siempre pienso lo duro y difícil que tuvo que ser para mis abuelos la partida de Chucre. Si hoy disponiendo de tantos adelantos tecnológicos, llamadas telefónicas instantáneas y el poder llegar a cualquier parte del mundo en solo horas de viaje, resulta difícil y dolorosa la partida de un hijo, cuánto más duro habrá sido en aquella época en que no existían ni el teléfono, ni el avión, cuando la travesía sólo podía hacerse en barco, cuyas salidas eran esporádicas, cuando el correo demoraba más de dos meses en llegar de Sudamérica a Siria. Ciertamente que tuvo que haber sido extremadamente duro y triste ese día, probablemente del año 1907, cuando mi padre abandona, sin saber que lo era para siempre, su tierra natal, su infancia segura junto a sus padres en Homs, sus raíces, sus amigos, su idioma, su colegio, su cultura, los amaneceres y atardeceres de su ciudad y en fin todo aquello que había constituido su vida por 16 años.

Termino de escribir estos recuerdos transmitidos por mis padres a bordo del barco Holiday Dream en viaje desde Barcelona a Villefranche, Francia, el día lunes 25 de octubre del 2004. A cada momento pienso en mi padre y en su travesía por estas mismas aguas cuando se trasladaba también en barco desde Trípoli hasta Buenos Aires, pero en condiciones mucho más precarias que hoy en día

A cargo de nuestra cabina está un chileno, Marco Arancibia, un inmigrante que dejó también su tierra natal de Villa Alemana para buscar en España mejores perspectivas de vida. En su corto relato de los hitos más importantes ocurridos en sus 10 años de emigración, me ha llamado la atención cómo la familia y en especial su madre y su hijo que viven en Chile, tienen para Marco el sentido de pertenencia a lo que es suyo y que nadie le podrá arrebatar : su familia y su

tierra natal. Marco muestra una gran alegría en su trabajo, lo hace con eficiencia y muy buen humor para con todos los pasajeros, lo que le permite ganarse la simpatía de ellos. Siempre bien dispuesto a hacer las cosas bien. Para él, ser un servidor es una característica innata que lo hace sentirse a gusto. Como decía San Francisco de Asís " que no busque tanto el ser servido como el servir ". Eso mismo me enseñaron mis padres con sus palabras, pero principalmente con sus ejemplos de vida.

De los 350 tripulantes que lleva la nave 37 son inmigrantes chilenos que han salido con penas y esperanzas de su terruño, dejando familia y amigos para así buscar mejores perspectivas de vida. En condiciones por cierto mucho más adversas, mi padre hizo lo mismo cerca de un siglo atrás.

CAPITULO II

LA PARTIDA

No tengo muchos datos acerca de la partida. Sin embargo mi padre nos relató muchas veces sus sentimientos acerca de los preparativos de su largo viaje y cómo fue su travesía, primero en tren y después en barco hasta llegar a Buenos Aires.

Para salir de Siria era necesario disponer de una identificación que en este caso, por estar el país bajo el dominio turco, el pasaporte tuvo que ser emitido por su Majestad el Sultán del Imperio Turco Otomano. De esta forma se confeccionaba un pasaporte en donde primaban las letras en alfabeto árabe. Muy pocas palabras en francés, especialmente para identificar al Imperio Turco y un grabado con los símbolos del escudo de ese Imperio. En ninguna parte se podía apreciar por un latino que el portador de esa identificación era sirio, palestino o libanés, sólo aparecía una pequeña frase escrita en francés en donde se señalaba que la procedencia del pasaporte era del imperio turco otomano.

En aquellos tiempos la moneda de cambio era el oro, por lo que se hacía necesario disponer de libras turcas en ese metal para el inicio del viaje. El oro era aceptado en cualquier país del mundo, así que fue necesario juntar las libras turcas, única moneda en circulación en la Siria de aquel entonces, para que mi padre pudiera llevarlas consigo en el largo viaje a América. Con grandes sacrificios y esfuerzos, mis abuelos juntaron el dinero que permitiría la partida. El supuesto implícito era que, llegando a América, Chucre tenía que

batírselas por su propia cuenta, por lo que el dinero con que partió le debía alcanzar para llegar a Buenos Aires en barco y, de allí en adelante, procurarse por sí mismo los medios necesarios para vivir.

El vestuario que se le preparó fue el existente en Siria en aquella época, túnicas largas de algodón hechas por mi abuela; lo mismo ocurría con el resto de su vestimenta, toda confeccionada por las manos hacendosas y cariñosas de mi abuela Manira. Para cubrirse la cabeza llevaba el típico "turbash", el cual utilizó durante su travesía. No tenía ninguno de reemplazo, sólo el que llevaba puesto.

Mis abuelos, además, se preocuparon de regalarle para su viaje y para su estada en América, una Biblia empastada para que pudiese hacer sus oraciones y así leer la palabra de Dios en su lengua y con sus letras, tanto los pasajes del Antiguo como los del Nuevo Testamento. Los libros en el idioma árabe se leen en distinta forma a como se leen en la mayoría de los idiomas que comúnmente conocemos. Así la contraportada para nosotros es la portada para los árabes y la lectura es de derecha a izquierda y no de izquierda a derecha como se lee en el idioma español y muchas otras lenguas. Esta Biblia acompañaría a mi padre hasta el día de su muerte ocurrida el 13 de julio de 1970. Hoy la conservo como un verdadero tesoro y de vez en cuando la hojeo y miro esas letras que no entiendo para nada, pero que si sé que allí están las mismas enseñanzas y los mismos libros sagrados que están incluidos en cualquier Biblia Católica y también allí están los ojos de mi padre que tantas veces la leyó.

En ciertas páginas hay algunas anotaciones hechas por él en árabe y se aprecia un uso constante y diario de ella. Se

encuentra algo deteriorada como consecuencia de los más de 100 años transcurridos desde su impresión y por tantos años de lectura. Aunque está ajada, se conserva en perfectas condiciones y constituye para mí el legado en idioma árabe de la fe que me fuera transmitida con amor por mis padres. También conservo, como otro gran tesoro, la Biblia que utilizara mi madre, la cual tiene una hermosa dedicatoria del Cardenal Raúl Silva Henríquez fechada para un día de su cumpleaños. Igual que la de mi padre, se observa llena de anotaciones y se constata un uso de todos los días. Hoy día ambas Biblias se encuentran una al lado de la otra en la biblioteca de mi casa.

Toda la familia se preparaba para la triste despedida. El hermano mayor, Tufik y el resto de los hermanos Camilo, Lamia, Miguel y Sarwi escuchaban con atención las palabras de mi padre quien, en todo instante, les aseguraba que volvería y que llegaría un día en que todos podían estar juntos en América. Les aseguraba que, con el dinero que reuniría, les enviaría monedas de oro a fin de que ellos pudiesen ir también a vivir junto a él en tierras de América.

Contaba mi padre que la despedida más dolorosa fue con su madre y también con su hermana menor, Sarwi, de sólo tres años y a la que, por ser la más pequeña, mi padre quería entrañablemente. A ella le prometió que haría todo lo que estuviese de su parte para que algún día pudiesen juntarse nuevamente en América.

Finalmente, llegó el día de la partida. En un tren saldría Chucre desde Homs hasta el puerto de Trípoli. Allí se embarcaría para atravesar primero el Mediterráneo y después el Atlántico hasta llegar a Buenos Aires.

La familia entera despidió a Chucre en la estación de ferrocarril. Allí se encontraban Abraham y Manira acompañados de todos sus hijos, quienes, tristes y llorosos, despedían al hijo y al hermano que emigraba.

Mi padre, lleno de esperanzas y optimismo no podía ocultar su pena inmensa por esta separación precoz. Sin embargo anidaba en su alma la certeza del reencuentro, de un pronto reencuentro con su familia. Se sentía absolutamente seguro de lograr juntar en América el dinero necesario para que ese reencuentro fuese en condiciones distintas a la vida difícil y sin horizontes de su Siria natal. Todos lloraban, en especial su madre, quien deseaba retener a su hijo, impedir que emigrara y así tenerlo siempre a su lado. Sin embargo todo estaba consumado, la partida inminente se produciría en pocos momentos más. Todos se confundían en abrazos y peticiones al Dios Todopoderoso para que siempre acompañase y ayudase a Chucre en esta aventura hacia la América esperanzadora. Suena el pitazo que da la orden de partida y el tren empieza a alejarse lentamente desde el andén. Mi padre saca su cabeza y parte de su cuerpo por la ventana del vagón, enviando besos y señas de despedida a esa familia que tanto amaba. Un nudo oprimía su garganta mientras veía a todos los suyos haciéndole saludos de despedida. De pronto mi padre advierte que su madre se desmaya y cae al suelo del andén, siendo rápidamente auxiliada por su padre Abraham y por el resto de sus hermanos. Pero él ya no podía hacer nada para auxiliarla. Chucre se había ido.

Así, mientras el tren se alejaba lentamente, su familia, su querida familia, se encontraba arrodillada junto al cuerpo de su madre que poco a poco comenzaba a revivir. Cada vez que mi padre contaba su partida de Homs, terminaba su relato

con lágrimas en los ojos principalmente por su madre tan amada, y por el gran sufrimiento que su partida le provocó. En esos momentos, mi padre no podía saber que nunca más la volvería a ver. Por el contrario, con el corazón apretado y sus ojos llorosos, le pedía a Dios fuerzas para salir adelante, para triunfar en América y así demostrarle a sus padres y a su familia que todo ese dolor no era en vano, que vendrían tiempos mejores y que entonces estarían nuevamente todos juntos, viviendo en condiciones muy distintas al precario futuro que le esperaba en su Siria natal.

Termino de escribir estos recuerdos transmitidos por mis padres el martes 26 de octubre. En la mañana habíamos llegado a Villafranche, desembarcamos y después de recorrer el pueblo tomamos un tren que nos llevó a Montecarlo, Mónaco, donde recorrimos este principado construido sobre roca y elevándose en forma increíble en las montañas que desembocan abruptamente en el Mediterráneo. Edificios altísimos miran al mar encumbrándose en la montaña de dura roca.

En Villafranche, en la estación de ferrocarril había en el andén un cartel que indicaba dirección a Mónaco - Montecarlo. En el andén del frente, señalaba dirección Niza, Cannes y Marsella. Estábamos a muy pocos kilómetros del puerto de Marsella, primera recalada del barco que llevó a mi padre desde Trípoli a Buenos Aires. Sus ojos habían observado el mismo paisaje, 96 años atrás, que ahora podían ver los míos. Pero, ¡cuánta diferencia había entre ese viaje y el mío!. El de él lleno de incomodidades de dolor y esperanzas, sufriendo las burlas y vejámenes que vivió en Marsella como relataré en el próximo capítulo. Su corazón estaba lleno de incertidumbre por su futuro y por la decisión que había adoptado. Y en su

alma se anidaba la pena y el dolor por esa despedida dramática.

En mi caso, viajando cómodamente en un hermoso buque crucero de 12 pisos, instalado en una suite con televisión, escritorio y ventanas que miran al Mediterráneo. Con comodidades inimaginables y con la posibilidad de comunicación instantánea con nuestra familia y amigos. Y, sin embargo, al recordar en estos relatos su vida, mi corazón sufre pero, junto con la tristeza que me embarga, también siento el orgullo de ser su hijo, orgullo por su esfuerzo heroico y mi corazón se inflama con un profundo sentimiento de gratitud hacia él y hacia Dios, porque nada de lo que hoy soy y de lo que dispongo lo habría alcanzado sin su esfuerzo, sin su amor y sin el apoyo de Dios.

CAPITULO III

EL VIAJE

¡Cuántos pensamientos se habrán cruzado por la mente de mi padre después de su partida!

Según me diría muchos años más tarde, esa despedida, esa visión que mantuvo en su retina durante toda la vida, la de su madre caída en el andén, constituyó para él el acicate y la fuerza de su tenacidad ilimitada. Sentía la necesidad de demostrar que todo su esfuerzo no era en vano que a pesar de la pena, la decisión de venir a América era la decisión correcta y que esos momentos de dolor se compensarían infinitamente con los tiempos de gozo y de felicidad que América traería consigo.

Tampoco tengo muchos antecedentes acerca del viaje. Recuerdo solamente algunos incidentes que mi padre nos contaba y que lo hacían reír de buena gana, a pesar de que en esos momentos ellos no fueron para nada simpáticos y agradables.

Contaba mi padre que, cuando llegó a Trípoli y se bajó del tren en la estación del ferrocarril, se dirigió al puerto a fin de arreglar sus papeles de viaje y esperar el barco que zarparía hacia la ansiada América. El barco no era de pasajeros y, por lo tanto, tenía que esperar en el puerto la llegada del buque mercante que lo llevaría a Argentina. En aquel tiempo los barcos funcionaban a vapor, de allí que mi padre siempre utilizaba el termino "vapor" para referirse a los barcos. La tecnología existente a principios del siglo pasado para la carga

y descarga era muy rudimentaria, necesitándose una gran cantidad de personas para la realización de esas faenas. Algunos trabajadores pertenecían al mismo barco y muchos otros debían de contratarse en los puertos donde fondearía la embarcación a fin de efectuar esas pesadas tareas.

Hubo que esperar algún tiempo hasta que, finalmente, llegó el barco que lo llevaría a América. El destino era Buenos Aires. En esos tiempos aún no se concluía la gigantesca obra de ingeniería que haría posible unir los océanos Pacífico y Atlántico mediante la habilitación del canal de Panamá; por lo tanto, el destino normal de la marina mercante que hacía el trayecto entre Asia Menor o Europa con América, era a través de la ruta que cruzaba el Atlántico para llegar así a las costas americanas. Mucho menor era la frecuencia de barcos que hacían el trayecto a Valparaíso, puesto que la única forma y más rápida de hacerlo, cuando no existía el canal de Panamá, era a través del estrecho de Magallanes, recalando en el puerto de Punta Arenas antes de continuar viaje a Valparaíso. Ciertamente que esa ruta alargaba el viaje en forma muy significativa ya que más que se duplicaba la cantidad de millas a recorrer. Es por ello que la inmensa mayoría de los inmigrantes árabes que llegaron a América lo hicieron recalando en puertos del océano Atlántico. Por lo demás, el costo del viaje resultaba ser mucho más económico y, dadas las precarias condiciones en las que emprendían el viaje, este factor tenía una gran importancia.

Por ello, prácticamente todos los árabes que finalmente se radicaron en Chile lo hicieron vía Buenos Aires. Hay que tomar en cuenta que el objetivo de abandonar las tierras que los vieron nacer, era el de llegar a América, al menos eso le ocurrió a mi padre, sin tener claro cuál sería el lugar específico donde finalmente se radicarían. Los primeros árabes que

llegaron a América lo hicieron simplemente mencionando siempre esa palabra mágica, símbolo de una nueva vida: América. En efecto, Chucre nunca le dijo a sus padres donde se establecería, sólo les mencionaba que quería llegar a América.

Recuerdo que mi padre mencionaba el nombre del barco que lo trajo a Buenos Aires. Sin embargo no he podido recordar cómo se llamaba. Sólo conservo en mi memoria que se trataba de un barco especialmente diseñado para el transporte de carga, con grandes bodegas y que el pequeño camarote común donde habitaría mi padre, muy cerca de la cocina, no tenía ninguna comodidad, sólo una litera donde acostarse. Ciertamente que él, sobrellevaba estas condiciones tan precarias, con gran entusiasmo puesto que era la forma de ver cumplido su sueño, que tantos esfuerzos y dolores le habían costado a él y a su familia. Contaba mi padre las grandes molestias que tuvo como consecuencia de los movimientos del barco en alta mar y cómo ello lo afectó notablemente, con fuertes mareos y vómitos que lo mantuvieron tumbado durante un buen tiempo en la primera etapa de su viaje.

El barco haría una primera escala en el puerto de Marsella, en Francia, donde dejaría parte de las mercancías embarcadas en Trípoli y a su vez cargaría nuevos productos para la larga travesía que significaba cruzar el Mediterráneo, pasar por el estrecho de Gibraltar y de allí semanas de viaje para cruzar el océano Atlántico, en donde sólo vería mar y cielo hasta llegar a Buenos Aires.

El tiempo de espera en Marsella, mientras se desarrollaban las faenas de carga y descarga, no era predecible

con precisión. Allí le ocurre a mi padre su primera gran confrontación con la realidad: un idioma desconocido, unas letras cuyo significado no entendía, costumbres tan distintas a las de su Homs natal. Caminaba por las calles de Marsella observándolo todo, con curiosidad, puesto que nada le era familiar, todo le era novedoso.

La gente vestía de otra forma y, por lo tanto, la figura de mi padre vestido con su túnica y con su sombrero "tarbuch", contrastaba con la vestimenta occidental de Francia de principios del siglo pasado. Allí se percató de la barrera que significaba el choque frontal de culturas tan distintas. Allí se dio cuenta de que el idioma árabe de poco o nada le servía para comprender lo que a él le decían o lo que él decía.

Nada entendía, ni nadie le entendía a él; los números no eran sus números, las letras no eran las suyas, hasta las calles eran distintas. La gente que pasaba a su lado lo miraba con curiosidad, especialmente por su vestimenta. Nada podía consultar puesto que nadie le entendería lo que decía. Por lo tanto, después de satisfacer su curiosidad y darse cuenta de lo que le esperaba en América, decide refugiarse en el puerto, en su barco, en donde con algunos otros "paisanos", que también habían emigrado, podía al menos hablar en su propia lengua.

En Marsella, en el interior del recinto portuario, le ocurre un incidente singular : mientras observaba las faenas de carga de su barco, los trabajadores que efectuaban esas tareas comenzaron a reírse de él, en especial por su aspecto, dada la vestimenta que llevaba. Lo que más les llamaba la atención era su sombrero, el "tarbuch" que llevaba puesto.

Mi padre no entendía lo que decían, pero sí se percataba que se estaban burlando y riéndose a costa suya. En un momento se acerca a él uno de los del grupo y riéndose a carcajadas le arrebató su sombrero y lo lanza a otro compañero. Mi padre entonces intenta recuperarlo pero, cuando llegaba donde el que lo tenía, éste lo lanzaba a otro compañero y así sucesivamente.

La persecución duró un buen rato con el enojo y molestia de Chucre y el jolgorio de aquellos que se reían a su costa tirando su "tarbuch" de un lado a otro. El incidente culmina cuando uno de ellos lanza el sombrero con demasiada fuerza y éste cae a las aguas del Mediterráneo. La tristeza de mi padre era infinita, no tenía otro sombrero de repuesto, indumentaria imprescindible para los árabes de aquella época. Mientras los trabajadores volvían a sus faenas riéndose de lo que había ocurrido, mi padre estaba sumido en la mayor de las tristezas.

Entonces decide ir a la ciudad a fin de adquirir un nuevo sombrero. Difícil tarea, no tan sólo por la barrera del idioma, sino que principalmente por las características del "tarbuch", desconocido para el mundo occidental. Sin embargo, él quería recuperar su atuendo, el que con tanta paciencia y amor le había preparado su madre. Así, ubica finalmente una sombrerería y de sólo mirar el escaparate, se da cuenta de que lo que estaba buscando no existía. Decide entonces entrar en el negocio y tratar de explicar lo que andaba buscando. Como no le entendían nada de lo que decía, toma un lápiz y procede a dibujar el tipo de sombrero que necesitaba. El vendedor niega con la cabeza, expresando de esa forma que el sombrero que buscaba no existía en el negocio. A continuación, el vendedor procede a sacar de una caja de la estantería, un sombrero

negro de aquellos que se utilizan cuando una persona se viste de frac, el cual teniendo un cierto parecido, resultaba absurdo con la vestimenta de mi padre, en consideración a las alas que posee, ya que su "turbash" perdido no tenía esas aletas que circundan el sombrero que el vendedor le mostraba. Mi padre lo observa y, después de un rato de indecisión, decide comprarlo, ya que para él era más difícil no usar el sombrero que ponerse un sustituto, sin tomar en cuenta lo ridículo que podía verse. Cuando mi padre nos contaba lo que había ocurrido, se reía de buenas ganas con la anécdota. Sin embargo, para mí esta historia relatada por él, siempre me ha causado un dolor muy grande, puesto que me pongo en la posición en que él se encontraba en ese instante y por cierto que siento una pena muy intensa que me nubla la vista en estos momentos en que la escribo. Por cierto que Chucre era en esos momentos un adolescente, sin mundo y sin historia aún.

Finalmente, el vapor zarpa y junto con él mi padre y sus esperanzas. Lo esperaban cerca de cuatro semanas en alta mar para llegar a tierras de América, al puerto de Buenos Aires en Argentina. Su sueño estaba a punto de concretarse.

Termino de escribir estos recuerdos el 26 de octubre, al anochecer, después de haber visitado el principado de Mónaco y la famosa ciudad de Montecarlo. Ahora estamos listos para zarpar a Livorno, importante puerto de Italia. Al llegar al andén en Villafranche y levantar los ojos vi un letrero en francés que indicaba con letras mayúsculas: " Direction Marseille" y en silencio recé por mi papá, (y di gracias a Dios por el privilegio de haberlo tenido como padre).

CAPITULO IV

BUENOS AIRES

Después de un viaje agobiante, con mareos que lo mantuvieron débil y por momentos postrado, aparece finalmente la ansiada tierra americana. Allí estaba a la vista el gran puerto de Buenos Aires, en los tiempos en que Argentina mostraba un potencial de desarrollo extraordinario. Llega el barco a las dársenas, que hoy día ya no existen, y que se han transformado en el elegante conjunto de oficinas y restaurantes conocido bajo el nombre de Puerto Madero.

Llevaba consigo el nombre de algunos paisanos que habían emigrado antes que él, a los cuales debía imperiosamente ubicar, a fin de que le ayudasen y le enseñasen los primeros pasos que debe dar un emigrante en tierras tan lejanas a su patria natal. Sabía que en la calle Reconquista de Buenos Aires se aglutinaba parte de la colonia árabe que había llegado a América.

Pocos son los antecedentes que recuerdo de lo que mi padre contaba de su período de estancia en Buenos Aires. Sin embargo, algunos de ellos se me han quedado grabados en forma imborrable. Contaba mi padre que el espíritu de solidaridad y apoyo que se brindaba a los recién llegados por los más antiguos era notable. De esa forma, no tan sólo podía hablar con ellos en su propio idioma, sino que principalmente conocer de las nuevas costumbres que le tocaría vivir, aprender algunas palabras en español, dónde canjear las monedas de oro por dinero argentino y, principalmente, dónde poder trabajar y así hacer posible el sueño de la prosperidad, mediante el trabajo, el esfuerzo de todos los días, la tenacidad y el espíritu de ahorro.

No fue fácil la vida en Buenos Aires. El desconocimiento del idioma constituía una grave limitación. Sin embargo, lo más apremiante era encontrar trabajo, era necesario disponer de ingresos, no sólo para subsistir sino que principalmente para ahorrar, convertirlos en monedas de oro y enviarlas al Blad, a Homs, donde su familia y así poder demostrarles que su decisión de venir a América había sido la correcta, que estaba contento y logrando los objetivos que se había propuesto.

Frente a un destino tan incierto, tenía que organizar su vida con enorme espíritu de esfuerzo, tenacidad, trabajo y austeridad. No estaba dispuesto a tener que escribir a Siria para pedir a sus padres que le enviaran dinero para mantenerse o retornar. No, eso jamás lo haría, por lo que estaba decidido a trabajar en lo que fuera, siempre que ganara algún dinero para así no depender de nadie. Como no traía capital alguno, sólo disponía de sus manos, su inteligencia y las ganas inmensas de tener éxito, de poder mostrar a los suyos, a esa familia tan querida y ahora tan lejana, que había triunfado y que ese triunfo era para ellos. Tenía que traerlos uno a uno, tenía que cumplir el compromiso con su pequeña hermana Sarwi.

Finalmente, encuentra trabajo en una fábrica de ladrillos. En esa época Buenos Aires crecía con un desarrollo vertiginoso que ubicaba a Argentina entre las 10 naciones mas desarrolladas del planeta. Se levantaban grandes y hermosas construcciones con una clara influencia europea. Se había producido y se estaba produciendo una gran emigración europea a Argentina, país de enormes riquezas que acogía con generosidad al forastero, dándole oportunidades y permitiendo que se desarrollaran no sólo en el área mercantil, sino que en todas las ramas de la actividad cultural y económica. El Buenos Aires de aquella época requería de

materiales de construcción para continuar creciendo y, por supuesto, se necesitaban los ladrillos que ahora contribuía a fabricar este joven emigrante recién llegado de Homs.

Contaba mi padre la forma en que se levantaban las grandes pirámides de ladrillos de barro con leña en su interior, que después se quemaba por días y días, y que, una vez cocidos, debían ser trasladados manualmente a los vehículos de transporte que los llevarían a los lugares de construcción. Entonces mi padre me extendía sus manos y mostrándome algunos callosidades en sus palmas, me explicaba que se habían producido durante el período en que se dedicó a la fabricación de ladrillos en Buenos Aires. En esos tiempos no existían guantes de seguridad para cargar los ladrillos, aún calientes como consecuencia del proceso de su fabricación, y había que trasladarlos rápidamente a las carretas tiradas por caballos que los llevarían posteriormente a las construcciones que crecían y crecían en aquella Argentina llena de actividad, ejemplo de crecimiento y desarrollo para el mundo. Las manos se le llenaban de ampollas pero, como la paga se hacía de acuerdo a los ladrillos producidos y puestos en las carretas, mi padre no cejaba en trasladarlos y trasladarlos lo más rápido posible, a pesar del dolor. Para él era mucho más importante su afán de ser autosuficiente y de poder ahorrar, que el dolor físico que estas tareas le causaban. Por cierto que el dolor del alma que le causaría un posible fracaso, o el tener que retornar a Siria sin haber logrado los objetivos que habían motivado su partida, habría sido mucho, muchísimo más doloroso que esas ampollas que de tanto reventar y cicatrizar, habían dejado una huella indeleble en las manos generosas y solidarias de mi padre y que yo las acariciaba en mi niñez, sin percatarme del hondo significado humano y de esfuerzo que había detrás de ellas.

Sin embargo, mi padre no estaba satisfecho con su trabajo. No tan sólo por lo duro que ello significaba, sino también y principalmente, porque no era aquello por lo que había decidido venir a América. Él quería emprender, quería ser un empresario, crear y generar riqueza, dar empleo, ganar dinero, traer a los suyos, constituir una familia y esos objetivos no los lograría jamás siendo un trabajador en una fábrica de ladrillos.

En las tertulias con sus compatriotas sirios que vivían en Buenos Aires, comentaba entre ellos la situación de sus vidas. Recibían también información de aquellos que habían cruzado la cordillera de los Andes y habían llegado a Chile. Se decía que en Chile, país en aquella época bastante menos desarrollado que Argentina, era más fácil abrirse camino, que la colonia árabe se estaba organizando y que había una red de apoyo solidario al emigrante.

Mi padre, con su acendrado sentido de la responsabilidad y espíritu de ahorro, había podido juntar algún dinero. El ahorro fue para él siempre una acción de vida, (recuerdo sus enseñanzas acerca de la importancia del ahorro) y para ello bastaba verlo actuar, puesto que la mejor enseñanza que un padre puede entregar a sus hijos es mediante el ejemplo de vida, que resulta ser muchísimo más elocuente y decidor que mil palabras. Me decía : " papá (así él llamaba a sus hijos, con esa hermosa palabra que era de su pertenencia y que nos la traspasaba a nosotros en señal de su amor incondicional) cuando usted sea grande y trabaje, (nunca nos tuteó siempre nos hablaba de usted) no sabe si ganará mucho o ganará poco pero, si gana poco, ahorre poco y si gana mucho, ahorre mucho, pero siempre ahorre".

En vista de que las condiciones de trabajo eran tan difíciles y que no había logrado en Argentina conseguir los

ahorros que él pretendía, toma la decisión de partir nuevamente. Esta nueva partida no tendría los ribetes dramáticos de la separación familiar; ya no estaban en juego los sentimientos y la familia. No, ahora, esta nueva partida tiene otras características muy diversas a la anterior. Ahora partía en busca de una mejor posibilidad de emprender, ya que sentía la imperiosa necesidad de encontrar mejores opciones de realización personal y así, con sus pequeños ahorros, emprende un nuevo camino : atravesar la Cordillera de los Andes y llegar a Santiago de Chile.

Termino de escribir estos recuerdos en Livorno, Italia. Durante la mañana de este día miércoles 27 de octubre, recorrimos la ciudad que, en verdad, no tiene mayor atractivo. El día fue lluvioso así que, después de almorzar, nos quedamos en el buque. En la noche zarparemos a Civitavecchia, el puerto de Roma. Mañana amaneceremos en el puerto y posteriormente partiremos a Roma en un bus de turismo que nos estará esperando en el mismo muelle de atraque y de allí iniciar un viaje de 90 kilómetros al Vaticano y Roma, lugares que no visitamos desde 1984.

CAPITULO V

SANTIAGO DE CHILE

El camino para llegar a Santiago de Chile no era fácil. Había que cruzar la Cordillera de los Andes, la majestuosa montaña de grandes alturas, cimas imponentes que, por supuesto, eran muy desconocidas para mi padre en su Homs natal o en la ciudad de Buenos Aires, ciudades más bien planas en donde no se aprecia en su paisaje cimas enormes como los Andes.

Así, un día, probablemente a fines de 1908, Chucre emprende la aventura de partir nuevamente en ferrocarril, ahora de Buenos Aires a Mendoza, ciudad limítrofe con Chile y en donde en ese entonces terminaba la línea férrea, después de recorrer los más de 1.000 kilómetros que separan a ambas ciudades argentinas. En aquella época se necesitaban 33 horas de viaje para recorrer esa distancia, saliendo a las 7:30 de la mañana de Buenos Aires para llegar a Mendoza a las 16:30 horas del día siguiente.

Por cierto que en este nuevo viaje, no había nadie en el andén de Buenos Aires para despedirlo. Ya no estaban ni sus padres ni sus hermanos. Ellos, a miles de kilómetros de distancia, esperaban ansiosos las noticias que por correo podía enviarles el hijo querido. Ninguno de ellos podía suponer, allá en Homs, de este nuevo viaje que mi padre había decidido emprender. No hubo lágrimas en esta partida, sólo su propia esperanza de encontrar un mejor rumbo a su vida y la de estabilizarse en algún lugar de Chile que le brindara hospitalidad, oportunidades de crear riqueza, trabajar,

ahorrar, realizarse, crear una familia, hacer posible la traída de sus hermanos y la de sus padres, idea obsesiva que no estaba dispuesto a transar por nada en el mundo.

Así, con sus precarias pertenencias y ahora vistiendo a la usanza de América, mi padre inicia su marcha a Chile, llegando primero a Mendoza. Después de llegar a esa ciudad, podía tomar nuevamente el ferrocarril, que en cinco horas lo llevaría a Puente del Inca y a la localidad de Las Cuevas, aún en territorio argentino. Allí debía de encontrar a los arrieros que se dedicaban a trasladar, a lomo de mula, a los viajeros que se atrevían a cruzar la cordillera de los Andes. Pienso que la fecha más probable de su partida desde la ciudad de Mendoza a la localidad de los Andes en Chile, debió haber sido noviembre de 1908, cuando en el hemisferio sur se acerca el verano, por lo que la posibilidad de atravesar la cordillera, se hace más fácil, ya que en el período estival disminuye sensiblemente el peligro de temporales y nevazones que ciertamente ponían en riesgo la vida de los que osaban cruzar el macizo de los Andes, en condiciones climáticas adversas. En esos momentos se encontraba en su etapa final la construcción del ferrocarril de Las Cuevas a Los Andes, obra de ingeniería de gran envergadura, sólo comparable con la construcción del Canal de Panamá en Centro América. Tanto en el lado argentino como en el chileno, se había avanzado significativamente en la gigantesca tarea de unir por vía férrea el Atlántico con el Pacífico. Pero en aquel tiempo, quedaba aún por terminar el túnel de la cumbre, cuya habilitación se llevó a cabo en ceremonia oficial un 5 de abril de 1910, en homenaje a la fecha en que los ejércitos de Chile y Argentina lograron el decisivo triunfo en la batalla de Maipú, hecho ocurrido también un 5 de abril.

La travesía se hacía utilizando el mismo camino que hoy, ya pavimentado, une a Chile con Argentina, a través del paso llamado Los Libertadores, en homenaje a los generales José de San Martín de Argentina y Bernardo O'Higgins de Chile, quienes habían atravesado los Andes junto a las tropas de ambos países. El general chileno Bernardo O'Higgins había huido con sus tropas a Mendoza, después del desastre de Rancagua, en la lucha por independizarse de España. El ejército argentino se une al chileno y logran la independencia de Chile en 1817, de la mano de sus libertadores O'Higgins y San Martín.

Mi padre escuchó la epopeya de la independencia de Chile en Mendoza y así, poco a poco, se fue familiarizando con la historia de Chile y la causa emancipadora de España. Le recordaba su patria y la dominación turca y sus inmensos deseos de recobrar para Siria la libertad, y con ello el término de la ocupación otomana.

La travesía de los Andes ocurrió sin mayores contratiempos. Allí, en el silencio de la cordillera, pudo contemplar la maravilla del paisaje de América, divisar de tan cerca el macizo del Aconcagua, con más de 6.000 metros de altitud y así, poco a poco, pudo acercarse a la que sería su segunda patria : Chile, quien lo acogió con los brazos abiertos. Su primera visión de esta nueva patria la observaba a lomo de mula, admirando el paisaje de esa cordillera majestuosa e imponente.

Mi padre viajaba con el pasaporte otorgado por el Imperio Turco Otomano. Al llegar primero a Argentina y después a Chile, tenía que registrarse ante las autoridades de extranjería y de identificación civil, a fin de obtener los papeles

necesarios para permanecer en el país. El problema a que se enfrentaban las autoridades argentinas y chilenas era cómo registrar en idioma español lo que venía escrito en lengua árabe. Por cierto que, al mirar el pasaporte, no entendían nada de lo que venía escrito con signos indescifrables para ellos, por lo que escribían los nombres y apellidos en idioma español, en la forma en que ellos lo entendían al escucharlos pronunciar. Es por eso que se puede apreciar que, en los países de América adónde llegaron los inmigrantes árabes, apellidos que se pronunciaban y escribían de la misma forma en los pasaportes turcos en idioma árabe, se escribían en idioma español de la forma en que los entendía, al escucharlos, el funcionario de turno encargado del control de extranjería.

Por ello, el apellido Sapag, que fue la forma en que lo registró el funcionario que tuvo la responsabilidad de darle forma en idioma español, no refleja con exactitud el modo como se pronuncia el apellido en Siria. Lo anterior se debe a que, en árabe, existen pronunciaciones de letras que no están en nuestro alfabeto. De allí la dificultad de transcribirlos con exactitud al idioma español.

Mi padre, cuando tenía que decir su apellido, lo pronunciaba utilizando la fonética de su lengua natal. Quizás lo más parecido que se podría escribir en español, del modo como lo decía mi padre, sería escribiéndolo como "Sapbag", así, con una p y una b juntas, pronunciación inexistente en la lengua castellana. Es por ello que, en Chile, el mismo apellido en árabe se puede ver escrito como Sabaj, Sabag, Sapaj, Zapaj, Sabagh, Sabbagh y de otras formas. Y esto no sólo ocurre con el apellido de Chucre, sino que también con muchos otros apellidos que son los mismos en los países árabes, pero que se han registrado de distinta forma

en español. Por ejemplo, el apellido Awad también aparece escrito en nuestro idioma como Auad, Aguad, Abuad y así podríamos continuar con muchos otros apellidos de palestinos, sirios o libaneses que, siendo originalmente los mismos, aparecen escritos de distinta forma en idioma español. Posteriormente, después de la primera guerra mundial, cuando los países árabes quedaron bajo la tuición del protectorado francés, los nombres fueron escritos en nuestro alfabeto por los funcionarios franceses.

Mi padre nos contaba que los apellidos de los árabes normalmente tienen un sentido y un significado vinculado a algún oficio o profesión. Así, el apellido Sapag o Sapbag significa en español tintorero (el que tiñe). Nuestro abuelo y sus antepasados se habían dedicado a este oficio y de allí el origen de este apellido.

De esta forma, el inmigrante recibe el nombre de Chucre Sapag Orfale, nombre que lo acompañaría desde su llegada a Chile a fines de 1908, hasta el día de su fallecimiento en el puerto de San Antonio, el 13 de julio de 1970.

Una vez cruzada la Cordillera de los Andes a lomo de mula, se podía nuevamente tomar el ferrocarril para llegar a la localidad de Los Andes. Desde allí había que efectuar un nuevo trasbordo, para dirigirse a Santiago de Chile por la misma vía. Eso hace mi padre y así llega, como la mayoría de los inmigrantes árabes, al sector de la Estación Mapocho primero y de allí se traslada a la Estación Central, sector refugio de muchos palestinos, sirios y libaneses, que posteriormente adquirieron propiedades, establecieron sus negocios y sus familias en ese barrio tan característico de la capital de Chile. Así, Chucre toma sus primeros contactos con

sus paisanos árabes en Santiago, comenzando de este modo una nueva etapa en su vida.

Me asiste certeza de que mi padre nunca sospecharía, en esos momentos, la importancia que tendría para él la Estación Central y, en especial la calle Meiggs, típica calle de ese barrio tan cercano a la Alameda, puesto que 24 años después de su llegada a Santiago, saldría vestida de blanco, desde un segundo piso de una casa de esa calle, su futura esposa, Amelia, la hija de quien fuera su compañera de coro en el colegio San Jorge de Homs, para casarse con Chucre en la Iglesia Ortodoxa, que también lleva el nombre de San Jorge, en el barrio Bellavista, un 21 de mayo de 1932. En esa calle vivían Nahima y José con sus hijos al momento de la boda. Curiosamente, la casa en que habitaban los Chain Curi, colindaba con la casa habitación de una familia libanesa : los Massad, quienes también vivían en un segundo piso. La casa de estos últimos mostraba en su fachada hermosos balcones de fierro fundido. En el centro de la trama del balcón se podía apreciar una letra M, de bello diseño, que mostraba la inicial del apellido de su propietario. Por cierto que, en ese momento, cuando mi madre salía de su casa, toda vestida de blanco, nadie podría imaginar que el pequeño bebé, recién nacido en la casa de sus vecinos, sería después un gran economista, profesor mío en la Escuela de Economía y muy amigo hasta el día de hoy. Me refiero a Carlos Massad Abud.

Recuerdo que, en 1975, decidimos, al mismo tiempo, Carlos y yo construir nuestras casas habitación muy cerca una de la otra. La de Carlos en Av. Charles Hamilton y la mía en calle Los Carpinteros, a no más de cinco cuadras de distancia entre ellas. Optamos por entregar la responsabilidad de la construcción a un primo hermano de Carlos : don René Ziede,

quien era un distinguido constructor civil. Grande fue mi sorpresa al visitar la construcción que hacía Carlos, de que esos balcones con la letra M en su trama, se estaban colocando en su nueva casa de Avenida Charles Hamilton. Lo que había ocurrido fue que, en esos momentos, se estaba demoliendo la vieja casa de los Massad en calle Meiggs y, entonces, Carlos adquiere los balcones que lo resguardaron durante su niñez y ahora los estaba incorporando en la nueva casa que estaba construyendo. De alguna u otra forma Carlos miraba su historia y sus raíces con orgullo y gratitud hacia sus padres y su familia, inmigrantes libaneses que venidos también desde muy lejos, recibieron de esta nueva patria oportunidades, educación y sobre todo, la posibilidad de devolver con generosidad, en este caso en el servicio público, lo que Chile les brindó a los miles de inmigrantes que decidieron radicarse en estas tierras de esperanza. Eso es lo que ha hecho Carlos, tanto en la Universidad de Chile como en el Banco Central, y en tantas obras de bien en que ha participado con su siempre buena disposición a regalar su tiempo al servicio de la Iglesia y de los más pobres.

CAPITULO VI

LOS PRIMEROS PASOS EN CHILE

Llegado a Santiago, la red de solidaridad que habían logrado formar los paisanos emigrantes de Palestina, Siria y El Libano, funcionaba realmente. Mi padre nos relataba que había recibido el apoyo generoso de algunos jóvenes homsienses ya instalados en la ciudad, los que se preocupaban por los recién llegados y, así, el duro y difícil camino de la soledad, de la lejanía de la familia y de la tierra que lo vio nacer, se menguaba por la calidez tan propia de la raza árabe. Por cierto que esta ayuda solidaria era muy necesaria, puesto que ella no tan sólo les ayudaba a resolver problemas prácticos en una ciudad desconocida, sino que, además, les permitía encontrarse de alguna forma con sus propias raíces, en esos momentos de tanta dificultad e incertidumbre.

Así, mi padre, a diferencia de lo que le ocurriera en Buenos Aires, se sintió en Santiago menos angustiado. Sus grandes deseos de trabajar y emprender parecían tener en Chile mayores probabilidades de éxito, sintiéndose acogido y respaldado por sus compatriotas que habían llegado antes que él.

De los relatos que le escuché de sus primeros pasos en Santiago, me he quedado con el convencimiento de que su vida empezó a ser en Chile mas grata y placentera. Se sintió a gusto con sus compatriotas, pero también se percató de que los chilenos, y en especial los más pobres, daban múltiples muestras de simpatía al inmigrante árabe, aún cuando le molestase que apenas comenzara a balbucear sus primeras

palabras en castellano, con un acento indesmentible de su origen árabe, los chilenos al darse cuenta de ello, lo identificaban de inmediato llamándole "turco".

Por cierto que los chilenos con que le tocó contactarse en sus primeros pasos en Santiago, no sabían nada del Imperio Turco Otomano y menos sabían que el pasaporte turco no representaba su verdadera nacionalidad, tampoco podían suponer que la decisión de abandonar tierra, familia, costumbres, cultura y amigos, se debía principalmente a que los turcos invasores ocupaban los países árabes, lo que constituía una de las principales razones por las que tantos jóvenes de origen árabe habían decidido emigrar a estas tierras. Y por cierto que a mi padre, como al resto de los inmigrantes del Medio Oriente, les molestaba de sobremanera que se los tildase de turcos y así lo manifestaban a las personas que inocentemente se referían a ellos de esa forma. Los chilenos no entendían la molestia, ya que era lógico pensar que si el pasaporte indicaba que ellos provenían del Imperio Turco, su nacionalidad tenía que ser turca. De esta forma cuando la población chilena se percató que al decirles "turcos" ellos daban señales de gran molestia, entonces comenzaron a llamarlos así, para molestarles sin saber en el fondo la verdadera causa que provocaba su malestar.

Esta situación lo tenía hasta tal punto perturbado y molesto que hizo indagaciones en el Registro Civil para ver la posibilidad de cambiar su nombre y su apellido. Había elegido el de reemplazo y quería llamarse en Chile Antonio González, incluso en la Biblia que aún conservo, está escrito con su puño y letra ese nombre. Finalmente decidió mantener su identificación original, aún cuando tuviera que soportar por toda la vida que lo tildasen de turco.

Al referirse mi padre a sus primeros días en Chile, siempre recordaría con emoción el nombre de un sirio al cual admiró y respetó incondicionalmente. Este hombre se llamaba Abraham Atala, el tío Brahim como lo llamábamos nosotros respetuosamente. La razón de este gran cariño y admiración por él, se debía precisamente por su apoyo generoso a los sirios de Homs que llegaban a Chile. Le bastaba saber que un nuevo joven inmigrante deseaba instalarse en esta tierra, para que su corazón solidario se volcase en ayudar al recién llegado, no tan sólo con consejos prácticos, sino que también con ayuda económica para que pudiesen surgir. Por cierto que el dinero que les facilitaba había que devolverlo posteriormente, pero este gran hombre no andaba a la siga de sus deudores para que le pagasen lo que le debían. Esto hacía aún más exigible la deuda, ya que el imperativo moral superaba cualquier documento legal en la que se reconociera el pago de lo adeudado. Al menos para mi padre aquello era así, por lo que la palabra empeñada tenía una fuerza moral incontrarrestable.

La red solidaria que se había creado en Chile, entregaba al recién llegado, datos y antecedentes importantes en relación a como iniciar tareas comerciales. Así, mi padre recibió el consejo de vender artículos de paquetería en los pueblos cercanos a Santiago. Para realizar este trabajo adquirió dos cestas de mimbre, de gran tamaño, las que colgaba en su espalda, una a cada lado, y sujetándolas con sus brazos, emprendía la marcha caminando a San Bernardo, San Alfonso, Puente Alto, Nos, Buin, Paine y otros lugares cercanos a la capital, a fin de vender su mercadería en esas localidades rurales. De esta forma inició su trabajo de comerciante ambulante, recorriendo a pie la ciudad de Santiago y sus alrededores. Obviamente que en aquella época no era la

inmensa urbe que es hoy, existiendo localidades rurales aledañas dedicadas a la agricultura y que hoy forman parte de la gran ciudad. Para abastecerse de los productos que le demandaban sus clientes en los campos, lo hacía con sus amigos paisanos del sector de Estación Central, quienes eran compradores mayoristas, lo que le permitía lograr un buen precio en la adquisición de los artículos de paquetería. Este sistema le permitió lograr buenas ganancias, las que ahorraba hasta el centavo a fin de poder conseguir una posición económica sólida.

Estaba tan entusiasmado con sus primeros resultados tan exitosos, que decidió recorrer también otros lugares, ahora un poco más alejados de Santiago. Así, cargaba completamente sus cestas de mimbre y partía con ellas a Maipú, Marruecos (actualmente Padre Hurtado), Malloco, Talagante, Pomaire, Santa Ana y Melipilla. Para llegar a esas comunas agrícolas utilizaba el ferrocarril, que en esos tiempos hacía el trayecto de Santiago a Melipilla, partiendo desde la Estación Central. En esos momentos se encontraba en pleno proceso de construcción la red ferroviaria hacia San Antonio y Cartagena en la costa central de Chile.

Mi padre nos contaba riéndose a carcajadas, que en una oportunidad en que llevó mercaderías a San Bernardo, sus caseros le ofrecieron un vaso de chicha que ellos mismos habían preparado. Mi padre la prueba y la encuentra deliciosa; entonces les pregunta en su pésimo español que cómo se llamaba lo que acababa de tomar. Los campesinos les responden que se llama chicha. El entonces repite el nombre que le acaban de decir, pero dado su pésimo español de aquel tiempo dice : " chucha ". Los campesinos riéndose le responden sí, sí casero, se llama chucha. Poco tiempo después

vuelve mi padre al mismo lugar, les entrega las mercaderías que le habían encargado y después les dice si pueden venderle un vaso de chicha, que es tan rica. Al decir esto los campesinos se llegaban a reventar de la risa y entonces, después de un largo lapso de hilaridad , le explicaron la diferencia entre chicha y chucha. Por cierto que no la olvidó jamás.

Las permanentes salidas desde la capital a los sectores rurales, le permitió conocer mucho a la gente de pueblo, con los cuales se acostumbró a compartir y principalmente aprender de ellos y de sus costumbres. Fueron ellos los que le enseñaron conocer y dominar el idioma y el vocabulario que cada vez fluía en él con mayor naturalidad. El contacto con la gente humilde y sencilla del pueblo chileno no lo perdió nunca. Aún cuando posteriormente su situación económica fue mejorando ostensiblemente, siempre mantuvo una actitud abierta y generosa para con los más humildes. Y eso ocurrió hasta el último día de su vida.

Cuando volvía a la gran ciudad y se juntaba con sus compatriotas, con los paisanos como se llamaban a si mismos, sólo se hablaba en árabe y se transmitían entre ellos las informaciones que les llegaban por correo desde el Blad. Cuando un nuevo emigrante aparecía por Santiago procedente de Homs, lo acosaban a preguntas acerca de su terruño y sus familias, la necesidad de tener información de lo que ocurría en la tierra originaria era muy importante para ellos.

A medida que la colonia de homsienses fue creciendo, se fueron percatando que la red solidaria no podía seguir funcionando en forma inorgánica, se requería necesariamente de una mayor organización. Así, los jóvenes llegados de Homs decidieron fundar una asociación que se denominó Juventud

Homsienne, de la cual mi padre formó parte activa puesto que él mismo había recibido el apoyo solidario de sus compatriotas. Empezaron a hacer aportes económicos mediante el pago de cuotas, para así disponer de un fondo social y económico que les permitiese ayudarse mutuamente. Al cabo de algunos años de eficiente labor, esta institución de solidaridad sufrió un cambio muy importante, ya que con el pasar del tiempo la corriente migratoria disminuyó ostensiblemente, en especial después del término de la primera guerra mundial, puesto que, como consecuencia de ello, los turcos otomanos fueron expulsados de los países árabes, pasando entonces a depender del protectorado anglo-francés que se instaló en Siria, Palestina, El Líbano y otros países del Medio Oriente, después de la guerra, abriéndose así una ventana de esperanza para los jóvenes de los países árabes.

Con júbilo recibieron los sirios homsienses la caída del Imperio Turco Otomano. Se abrían nuevas expectativas de una vida mejor en la tierra natal que tanto amaban.

Entonces, cuando ello ocurre, la organización solidaria Juventud Homsienne siguió recibiendo las cuotas de los socios, las cuales fueron cada vez más generosas como consecuencia de la rápida consolidación económica de los sirios homsienses, quienes a punta de imaginación, inteligencia y esfuerzo se estaban abriendo un espacio de prosperidad en el Chile que los acogió. En vista de que los recursos de que disponía la asociación fueron creciendo cada vez más, y a que la corriente migratoria fue disminuyendo ostensiblemente, decidieron darle a la asociación un nuevo enfoque y así optaron por transformarla en una sociedad de beneficencia, al servicio de la comunidad en general, apoyando obras sociales de interés público. De esta forma los jóvenes homsienses cumplían con

el deber moral de retribuir toda la hospitalidad y cariño que les había brindado Chile y los chilenos.

Poco a poco mi padre se fue consolidando económicamente. Su tenacidad y su gran espíritu de ahorro le permitió juntar un cierto capital. Ya le había devuelto a don Abraham Atala el capital que le había ayudado a surgir. Y ahora, con sus ahorros procedía a adquirir monedas de oro, las cuales posteriormente llegarían al Blad, para así cumplir su promesa de traer a su familia a la América pródiga en oportunidades y en especial a Chile, su nueva patria a la que aprendió a amar y respetar principalmente por la bondad y sencillez de su gente.

Ahora se sentía más tranquilo y mucho más seguro de sí mismo. Las barreras que parecían infranqueables en un principio se habían transformado en rutina. El español le surgía espontáneamente y había aprendido las costumbres del pueblo chileno, sin olvidar y practicar las que le eran propias, las de su Siria amada y lejana. Con sus amigos homsienses, muchos de los cuales habían vuelto en busca de esposa y otros que llegaban ya casados, compartía el idioma, las comidas, las oraciones, la música, los bailes y en fin toda la hermosa y milenaria cultura del oriente medio. Se hizo conocido y respetado entre sus compatriotas homsienses, en especial por su espíritu solidario y por su ayuda espontánea y generosa al recién llegado; si él había recibido el apoyo de otros, sentía el deber de hacer lo mismo con los nuevos emigrantes. Su propio sufrimiento vivido en Marsella y en Buenos Aires, el dolor de la partida dejando la familia amada en la lejanía, le hacía ponerse en el lugar del que venía e intentaba, en lo posible, rescatarlo de la natural nostalgia que producía la dura y penosa separación de uno de los bienes más hermosos que Dios ha regalado a los hombres: la pertenencia y la familia.

El tiempo transcurría y mi padre seguía trabajando tenazmente; quería ver cumplidos sus objetivos tantas veces soñados al decidir venir a América. Así, día a día constataba que su capital y sus ganancias se acrecentaban. Continuaba trasladando encima de sus hombros las dos cestas de mimbre, llenas de mercadería para vender en los pueblos rurales cercanos a Santiago. Iba con ellas repletas con más de 50 kilos de diversos productos, que con la experiencia que había logrado en su trabajo de comerciante ambulante, sabía muy bien qué llevar y cuánto llevar de cada producto. Cada vez tenía que volver antes a Santiago, a fin de reabastecerse de más mercadería en la Estación Central, y así salir nuevamente de la ciudad para venderlos principalmente en Melipilla, estación terminal hasta donde llegaba el ferrocarril, medio de transporte en el cual siempre viajaba. Su experiencia le permitiría conocer lo que tenía mayor salida y así lograr una mayor rotación en los productos que vendía.

En Melipilla se percató de que su venta se hacía en forma más rápida que en los otros lugares que acostumbraba a recorrer. No se demoró mucho en darse cuenta que la razón por la cual le iba tan bien en esa ciudad, se debía a que en esos tiempos se estaba construyendo una gran obra de ingeniería ferroviaria: el tren de Melipilla a San Antonio, trazado que requería la construcción de siete túneles y por lo tanto había sido necesario contratar una gran cantidad de mano de obra, en especial tomando en consideración que en aquellos tiempos no existía la tecnología que permitiera acelerar los trabajos de trazado, excavación, transporte y traslado de materiales. Los trabajadores recibían su paga todas las semanas, muchos de los cuales llegaban a Melipilla y gastaban el dinero que habían ganado por su trabajo, haciendo las compras que requerían para ellos y sus familias.

La construcción del ferrocarril se justificaba por el hecho de que se había decidido construir un puerto en la localidad de San Antonio, especialmente para poder embarcar el cobre del mineral de El Teniente que en esos tiempos recién empezaba a extraerse en la cordillera al oriente de Rancagua, mediante fuertes inversiones que estaban realizando los norteamericanos a través de la Braden Mining Co.

En consideración a estos hechos, mi padre se trasladaba en ferrocarril a Melipilla, principalmente los fines de semana. El tren partía desde la Estación Central, a metros de la calle Meiggs, por lo que la pesada carga que llevaba mi padre en sus dos cestas, sólo tenía que trasladarla en hombros por no más de dos cuadras. Llegaba a Melipilla al atardecer del día anterior al de la paga a los trabajadores que era el día sábado al mediodía, por lo que debía de pernoctar en esa localidad.

En Santiago mi padre arrendaba ocasionalmente, una pequeña pieza en un cité de calle Romero. No la utilizaba en forma permanente, ya que muchas veces debía hacerlo en los lugares que recorría como vendedor ambulante; Por lo demás, él no estaba dispuesto a pagar un arriendo en forma permanente si sólo utilizaría la pieza algunos días de la semana. La calle Romero se encuentra también en el barrio de Estación Central, al otro lado de la Alameda, en la acera norte, muy cercana a la calle Meiggs, donde solía adquirir mercadería y compartir con sus compatriotas.

Sus primeros viajes a Melipilla los hacía en el día, tomando el ferrocarril de la mañana y llegando a Santiago al anochecer. Pero cuando constató que requería más tiempo en esa localidad, decidió llegar el día anterior a la paga de los trabajadores, por lo que tenía necesariamente que buscar un

lugar donde pernoctar. En aquel tiempo, las comisarías de carabineros disponían de celdas muy bien equipadas, adonde llevaban detenidas a algunas personas en forma temporal, antes de ser puestas a disposición de los tribunales de justicia.

Mi padre al recorrer el pueblo de Melipilla, se percató de que la cárcel siempre tenía camas disponibles en las celdas. Los propios carabineros también eran clientes de este comerciante árabe ambulante, y por lo tanto conocían a Chucre. Entonces mi padre les plantea la posibilidad que lo dejaran pernoctar en alguna de las celdas, de esta manera se ahorraría el pago de una pieza. Como consecuencia de esa gran capacidad que tenía de hacerse muy rápidamente de amigos y querido por la gente de pueblo, granjeándose muy fácilmente su amistad y cariño, los carabineros accedieron a su petición y así, lo dejaron dormir en la celda cada vez que llegaba los fines de semana.

A la mañana siguiente se aseaba en la misma comisaría, tomaba en sus hombros su pesada mercadería y se iba caminando hasta el lugar en que se encontraban los trabajadores, quienes recién pagados se abalanzaban donde mi padre se ubicaba y en poco rato vendía todo lo que llevaba. No tenía competencia.

Por aquellos años Chucre cultivó la amistad con otro joven sirio, también de Homs, a quien entusiasmó con la idea de ir juntos a vender distintos productos a los trabajadores que construían la red ferroviaria. La gran demanda que ellos disponían, permitía que a ambos les fuera muy bien, vendiendo todo lo que llevaban. De esta forma se fue cimentando una gran amistad, que se mantendría por toda la vida con el "tío" Jorge Mahfud, hombre cariñoso, sencillo y

carismático, el mejor amigo de mi padre, con el cual compartieron sueños, dolores, angustias, esperanzas, alegrías, triunfos y derrotas. Aprovecho estos recuerdos para hacer una oración por ellos, por esa hermosa amistad que cultivaron por tantos y tantos años de vida en común, en consideración a que posteriormente el tío Jorge se radicaría en San Antonio, al igual que lo hiciera mi padre poco tiempo después de estos éxitos comerciales.

CAPITULO VII

LA LLEGADA A SAN ANTONIO

San Antonio a principios del siglo 20 era un pueblo insignificante, con muy pocos habitantes, los que se dedicaban principalmente a tareas artesanales muy primarias; algunos a la pesca y otros al cultivo de la tierra. Cartagena, un balneario cercano a San Antonio, siete kilómetros al norte, era bastante más conocido puesto que en aquella época las familias más ricas de Santiago lo utilizaban como lugar de vacaciones en el verano, tanto por el excelente clima de la costa central de Chile, en especial en esa época del año, como también por su hermoso paisaje, su entorno y su conocida playa chica, enclavada en un lugar privilegiado. El trayecto de Santiago a San Antonio o a Cartagena era extremadamente largo, puesto que el ferrocarril llegaba sólo hasta Melipilla. De allí hasta llegar a la costa, 50 kilómetros aproximadamente, había que hacerlo en carretas, lo que significaba para las familias que iban a veranear un día entero de viaje. Además había que llevar de todo, puesto que en esa época no existía luz eléctrica, no se disponía de agua potable y mucho menos una red de alcantarillado; el abastecimiento de muchos productos que se requerían, no estaban disponibles en ese lugar, ya que no había comercio establecido de importancia, por lo que el cargamento que tenían que llevar las familias veraneantes requería de varios días de preparación. Sólo los que pertenecían a la clase más pudiente o a la oligarquía criolla de Santiago, eran las que podían darse el lujo de llegar a lugares tan hermosos y en esos tiempos tan solitarios y primitivos.

Estas dificultades fueron las que alentaban a la aristocracia santiaguina a tomarse largos períodos de

vacaciones, en donde lo natural era ser propietario de las casas de veraneo, pues en esa época la capacidad hotelera de la costa central era muy incipiente. El poder salir de vacaciones a las playas del litoral central, constituía también un símbolo de estatus, ya que muy pocas familias podían permitirse el poder hacerlo. Así Cartagena pasó a ser muy conocida en Santiago.

Pero San Antonio no era prácticamente nada, ni en invierno ni en verano, hasta que se decide durante el gobierno de Pedro Montt y Montt, Presidente de Chile entre los años 1906 al 1910, construir un puerto en ese lugar, principalmente para embarcar el cobre de El Teniente de Rancagua y también para recibir combustibles importados, puesto que ya en aquella época estaban circulando por el país los primeros vehículos a combustión, los que reemplazaban rápidamente a las carretas tiradas por caballos, mulas, bueyes y hasta burros. En esa época, aún no se descubrían los yacimientos petrolíferos en Magallanes, razón por la cual todo el combustible que se requería, especialmente en la ciudad de Santiago y sus alrededores, tenía que importarse. A pesar de que San Antonio no dista más de noventa kilómetros al sur de Valparaíso, principal puerto de Chile de aquella época, la construcción de este nuevo puerto se hacía necesaria para el embarque de la riqueza cuprera de El Teniente. Si bien la idea originaria y el diseño portuario se iniciaron durante la presidencia de don Pedro Montt, parte importante de la construcción del puerto de San Antonio se hizo durante la presidencia de Ramón Barros Luco, quien gobernó la República de Chile entre los años 1910 y 1915.

San Antonio tiene tres calles de mucha importancia, cuyos nombres recuerdan también hechos relevantes en la

memoria histórica de la ciudad. Una de ellas y la principal de todas, es una avenida que desemboca en el mismo puerto. Hoy día esa calle tiene el mismo trazado de antaño, aún cuando sus características y entorno son muy distintas. Al final de la calle se estaba construyendo la futura estación de ferrocarril, cuyo destino final sería precisamente el balneario de Cartagena, permitiendo ahora un viaje mucho más cómodo y placentero que el que se hacía a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Atravesando la línea del tren, se abría la vista a la poza de abrigo del puerto y al Océano Pacífico. Allí se podía apreciar un hermoso paisaje, ya que una de las riberas del puerto se encontraba circundada en parte, por un paseo que hasta el día de hoy tiene como nombre Bellamar. Esta calle principal, recibió el nombre de Avenida Centenario, precisamente por el hecho que cuando se efectuó su trazado corría el año 1910, fecha en que se cumplía el primer centenario de la declaración de la independencia de Chile ocurrida en septiembre de 1810. De esta forma, la Avenida Centenario recibe su trazado y adopta su nombre a partir del año 1910, fecha en que probablemente mi padre, junto al tío Jorge, llegaron por primera vez a San Antonio.

La segunda calle importante lleva el nombre de Pedro Montt, quien fuera hijo de otro Presidente de la República, Manuel Montt. Es la calle paralela a Avenida Centenario hacia el norte, y que también desemboca en el sector del puerto. De esta forma San Antonio ha querido testimoniar su reconocimiento al presidente que tomó la decisión de construir el nuevo puerto.

La tercera calle importante nace precisamente donde termina la Avenida Centenario y la calle Pedro Montt. En forma perpendicular a ellas y yendo hacia el sur, se trazó una

larga avenida de unos tres kilómetros que comunica a San Antonio con Llo Lleo, Santo Domingo y otras localidades, existentes al sur del puerto. Esta avenida recibió posteriormente el nombre del Presidente Ramón Barros Luco, el propulsor y gestor junto a Pedro Montt, del puerto de San Antonio. Probablemente nunca se imaginarían el presidente Barros Luco (de él viene el famoso sándwich chileno llamado Barros Luco, puesto que al presidente le encantaba el pan caliente con carne y queso derretido) y el presidente Montt, que, un siglo más tarde, San Antonio se transformaría en el mayor puerto de Chile y uno de los más importantes de Sudamérica. En esa época nadie discutía la supremacía y liderazgo de Valparaíso, el cual, junto con el puerto El Callao en el Perú, eran los más importantes del Pacífico Sur.

Mi padre conoció San Antonio gracias a su condición de comerciante ambulante, al ir a la siga de los trabajadores que construían el ferrocarril. Pero además había centenares de obreros que estaban construyendo el puerto, razón por la cual ni él ni el tío Jorge, daban abasto ante tan importante demanda. Largas y esforzadas caminatas tenían que realizar mi padre y el tío Jorge, cargando sus mercaderías, pero las hacían con ganas ya que sus esfuerzos se estaba viendo compensados, logrando ganancias importantes que le estaban permitiendo hacerse de un capital de consideración. Sus sueños se estaban realizando.

En cierta oportunidad, en uno de sus continuos viajes, cruzando el lugar que se llama Sepultura, a unos 22 kilómetros antes de llegar a San Antonio, mi padre fue asaltado por unos bandoleros que le arrebataron todo lo que llevaba. El quiso defenderse y también defender lo que era suyo, pero todo fue en vano, ellos eran más y estaban armados, lo que le significó

perder toda su mercadería y además, quedar malherido. Posteriormente a este incidente adquirió un arma de fuego, destinada a defenderse en caso que se repitieron los asaltos. En aquel tiempo, al igual que ahora, para llegar a San Antonio resultaba imprescindible pasar por ese lugar, el cual, debido a sus características topográficas, circundado por cerros abruptos, se prestaba para los asaltos sorpresivos sin poder avizorar a tiempo a los asaltantes.

Así, mi padre llega al puerto San Antonio, constatando que las grandes inversiones que se estaban efectuando por parte del Estado, y también por el sector privado, tanto en la construcción del ferrocarril como en el puerto, significarían un evidente desarrollo para esa zona, prácticamente desconocida en aquella época para todos los chilenos. Estaba seguro de que la construcción del puerto y la actividad posterior que necesariamente se produciría, cuando comenzase la llegada de los buques mercantes, traería como consecuencia la contratación de gran cantidad de mano de obra, de los estibadores que se encargarían de las faenas portuarias y en fin, todo un sinnúmero de faenas que necesariamente se generan cuando áreas territoriales deshabitadas empiezan a recibir grandes cantidades de personas para el desarrollo de las actividades económicas y comerciales que se producirían como consecuencia de lo anterior. Por lo demás, él había visto en Marsella, en los largos días de espera para salir a Buenos Aires, que las faenas portuarias requerían de una gran cantidad de trabajadores y que los barcos se cargaban y descargaban mediante el trabajo y la fuerza de ellos, puesto que el desarrollo tecnológico de aquel entonces no tenía nada que ver respecto a la forma y mecanismos que hoy se aprecian en la actividad portuaria. En la actualidad, se puede cargar o descargar un barco, por enorme que sea, en pocas horas en

tanto que en aquellos tiempos se podría requerir de semanas y con un gran contingente de mano de obra.

Termino de escribir estos recuerdos en el mar Mediterráneo, acercándonos a las costas de Italia, específicamente a Nápoles, donde llegaremos en media hora más de este viernes 29 de octubre del 2004. A lo lejos se divisa el volcán Vesubio.

Ahora se aprecia en toda su magnificencia, enfrentando al Mediterráneo la ciudad de Nápoles, en algunas partes encumbrándose en suaves colinas y también se puede observar el centro de la urbe, con sus grandes edificios prácticamente en un plano. Queremos visitar la catedral donde está la tumba del milagroso San Genaro que de tiempo en tiempo repite el milagro de licuar su santa sangre.

CAPITULO VIII

EL AMBULANTE SE RADICA

En una fecha cercana al año 1912 es inaugurado solemnemente el puerto de San Antonio por el Presidente Ramón Barros Luco. Ahora San Antonio deja de ser ese lugar desconocido y despojado de toda actividad. Se aprecia por todas partes la llegada de cientos de personas atraídas por el enorme potencial de desarrollo que el ferrocarril y el puerto traerían consigo. El país miraba con esperanza el surgimiento de una nueva ciudad en momentos que Chile vivía un proceso de desarrollo muy esperanzador en su historia como República independiente, a pesar de las evidentes dificultades que el país vivía en aquel entonces.

Hacía ya 33 años que Chile había triunfado en la guerra del Pacífico. Ahora la riqueza salitrera y guanera del desierto de Atacama estaban bajo el control del gobierno de Chile y con ello se pensaba que la nación se podría ubicar en el umbral de altos niveles de desarrollo económico y cultural, expectativas que poco a poco se fueron diluyendo.

El país estaba viviendo un período de grandes inversiones que se apreciaban por todos los sitios y en San Antonio en forma especial. Por otra parte, se estaban culminando los trabajos para la explotación del mineral de cobre de El Teniente y era por todos sabido que en el Norte grande, específicamente en Chuquicamata, se estaban realizando cuantiosas inversiones para explotar la mina de cobre de más alta ley jamás descubierta en el mundo.

Todo ello generaba fuertes expectativas económicas por una parte y decepción por la otra, como consecuencia de una crisis social y política que tenía sumida a la sociedad chilena en un descontento generalizado.

A pesar de lo anterior, todo era desarrollo y proyectos. Las redes ferroviarias y camineras se extendían a todo lo largo y ancho del país. La electricidad hacía otro tanto, efectuándose inversiones que permitían ir dotando a todas las ciudades de luz eléctrica. La América productiva estaba mostrando fuerza, pujanza, desarrollo y bienestar, conjuntamente con las crisis políticas que siempre estaban latentes en la sociedad chilena.

Mi padre, al observar todo este panorama económico tan alentador, adopta una decisión muy importante : decide radicarse en San Antonio. San Antonio estaba llamado a convertirse en la tierra prometida tantas veces soñada. La América de la esperanza, de las oportunidades, de la construcción de una familia y del bienestar económico tenía el nombre de un santo : San Antonio.

Con el dinero reunido decide adquirir un sitio en una calle paralela, a la Avenida Centenario, al sur de ella en la calle Gregorio Mira, donde los terrenos tenían bastante menos valor que los de la avenida principal. Allí empieza su primera aventura constructiva que consistió en la edificación de una propiedad de dos pisos. En el primero de ellos construyó un local comercial y un cité que hasta el día de hoy se le conoce en San Antonio con el nombre de "Cité Chucre". Este cité consta de un pasaje que al lado derecho colinda con una propiedad pareada también de dos pisos. Al costado izquierdo del cité se construyeron dos casas, las que ocupaban la parte trasera del local, ya que las dimensiones de este último no requerían de toda la superficie del terreno.

En el segundo piso construyó una casa habitación grande y cómoda en donde él vivió inicialmente. Esta primera aventura constructiva de mi padre tendría posteriormente un hondo significado para toda la familia, tanto para los hermanos de mi padre que pronto llegarían a San Antonio, como también para la familia de mi madre. En esos momentos mi padre aún no pensaba en contraer matrimonio, por lo que Amelia no estaba ni remotamente en sus planes, ella probablemente en esos momentos ni siquiera nacía.

Sin embargo, y a pesar del gran esfuerzo que había realizado en la construcción de la propiedad de Gregorio Mira, mi padre no estaba satisfecho. El quería que su negocio y su futura casa donde viviría la familia que deseaba formar, estuviesen en la Avenida principal de San Antonio, en la Avenida Centenario.

Ciertamente que esa primera construcción lo llenó de orgullo y satisfacción, puesto que era una demostración palpable de lo que con su esfuerzo estaba logrando conseguir. Sus largas caminatas y trabajos realizados con sacrificio heroico, le habían permitido estabilizarse ahora en un lugar y dejar de ser un ambulante. Mi padre siempre agradeció y miró con simpatía a los comerciantes ambulantes, puesto que esa actividad le permitió juntar su primer capital, reunir monedas de oro para ayudar a traer a su familia, pero principalmente para comunicarle a ellos, allá en su Homs natal, en el Blad, que estaba siendo un hombre exitoso, que sus tremendos esfuerzos y el dolor de la partida tenían su recompensa, tenían un premio en la América generosa que le estaba dando tantas oportunidades. Ya en San Antonio y al adquirir un terreno en la calle Gregorio Mira, casi despoblada en aquel entonces, comienza una nueva etapa en la vida de mi padre, la etapa de la consolidación, asentarse en un lugar y hacer posible la

llegada de los suyos, primero la de su padre y sus hermanos y después pensar en formar su propia familia.

Además de lo anterior, le agradó sobremanera el clima de la costa central de Chile. Ya no le gustaba tanto el de Santiago, puesto que el clima de San Antonio era mucho más benigno que el de su Homs natal y que el de Santiago. Los inviernos eran mucho más templados y los veranos con un calor agradable que se podía gozar a cualquier hora del día. El clima de San Antonio lo consideraba una bendición de Dios.

Así, finalmente, encuentra en la avenida principal, en la Avenida Centenario, un hermoso sitio ubicado en la parte más central de la calle. Era el terreno ideal, el de la consolidación de sus sueños.

Recuerda mi padre que él mismo tomó las medidas y marcó las líneas delimitatorias del terreno que estaba adquiriendo, aproximadamente de unos 10 metros de frente a la Avenida Centenario y unos 45 metros de fondo, en total 450 metros cuadrados en el corazón del puerto, que ya en esos momentos mostraba todo su vigor. Habían transcurrido algunos años desde que llegó a San Antonio y pudo comprobar cómo su decisión había sido muy acertada ya que las ganancias que obtenía con su trabajo eran cada vez mayores.

Ahora, con la estación de ferrocarril recién inaugurada, ubicada a 200 metros de la propiedad que recién adquiriría, le permitiría recibir por esa vía la mercadería que compraba en Santiago para el abastecimiento de su negocio. Ya nunca más tendría que echarse encima de los hombros dos cestas de mimbre con 50 kilos de peso. Su vida había cambiado y ahora era necesario dar los pasos para construir lo que sería el hogar donde formaría y constituiría su propia familia.

CAPITULO IX

LA ROSA

Con un entusiasmo desbordante comienza Chucre a idear cómo sería la construcción que haría en Avenida Centenario número 168. Existían algunas otras construcciones, todas de dos pisos y muy modernas acorde a la arquitectura de la época. Ya habían pasado algunos años desde su partida de Homs y no estaba para nada arrepentido de la decisión adoptada. Se había convertido en un próspero empresario y daba gracias a Dios por las fuerzas que le había dado y que le habían permitido superar tantas barreras. Mi padre siempre tuvo palabras de gratitud y nostalgia para esa vida tan dura y difícil que le tocó vivir.

Sin embargo, siempre estaba en su corazón y en su mente la familia y la tierra que lo vio nacer. No sabría decir con precisión cuándo ocurrió un hecho trascendente, allá en Siria, que marcaría profundamente el futuro de la vida de mi padre y que le harían tomar importantes decisiones que no estaban en su plan original.

Con el retardo propio de las comunicaciones por correo de aquella época, entre Chile y Siria, lapso que podía demorar más de tres meses, recibe mi padre la peor noticia que le podrían dar : Manira, su madre, había muerto. Realizando ella, como acostumbraba sus hacendosas y diarias tareas de cocinar para su familia y de preocuparse de todo lo que en aquella época, sin tecnología, un hogar requería, se hiere con un cuchillo uno de sus brazos, la herida empieza a complicarse y culmina finalmente en una gangrena que la llevaría a la

muerte. La medicina de aquella época, tan distinta a la que podemos disponer hoy día, no pudo con la enfermedad y, a pesar de los esfuerzos que desplegaron los "jaquim" de Homs, nada se pudo hacer.

La pena que embargó a mi padre fue inmensa, no podía creer que su querida mamá estaba ya sin vida enterrada en el cementerio de Homs. Todas sus esperanzas de traerla a Chile o de volverla a ver en el Blad, se derrumbaban estrepitosamente con esa noticia fatal tan inesperada. Su espíritu se entristece hasta lo más profundo. Su mamá, a la que tanto le debía, ella, la que le dio la vida, la que se entristeció hasta el infinito cuando le comunicó su decisión de venir a América, la que se desmayó de pena en el andén de Homs, ella, ella a la que tanto amaba, ya no lo vería nunca más. Relatándome estos hechos mi padre me dijo en cierta oportunidad que sólo Dios sabía cuántas lágrimas había derramado por la muerte de su madre y el dolor inmenso que le provocó la partida de quien tanto recibiera y a la cual nunca le pudo retribuir como él hubiera querido, como eran sus planes cuando decidió emigrar. " Los padres son para los hijos; pero los hijos no son para los padres", como diría el Cardenal Silva.

A pesar de su dolor y sus lágrimas incontables, mantuvo con entusiasmo su plan de construcción en la Avenida Centenario. Quería que su propiedad se distinguiese del resto por su belleza arquitectónica y su calidad constructiva.

El arquitecto contratado por mi padre, que según recuerdo su apellido era Delfau, realizó un hermoso proyecto en conjunción y armonía con las edificaciones que se habían levantado en la Avenida Centenario en esa época. El plan de

arquitectura, que se realizó de acuerdo a los requerimientos de Chucre, consistía en dos casas y un local comercial. El frontis por la avenida principal debía ser ocupado principalmente por la tienda que mi padre quería instalar para desarrollar allí sus actividades comerciales, ahora que ya establecido y dejando para siempre el duro trabajo de comerciante ambulante. El resto del frontis, en sus extremos, lo constituían dos puertas, una que llevaba a la casa del segundo piso ubicado al extremo izquierdo de la edificación mirándola de frente, y la otra, la que conducía hacia la casa del primer piso, estaba ubicada al extremo derecho de la propiedad. De acuerdo a los deseos de mi padre, él ocuparía la casa del segundo piso, y la casa del primer piso, la utilizaría para facilitársela a su padre y a sus hermanos que por esa fecha, después de la muerte de Manira, habían decidido emigrar a San Antonio donde su hermano mayor, quien ansiaba su llegada. En esos momentos mi padre jamás habría podido imaginar lo importante que sería para la familia la construcción de ese edificio.

El local comercial, que se convertiría más tarde en la tienda y paquetería, ocupaba menos de 10 metros del frontis; en los 3 metros restantes se ubicarían las puertas de acceso de las dos casas. La tienda tendría tres cortinas, una central de mayor tamaño que la de los dos laterales las cuales serían de la misma dimensión. El fondo del local no superaba los 14 metros.

La fachada principal, la única que tenía vista a la calle, mostraba un conjunto armonioso y muy bien logrado con un balcón que ocupaba buena parte del frontis de la edificación en el segundo piso, el cual culminaba con un pequeño techo sobresaliente construido en madera y hermosas tejas que le daba un aspecto de gran estética. Asimismo, la techumbre de toda la

construcción quedaba oculta con una terminación muy bien lograda, utilizando para ello líneas curvas que seguían un trazado que le daba gran belleza arquitectónica al edificio. Asimismo, los pilares centrales que soportaban la construcción en el primer piso y que se ubicaban a los dos costados de la cortina central, aquella de mayor tamaño, se estructuraron en forma de medias columnas de unos 80 centímetros de diámetro cada una, lo que le daba a la fachada una sensación de gran esbeltez. Asimismo, las 3 vigas que se ubicaban en la parte superior de cada una de las tres cortinas del local comercial, eran semicirculares siendo la de la cortina central la más elevada. Todo este conjunto de líneas rectas y curvas, le dio a la edificación una gran belleza, que la distinguía entre las construcciones que en ese momento existían en la Avenida Centenario.

La casa del primer piso tenía una puerta de acceso a la calle y una mampara a unos dos metros de ella. Cruzada esta, había que avanzar por un pasillo de unos 12 metros de largo; o sea, la distancia necesaria para cruzar el largo de la tienda y allí se abría el patio en donde una hermosa fuente de agua lanzaba chorros cuyo sonido y vivacidad siempre me llamaron la atención. Todas las piezas daban a un patio interior lo que permitía a todas ellas tener luz natural. La construcción total del primer piso debía tener unos 160 metros cuadrados construidos.

Para acceder a la casa principal había que subir una larga escala de 26 peldaños en forma recta, al final de la cual había un hall de distribución. Los dormitorios principales daban a la Avenida Centenario: el resto de las habitaciones se ubicaban a lo largo de un pasillo con ventanales al patio de la casa del primer piso, ocupando toda la extensión de la construcción.

La edificación debía hacerse tomando en consideración que las propiedades colindantes, por Avenida Centenario, deberían posteriormente construirse pareándose con la que llevaría a cabo mi padre.

No tengo recuerdo en qué fecha debió terminarse la obra. A pesar que este relato sería más fidedigno si investigara acerca de las fechas exactas, he decidido no hacerlo así. No ha sido mi propósito al escribir estos recuerdos que ellos representen con exactitud temporal cómo ocurrieron los hechos en la vida de mi padre. En definitiva ello no aporta mucho al profundo sentido humano de esta historia, que es una historia real, y que en el fondo es la vida de mis progenitores y, principalmente, la vida de mi padre .

Había que ponerle un nombre a la tienda, la que muy pronto abriría sus cortinas a la gente del puerto de San Antonio. Mi padre siempre demostró un gran cariño por la naturaleza, por los árboles, los jardines y las flores. Pero había una flor que para él era la reina: la rosa. Esta hermosa flor siempre tuvo para él un gozo visual muy grande, era la reina de las flores; por ello es que tenía muy claro, incluso antes de iniciar la construcción del edificio en Avenida Centenario, que la tienda llevaría por nombre La Rosa. Esta es la razón por la que muchos años después dos de sus hijos, yo y Nassir, formaron una Sociedad Inmobiliaria la cual lleva por nombre La Rosa. Incluso más, no hace mucho con mi hijo José Manuel (su nieto), formamos una Sociedad de Inversiones que lleva también como nombre La Rosa S.A.

Cuando se abrieron las puertas de la tienda, encima de la cortina central había un hermoso dibujo de una rosa roja y después en letras góticas las palabras " Tienda y paquetería La Rosa".

Me imagino cuál habría sido la gran alegría de mi padre al haber concluido esa gran obra constructiva que le daba estabilidad y que le permitía mirar el futuro de otra forma. Ahora tenía una casa definitiva donde establecerse con una familia, pero para ello necesitaba de algo muy importante : una esposa.

Sin embargo, antes de pensar en constituir su propia familia, tenía que cumplir con su promesa de hacer posible la venida a Chile de al menos algunos de sus hermanos. Ellos con el pasar del tiempo habían constatado, por el dinero que mi padre enviaba al Blad y por las informaciones que recibían por correo, del gran éxito y del triunfo de Chucre en América. Así, una vez abierto el camino se preocuparía de que dos de sus hermanos viajaran a Chile, al puerto de San Antonio, donde él los esperaría con el corazón y los brazos abiertos. El recorrido duro y difícil ya estaba hecho y así, sus hermanos no llegarían a repetir con igual magnitud sus esfuerzos y sus penurias. El camino estaba abierto.

CAPITULO X

LLEGAN LOS HERMANOS, EL PADRE Y UNA DE LAS HERMANAS

Mi padre mantenía permanentemente informada a su familia de los éxitos que había logrado en Chile. En un principio, cuando le costó tanto levantar cabeza, en sus cartas, único medio de comunicación en aquella época, no relataba sus penurias, esfuerzos y sufrimientos; pero ahora, contaba con entusiasmo desbordante sus grandes éxitos, con el objeto de que sus hermanos que le seguían, pudiesen venir a América y lograr también lo que él había podido conseguir. Había escrito muchas cartas después de la muerte de Manira a fin de hacer posible la llegada de su padre y sus hermanos, ahora a un lugar muy preciso, puesto que ya no llegarían a una imprecisa América sino que a San Antonio.

De esta forma llegan a Buenos Aires primero y a Santiago inmediatamente después, sus hermanos que le seguían en edad : Camilo y Miguel. El abuelo Abraham vino después. Mi padre les había escrito con detalle todo lo que tenían que hacer, con quienes contactarse en Buenos Aires y después cómo viajar a Mendoza y de allí embarcarse en el flamante ferrocarril recién inaugurado que conectaba Mendoza con Los Andes, obra de colosal ingeniería que la prosperidad de Argentina y Chile, más el aporte de inversionistas ingleses, hicieron posible.

La alegría de mi padre fue inmensa, ya que estaba logrando los objetivos que se había trazado en los dolorosos momentos de su partida de Homs, hacía ya más de 15 años.

En esos 15 años de ausencia habían ocurrido hechos importantes en el mundo puesto que, como ya se dijo anteriormente, en el intertanto había concluido la primera guerra mundial y ahora el Imperio Turco Otomano se encontraba en retirada; los turcos habían sido expulsados de los países árabes. Al finalizar la guerra, a fines de la segunda década del siglo pasado, algunos países árabes quedaron bajo la tutela del Protectorado Francés. La situación política en el mundo y también en el Medio Oriente había cambiado sustancialmente; sin embargo la falta de oportunidades seguía siendo un problema sin solución para miles de jóvenes árabes. Para el caso de la familia de mi padre, se sumaba a lo anterior el drama familiar que significaba la muerte de Manira, razón por la cual los problemas domésticos que se suscitaban ante tan lamentable ausencia no eran menores. De ahí, la insistencia de Chucre para que su padre y sus hermanos llegasen cuanto antes, cayó en terreno fértil.

La partida de Siria de mis tíos Camilo y Miguel debía contar con la autorización ahora del Protectorado Francés, quien emitía los documentos de identificación respectivos. Al ingresar a Chile lo hacen con los nombres de Kamel Sabbagh y Michel Sabbagh, forma latina en que los franceses entendieron la pronunciación en árabe de sus nombres y apellidos. Posteriormente, ya en Chile, se inscribieron de la misma manera que mi padre en el Registro Civil como Camilo Sapag y Miguel Sapag.

Con los tíos Camilo y Miguel llegan a Chile parte de su sangre, de su historia, de su familia, de su patria, de su ciudad de la infancia : de Homs. Ahora Chucre podría compartir con sus hermanos y también con su gran amigo el tío Jorge Mahfud, quien siempre fue tratado por la familia como si fuese parte de ella.

Los tíos Camilo y Miguel llegan a San Antonio en el año 1922. A pesar de la enorme ayuda que significaba para ellos la presencia de su hermano Chucre, el inicio de sus vidas en tierras chilenas no estaba totalmente pavimentada. Ciertamente que llegaban a vivir junto a un hermano generoso y cariñoso que había logrado disponer de un negocio, propiedades y prestigio. Sin embargo ellos también tendrían que esforzarse y sacrificarse para labrar su propio futuro. De esta forma su hermano los instruye en el arte de emprender y comercializar. Repitiendo la misma historia de mi padre, los inicios de Camilo y Miguel fueron similares a los de Chucre ya que sus primeros pasos por tierras chilenas fueron a pie, vendiendo mercaderías que les proveía su hermano en las localidades cercanas al puerto de San Antonio. Ellos también tuvieron que acarrear en sus brazos las cestas de mimbre, llenas de mercaderías y proceder a venderlas en Malvilla, Lo Zárate, San Juan, Lo Gallardo, Llo Lleo, Barrancas, Lo Abarca, Cartagena, Lagunillas y otros lugares cercanos al domicilio donde ellos vivían junto a mi padre, quien les enseñaba a ser comerciantes ambulantes tal como él lo había sido, cuando recién iniciaba sus primeras actividades comerciales en tierras chilenas.

La actividad económica que bullía en San Antonio como consecuencia de su puerto, que a esa fecha ya estaba en pleno funcionamiento, significó para los tíos Camilo y Miguel que pudieran capitalizar sus ganancias y así desarrollar posteriormente sus labores comerciales en forma independiente a las de mi padre, quien observaba con inmensa satisfacción el surgimiento de sus hermanos. No se había equivocado en su interés de traer a como diera lugar a su familia; cuyo futuro en Homs habría sido bastante menos promisorio.

Sin embargo la tarea no estaba concluida puesto que aún seguían viviendo en Siria su padre Abraham, su hermano mayor Tufik, quien se había casado y ya tenía algunos hijos, y sus hermanas Lamia y Sarwi. Ahora sus cartas al Blad eran cada vez más optimistas, insistiendo en la venida de mi abuelo Abraham y también la de Sarwi, su hermana menor. Los tíos Camilo y Miguel apoyaban a mi padre en sus propósitos y ellos también escribían contando sus propios éxitos en estas tierras de América, que les había abierto las puertas a una vida mejor.

Ahora Chucre, respaldado por sus hermanos, insiste en que vengan a Chile su padre Abraham y su hermana menor, Sarwi. De las dos hermanas, Lamia y Sarwi, mi padre mostraba claras preferencias por la menor de ellas, por mi tía Sarwi. Y así, envía las monedas de oro para hacer posible el viaje de ellos a América indicando claramente su preferencia por la llegada de la menor de sus hermanas. En Homs se quedaría el mayor de los hermanos de mi padre, el tío Tufik, el único hermano que en definitiva no conocí. Acompañándolo en Siria se quedaría la tía Lamia según los planes de mi padre.

Sin embargo, allá deciden que quien vendría a Chile junto a mi abuelo Abraham sería la hermana mayor, Lamia, provocando posteriormente las molestias de mi padre al enterarse que sus deseos habían sido cambiados.

Así, el 9 de agosto de 1927, el Alto Comisario de la República Francesa en Siria, otorga pasaporte a Ibrahim Sabbagh y a Lamia Sabbagh para dirigirse a Chile. De allí una larga travesía que parte de Homs hasta llegar por tierra a Beyrouth, donde se embarcan el 1º de septiembre de 1927 para llegar a Génova el 9 de septiembre del mismo año. Después de

una espera de 13 días en ese puerto se embarcan nuevamente para la larga travesía por el Mediterráneo y después por el Atlántico para llegar a Buenos Aires y de allí dirigirse por tierra a Chile, específicamente a San Antonio como lo indica la visa otorgada por el Consulado de Chile en Italia, el 16 de septiembre de 1927, previo pago de cuatro pesos como aparece en el pasaporte francés de mi abuelo Abraham.

Me imagino la gran alegría de mi padre y mis tíos Camilo y Miguel al ver llegar a su progenitor a estas tierras de esperanza. Sin embargo para Chucre su alegría fue opacada al ver llegar a mi tía Lamia y no a la tía Sarwi como él lo deseaba. Cinco años habían transcurrido desde la llegada de mis tíos Camilo y Miguel cuando se reúnen con su padre y con su hermana. Ahora en San Antonio se encontraban viviendo juntos el progenitor con cuatro de sus hijos, todos ellos a esa fecha solteros.

Los negocios por su parte, funcionaban estupendamente y así los hermanos Camilo y Miguel pudieron rápidamente ahorrar y juntar dinero. Pero faltaba algo importante para los tres hermanos Sapag Orfale : ninguno de ellos tenía esposa. Los tres querían hacerlo, pero mi padre consideraba que aún su misión no estaba concluida puesto que quería que su hermanita menor, Sarwi también llegara donde ellos estaban. Su decepción había sido muy grande cuando vio aparecer a Lamia en su lugar.

La gran cantidad de jóvenes árabes que emigraron a América y muchos otros que morían en los continuos conflictos armados, que tanto dolor y muerte han provocado en el Oriente Medio por tanto tiempo, y que persisten hasta el día de hoy, había desequilibrado en Siria, Palestina y El Líbano el

número de mujeres respecto a los hombres. En el caso de Homs, la situación era aún mas disparaja en consideración a la enorme corriente emigratoria ocurrida en forma continua y creciente.

La dificultad de emprender viaje para buscar esposa era una barrera importante, por lo que la mayor parte de los jóvenes sirios no retornaban a su patria a desposarse. Sólo algunos pocos podían darse el lujo de hacerlo abandonando por un tiempo sus negocios en Chile, que tanto esfuerzo les había significado emprender, para posteriormente retornar con esposa a la nueva patria que los acogía.

Muchas jóvenes sirias, también de Homs, decidieron por su parte emigrar también y venir donde amigos y familiares que ya estaban radicados en Chile en búsqueda de esposo. De esta forma empezó a crearse en Santiago el sistema de las casamenteras, cuya función radicaba en hacer posible la vinculación y acercamiento entre los jóvenes, hombres y mujeres de origen sirio, que habían llegado a América en busca de un mejor destino para sus vidas.

Entonces los tíos Camilo y Miguel, acompañados por mi abuelo Abraham, deciden ponerse en contacto con una casamentera, una mujer de mayor edad y experiencia que hacía preguntas acerca de los gustos y preferencias de ellos y ellas y así concertar "inocentes" reuniones en calle Matucana, también en el sector de Estación Central de Santiago, a fin de que los jóvenes sirios pudiesen tomar un café en esa casa, donde las jóvenes seleccionadas por la casamentera eran presentadas. Allí se conversaba acerca del Blad y de sus respectivas familias y ellas, de vez en cuando, se levantaban de sus sillas para traer desde la cocina, sendas tacitas de café que servían a los jóvenes invitados.

Los tíos Camilo y Miguel, observaban con detención a las jóvenes reunidas. El hecho de que ellas salieran del salón a fin de ir a buscar el café caliente al interior de la casa, no era por casualidad, sino que tenía por propósito que los jóvenes las vieran de cuerpo entero, cómo movían sus caderas y cuál era su manera de caminar; todo ello muy bien organizado por la casamentera. Así podían comprobar su belleza y esbeltez, por lo que ellas debían turnarse en el ritual de recoger las tazas utilizadas y traer otras llenas, mientras todos hablaban en su lengua natal, acerca de sus vidas, de sus negocios y de sus familias.

Después de ese primer acercamiento, la casamentera realizaba reuniones separadas visitando a los hombres y mujeres que habían estado presentes en el ritual a fin de indagar el resultado de su gestión matrimonial.

En la usanza tradicional de los matrimonios árabes en Siria y en otros países árabes, la situación era algo distinta, ya que la casamentera organizaba la reunión en la casa de la joven, en presencia de sus padres. El pretendiente normalmente llegaba con sus propios padres y, la elegida, una vez presentada, debía servir el café, por lo que tenía que estar preocupada de ir y venir trayendo las tazas y otros manjares, mientras era cuidadosamente observada tanto por el pretendiente como por los padres de éste. Aún cuando todos sabían de qué se trataba la tertulia, todos simulaban que era tan sólo una reunión social cuyos resultados se verían posteriormente.

Al salir los tíos Camilo y Miguel y el abuelo Abraham de la casa de calle Matucana, de inmediato comenzaron entre ellos los comentarios que obviamente surgían como

consecuencia de la reunión . Entonces el tío Camilo le dice a su hermano Miguel, que la joven que más le había gustado, era Julia Hagar y que estaba decidido a casarse con ella si los trámites respectivos de los que debía preocuparse la casamentera, prosperaban. El tío Camilo no terminaba de hacer este comentario cuando el tío Miguel lo interrumpe diciéndole que él también había elegido a Julia Hagar como posible esposa.

No fue fácil superar el "impasse" pero, finalmente, se impuso la voluntad de Camilo como hermano mayor, por lo que Miguel tuvo que contentarse con pedir una nueva reunión con la casamentera y así buscar a otra joven de origen sirio como futura esposa.

Cumplidos los trámites de rigor por parte de la casamentera, el tío Camilo recibe la conformidad para desposarse con Julia Hagar. El tío Miguel también consigue otro tanto en una sesión posterior con la casamentera, y así decide casarse con Olga Midane.

Los matrimonios de Camilo Sapag con Julia Hagar y el de Miguel Sapag con Olga Midane se realizan un mismo día, el 17 de noviembre de 1928 en la Iglesia Ortodoxa de San Jorge en Santiago, ubicada en calle Santa Filomena N°372, en el Barrio Patronato. La ceremonia civil se efectuó el lunes 12 de noviembre de ese año para los dos matrimonios.

Los flamantes recién casados parten a San Antonio, después de la gran fiesta que se realizó para celebrar y honrar estos matrimonios jóvenes, que tantas esperanzas se habían forjado de poder tener una familia estable y duradera en estas tierras chilenas, tan lejanas a su Homs natal. Ambos

matrimonios cumplieron cabalmente con la promesa que se hicieran ese año de 1928. Se amaron y respetaron en salud o enfermedad, en lo favorable y en lo adverso por todos los días de sus vidas. Solo la muerte pudo separar al tío Camilo de la tía Julia y al tío Miguel de la tía Olga.

En San Antonio les esperaban las propiedades construidas por mi padre y así, Camilo se fue a vivir en la casa del primer piso del edificio La Rosa junto a mi abuelo Abraham, mientras mi padre seguiría viviendo en la casa del segundo piso, encima de la tienda, a la espera de que apareciera la esposa, acompañado de su hermana, la tía Lamia.

El tío Miguel y la tía Olga se fueron a vivir en la casa del segundo piso de la propiedad de mi padre en la calle Gregorio Mira, encima del local comercial de esa construcción y del cité Chucre.

Muy pronto comenzaron a llegar los hijos en los matrimonios de los tíos Camilo y Miguel. El primero de todos fue un varón : Gerardo Sapag Hagar, al cual le seguiría, poco tiempo más tarde, Same Sapag Hagar. Gerardo, el mayor de los hijos del tío Camilo y el primero de toda la descendencia de los Sapag en Chile, moriría trágicamente en un accidente en su bicicleta que recién le habían regalado para Navidad. A los 15 años, y en vísperas del Año Nuevo de 1945, fallece en San Antonio el mayor de todos los hijos de la nueva generación nacidos en Chile. Más tarde nace José Sapag Hagar. Dos años después lo hacen los gemelos Mario y Jaime Sapag Hagar; y finalmente, Carlos Sapag Hagar. O sea, todos varones, lo que aseguraba la descendencia en Chile del apellido Sapag. Así la familia que provenía de Homs, en Siria, ahora radicada en San Antonio, en Chile, se multiplicaba puesto que la totalidad

de los hijos de los Sapag Orfale que se radicaron en San Antonio, también nacieron y se criaron en ese puerto, que tantas alegrías y felicidad entregara a toda la familia. En total fueron 18 los descendientes de los 4 hermanos que allí vivieron.

El matrimonio formado por el tío Miguel y la tía Olga también comenzó muy pronto a tener hijos. Así nace primero una mujercita, la primera mujer con apellido Sapag : Mariana Sapag Midane, más tarde nacen Sergio, Humberto, Sonia y Sarwi esta última, la más pequeña, en honor a la también hija menor del matrimonio de los Sapag Orfale, mi tía Sarwi. Seis hijos tuvo Camilo, cinco hijos tuvo Miguel. Chucre tendría cinco hijos y la tía Lamia dos.

CAPITULO XI

APARECE LA ESPOSA

Poco tiempo después que mi padre llegara a Chile, lo hace José Chain quien viene ya casado con Nahima Curi. Ellos son mis abuelos maternos. El abuelo José ya había estado antes en Buenos Aires donde tenía amigos y familiares. Pero también había viajado a Chile, cruzando la cordillera en condiciones similares a las vividas por mi padre cuando decidió partir de Argentina a Chile. Entonces, después de comprobar que la situación en América estaba llena de oportunidades para los que emigraban a estas tierras, y ya con un pequeño capital reunido, vuelve a Homs con la intención de buscar esposa y regresar casado, a fin de constituir una familia en Chile, país que le daba más seguridades de lograr un mejor futuro. A pesar de tener familia en Argentina, prefiere radicarse en estos lugares después de haber comprobado las posibilidades de prosperidad que le ofrecía uno y otro país.

Como ocurría con la mayor parte de los recién llegados, el abuelo José se instaló en el barrio de Estación Central, específicamente en calle Meiggs, donde arriendan una casa en un segundo piso y un local comercial en el primero.

Mi padre, por la red de solidaridad que habían formado los sirios en Chile y que había dado origen a la Juventud Homsense, como relatara en capítulos anteriores, tuvo inmediato conocimiento de la llegada de José Chain a quien ya conocía. Sin embargo fue una muy grata sorpresa cuando vio que la esposa que éste traía del Blad era Nahima, su compañera de canto en el coro del colegio ortodoxo San Jorge en Homs.

De allí en adelante mi padre siempre fue a visitar a sus amigos recién llegados, y en especial a su amiga Nahima, cada vez que él volvía a Santiago de los continuos viajes a los sectores rurales, ya que en esos tiempos, siendo vendedor ambulante, San Antonio aún no estaba en sus planes. De esta forma mi padre y mi abuela mantuvieron y cultivaron una amistad que habiendo nacido en Homs tantos años atrás se prolongaba ahora en tierras chilenas. Siempre la llegada de nuevos homsienses generaba expectación ya que a través de ellos se podía tener información, de primera mano, de lo que allá estaba ocurriendo. Además, la colonia aumentaba persistentemente su presencia en Chile, por lo que ahora llegar a América con tantos paisanos que se habían organizado socialmente y que se ayudaban mutuamente, no era una situación tan nostálgica y difícil de sobrellevar como lo que les había ocurrido a los primeros que se atrevieron a llegar a estos lugares.

Por cierto que recibir a un compatriota y poder tener noticias del Blad constituía una gran emoción, ya que muchas veces, cuando se sabía que algún nuevo joven homsiense había decidido emigrar a América, esa noticia se divulgaba en la ciudad natal y así los que llegaban habían podido estar con familiares de los que ya estaban acá, produciéndose así una red primaria de información absolutamente imprescindible en una época en que las comunicaciones eran tan precarias.

Pienso que José y Nahima llegaron a Chile unos tres años después que mi padre, o sea el año 1912, aunque José, ya había llegado antes dado que éste era su segundo viaje; posiblemente había llegado a Chile en fecha muy cercana a la de mi padre. Deduzco lo anterior por el hecho que mi abuela Nahima me contaría mucho después, que el viaje con José desde Mendoza a

Santiago lo había hecho en el ferrocarril trasandino que unía Mendoza con Los Andes, mientras que el de mi padre, como ya se señaló, sólo toma parte del trayecto, haciendo el resto a lomo de mula. El ferrocarril trasandino en su última etapa desde la estación Las Cuevas, en territorio argentino, a la estación Caracoles, en territorio chileno, se inauguró el 5 de abril de 1910. Sin embargo, en la oportunidad en que viajaron mis abuelos maternos, el tren quedó atascado por la nieve, por lo que también tuvieron que recurrir a las mulas para salir del atolladero.

Las visitas de mi padre a sus amigos José y Nahima eran frecuentes y así pudo ir constatando cómo se cimentaba poco a poco la vida de la familia Chain Curi en Santiago. Sufrió con ellos las pérdidas de dos hijos que tuvo Nahima en los primeros embarazos, cuando ya se encontraban viviendo en el sector de Estación Central.

Después de esas pérdidas tan dolorosas, nace finalmente la primera de las hijas Chain Curi, la que recibió como nombre Victoria y que sería la mayor de los hijos del matrimonio de José y Nahima.

En las familias árabes de aquella época eran muy apreciados los hijos varones por lo que, aún cuando todos los hijos eran bienvenidos y aceptados como una bendición de Dios, ciertamente, los hombres eran recibidos con mayores muestras de alegría que las mujeres.

Dos años más tarde, en 1917, nace Amelia Chain Curi, la que posteriormente se convertiría -quince años más tarde- en la esposa de Chucre. Había nacido mi madre en el mismo día que los católicos celebran con júbilo, la Asunción de la Virgen María a los Cielos. Para los ortodoxos ese día también tiene un hondo significado, ya que para los cristianos del rito bizantino, la fiesta central de homenaje a la Virgen es precisamente el 15 de agosto.

Chucré, mientras tanto, seguía esforzándose para juntar un capital, ahorrando todas las ganancias que obtenía como vendedor ambulante. En esos momentos ya llevaba 9 años desde que había abandonado su tierra siria y estaba por cumplir 26 años de edad. Su madre ya había muerto y él, con pena infinita, había tomado una decisión drástica : no volvería a Siria si su madre ya no se encontraba allá, seguiría trabajando y ahorrando para traer a su familia a esta tierra que le estaba brindando tantas oportunidades de surgir y darle un mayor bienestar a los suyos.

Ya en esos momentos, cuando nació mi madre, bullía en su interior la necesidad de formar una familia en Chile pero para ello le quedaba aún un camino largo que recorrer puesto que, para cumplir con la promesa hecha a sus padres, y aunque su madre estuviese muerta, no cesaría hasta que sus otros hermanos pudiesen también disponer de las oportunidades que esta su nueva patria, Chile, les brindaba a los inmigrantes.

Así mi padre felicita a sus amigos José y Nahima por el nacimiento de Amelia. Mi abuela me contaría, mucho después, y mi madre también, que la intención al inscribirla en el registro civil fue la de colocarle como nombre Amalin, nombre árabe, pero el oficial del registro civil entendió Amelia, ya que para él los extraños nombres árabes no los entendía. Amalin empezó a llamarse Amelia y así se la llamó durante toda su vida, hasta el día de su muerte ocurrida el 18 diciembre de 1998.

Cuando Chucré visitaba a José y Nahima, le gustaba jugar con las pequeñas Victoria y Amelia, a las que posteriormente le siguió Olga. A la familia Chain Curi no les llegaba el ansiado hijo varón y Dios sólo les mandaba niñas.

Sólo en el año 1922 y cuando ya habían nacido las tres niñas, nace el ansiado varón al que se le puso como nombre Antonio, mi querido tío Antonio Chain Curi (o Chahin como él quiso que se escribiera cuando era ya mayor, en consideración a que el apellido Chain se pronuncia en árabe con una H aspirada entremedio de las sílabas cha-in), quien estuvo siempre unido por diversas causas y avatares de la vida a mi familia y a mi en particular.

Qué alegría más grande cuando nace Antonio. ¡Qué manera de dar gracias a Dios en la familia Chain Curi ante la llegada del primer hijo varón!

Así, se iba poco a poco consolidando la familia de mi madre. Tres niñas y un varón hasta ese momento, el 26 de junio de 1922. Mientras tanto, mi padre seguía visitando a sus amigos y se percataba como las niñas iban creciendo. Cuando nace Antonio, Amelia tenía cerca de cinco años y Victoria siete.

Cuando esto ocurría en Santiago, en San Antonio se terminaba de construir La Rosa y mi padre viajaba ahora en tren desde el puerto a la Estación Central de Santiago donde, además de adquirir mercaderías para su tienda y contratar su envío por ferrocarril hasta San Antonio, visitaba a sus cada vez más numerosos amigos de la colonia árabe. También por esos tiempos habían llegado a Chile sus hermanos Camilo y Miguel.

La mercadería que adquiría en Santiago para su tienda, se la iban a dejar desde la estación de ferrocarril hasta La Rosa en una carretela tirada por caballos. Ya en aquel tiempo la Avenida Centenario se había transformado en una calle

hermosa, era toda de adoquines, con unos bandejones centrales en los que se habían plantado árboles y arbustos. Las luminarias estaban también en ese bandejón central. La avenida era de doble tránsito y entre los bandejones se podían estacionar los pocos vehículos a combustión que circulaban por la ciudad. También allí se estacionaba la carretela que le entregaba la mercadería adquirida en Santiago. En los momentos que nacía Antonio, se había terminado para Chucre, y para siempre, la vida de vendedor ambulante.

Por esas mismas fechas mi padre había enviado a Homs el dinero necesario para traer a su padre y sus hermanos. En esos momentos, la creciente actividad económica de San Antonio, demandaba con urgencia de personal de apoyo para la atención de una clientela cada vez mas numerosa. Así, apenas llegados sus hermanos, éstos se incorporan al próspero negocio de mi padre en calidad de socios. La tienda y paquetería "La Rosa" era de tres hermanos que trabajaban unidos en las generosas tierras de América.

El gran mostrador de la tienda tenía forma de U. En un principio, cuando el edificio aún no se terminaba, pero el local sí pudo abrir sus puertas, mi padre dormía en un colchón que había ubicado bajo el mostrador que quedaba paralelo a la Avenida Centenario. En cierta ocasión me contó que allí, con la iluminación de una vela que colocaba en el suelo, leía la Biblia que había traído desde Siria; también me relataba que a pesar de que su situación económica era próspera, lloraba por su familia y por su tierra. La nostalgia de la pertenencia era más fuerte que los resultados de su trabajo. Dormía cuidando su tienda y llorando su soledad, más aún ahora que su madre había fallecido y que había decidido no volver a Siria después de aquello.

Mientras tanto, la familia Chain Curi seguía aumentando; después del varón Antonio, nacería mi tía Adela, posteriormente lo haría Elena y después de un tiempo otro varón, Humberto, en el año 1928. En esos momentos Amelia ya tenía 11 años y seguía creciendo y estudiando en Santiago. Mi padre continuaba visitando a los Chain Curi, quienes como siempre lo recibían con agrado y cariño.

A esas alturas mi padre había tomado otra decisión importante: se casaría en Chile con una descendiente de sirios, puesto que por su propia voluntad al decidir no volver a su Siria natal a buscar esposa, como lo habían hecho algunos de los homsienses, o como lo hicieron sus hermanos al utilizar una casamentera y al no querer casarse con una mujer que no llevara su misma sangre, no tenía otra alternativa que buscarla en Chile. Pero ciertamente esta tarea no era fácil, ya que él había sido de los primeros en llegar y, por lo tanto, los hijos que nacían tendrían con él grandes diferencias de edad. Sin embargo, la decisión estaba tomada y buscaría una esposa entre sus amigos sirios que habían tenido hijos en Chile. Como seguía frecuentando la casa de los Chain Curi empieza a observar a Amelia, quien crecía en belleza y juventud y que poco a poco se iba convirtiendo en mujer.

Mi madre era hermosa, muy hermosa, como escribiría mi tía Edith, la menor de todos los hijos Chain Curi, en un libro que publicara con mucho éxito en España el año 2001, titulado "Nahima, la larga historia de mi madre", donde novela la vida de Nahima con muchos ingredientes que hacen atractiva la lectura, pero que distorsionan gravemente el verdadero y profundo sentido humano de una vida llena de aventuras en el amor filial de Nahima y José.

Mi padre empezó a mirar en otra forma a Amelia, ya no era niña, sino que poco a poco se había transformado en

una bella mujercita. También miraba a Victoria; sin embargo su entusiasmo estaba definitivamente por Amelia. El la había visto nacer y crecer, había jugado con ella como el tío de confianza que tantas veces llegó a su casa. La había tenido en brazos y sabía los profundos valores cristianos que le fueron inculcados por sus amigos José y Nahima.

En aquel tiempo las hijas se casaban a muy temprana edad; es por ello que José y Nahima ya estaban preocupados de buscar con quien desposar a sus hijas mayores. Incluso ya habían hablado entre ellos acerca de un posible pretendiente para Amelia, el cual fue definitivamente descartado por ella misma, puesto que al saber las pretensiones de Chucre, optó por mi padre. La usanza y costumbres árabes de la época hacía posible que los padres, por si mismos o con la ayuda de la casamentera, determinasen en gran medida a quien dar a sus hijos en matrimonio.

Pero mi padre tenía la decisión tomada: quería casarse con Amelia. Entonces comunicó sus pretensiones a José y Nahima, cuando mi madre recién había pasado de los 14 a 15 años de edad y así, la solicita formalmente en matrimonio. Esto ocurrió en algún día entre el 15 de agosto y el 31 de diciembre del año 1931. A esas alturas Amelia ya estaba decidida, prefería a Chucre antes que al pretendiente que en Santiago, ya había manifestado a mis abuelos interés en desposarse con ella.

Mi padre había demostrado con creces sus grandes virtudes; era un hombre prestigiado al interior de la colonia siria y en general por todos los que lo conocieron. Su gran capacidad de trabajo, su sacrificio personal llevado al extremo, su honradez, el capital que había podido reunir y su

inteligencia para los negocios y para olfatear que San Antonio era una plaza a la que había que apostar, su generosidad para con los que recién llegaban, dándoles consejos y ayudándoles económicamente y su activa participación en la Asociación de la Juventud Homsense de Chile, le hacían aparecer como un pretendiente de gran valor y consideración, razón por la cual José y Nahima lo aceptaron de buenas ganas como yerno. Otro ingrediente no menor, lo constituía sus hermosos rasgos físicos, su altura y sus expresivos ojos claros. En su contra tenía un solo inconveniente: la edad. Los veintiséis años que los separaban en esos momentos, ya que mi padre tenía 40 y mi madre 14. El amigo de tantas jornadas, el que había cantado junto a su futura suegra en el coro de la escuela ortodoxa de Homs, se transformaría en el esposo de Amelia. Para mi madre era muy importante la decisión de sus padres, pero ella también tenía algo que decir y, aún cuando nunca antes se le había pasado por la mente casarse con el tío Chucre, ahora la realidad la dejaba en la disyuntiva de aceptar o rechazar el ofrecimiento hecho por mi padre. Amelia supera la situación y decide casarse con Chucre a sabiendas que ello la alejaría de su familia, puesto que tendría que irse a vivir a San Antonio. Así, mi padre gana una batalla más : lograr la mujer que amaba como esposa.

Todo estaba consumado. Chucre y Amelia ya estaban comprometidos y el matrimonio se haría al año siguiente, el sábado 21 de mayo de 1932.

Hasta entonces los Chain Curi habían tenido los siguientes hijos: Victoria, Amelia, Mercedes, Antonio, Adela, Elena y Humberto. Al decidirse el matrimonio, de Chucre con Amelia, Victoria tenía 17 años, Mercedes 13, Antonio 9, Adela

7, Elena 5 y Humberto 3. Faltaban aún por nacer Mary y Edith, la autora del libro que he mencionado, la que fuera la menor de todos los hijos de esa hermosa y fructífera familia.

Chucré ya había elegido a quien sería su esposa y así empezaría una nueva etapa en su vida a los 41 años de edad; la constitución de su propia familia la familia Sapag Chain.

Termino de escribir estos recuerdos en Túnez, última escala de nuestro barco. Durante la tarde fuimos con Sylvia a recorrer la ciudad y el Zoco, lleno de artesanía árabe de gran belleza y colorido. Compramos algunos recuerdos en especial dos platos, uno metálico y el otro de cerámica para colgar en nuestra casa de Las Cruces, en donde tenemos una gran colección de platos que hemos traído de recuerdo en los tantos viajes que hemos hecho con Sylvia, colgados en un muro de nuestro comedor. También adquirí un traje árabe ya que esta noche, noche de despedida de nuestro crucero, se nos ha pedido a los cerca de 1050 pasajeros que fuésemos vestidos a la usanza árabe para la cena. También en el salón de espectáculos del buque, los artistas que viajan con nosotros nos tienen preparada una presentación en homenaje a los árabes que lleva el sugerente nombre de "Las mil y una Noches".

Mañana domingo viajaremos todo el día para arribar el lunes a las 8 de la mañana a Barcelona.

CAPITULO XII

EL MATRIMONIO

Empiezan los preparativos para la boda. Mi padre quería celebrar en grande, puesto que para él este matrimonio significaba la consolidación definitiva en esta su nueva tierra. Buena parte de los objetivos que al partir se había trazado en la Siria del Imperio Turco Otomano se estaban cristalizando, a pesar de todos los sufrimientos, de todas las angustias y de todos los esfuerzos. A su padre, el abuelo Abraham, con gran gozo, le comunica la decisión de casarse, informándole quién había sido la mujer elegida puesto que en varias oportunidades éste le había manifestado su preocupación por el hecho de que Churre, habiendo pasado los cuarenta años, aún no tuviese esposa.

La ceremonia religiosa se efectuaría en la Iglesia Ortodoxa de San Jorge, la misma Iglesia en donde cuatro años atrás se habían casado sus hermanos Camilo y Miguel, y después con toda la familia Sapag y también los Chain, más todos los amigos de la colonia árabe residente a quien mis padres quisieron invitar, se efectuaría la gran fiesta al más puro estilo árabe.

Mi madre estaba muy hermosa con su vestido blanco inmaculado. Mi padre, vestido elegantísimo de frac, con su figura esbelta y agraciada, llegó a la Iglesia acompañado de su padre. El matrimonio se efectuó bajo el rito ortodoxo con toda la solemnidad y belleza que ese rito otorga al sagrado vínculo del matrimonio. Después de la ceremonia, en la que ambos prometieron amarse y respetarse por toda la vida, había que celebrar tanta felicidad junto a los familiares y amigos.

La fiesta fue en grande no escatimándose esfuerzo económico alguno para hacer de ese matrimonio una fiesta inolvidable para todos aquellos que fueron invitados. Allí estaban las familias Chain Curi y Sapag Orfale, estaban los jóvenes amigos de la Juventud Homsense, también asistieron tantos amigos de mi padre de la colonia árabe, en especial de sus paisanos sirios residentes; también estuvo el gran protector de la colonia, el respetable tío Abraham Atala. Mi padre y mi madre estaban felices por la boda y ello se podía apreciar de mil maneras.

Habían decidido que la luna de miel la harían en Valparaíso y Viña del Mar. Así que al día siguiente, después del emocionante día de matrimonio, parten Chucre y Amelia ahora a su propia fiesta de amor.

En Valparaíso habían hecho reserva en un hotel que estaba ubicado en Avenida Argentina, un hotel moderno de reciente construcción. Entonces esa avenida no tenía las características actuales. Después de una noche en Valparaíso, seguirían viaje a Viña del Mar donde pensaban pasar un día en la playa de Las Salinas y recorrer la hermosa ciudad balneario de la zona central de Chile. Al retornar al hotel donde alojaban, mis padres se encuentran inesperadamente con los tíos Camilo y Miguel quienes le informan de una noticia muy dolorosa: mi abuelo Abraham había sufrido un infarto cardiaco fulminante que le significó perder la vida en forma instantánea, por lo que nada se había podido hacer para salvarle. Abraham había muerto en Santiago en el mes de mayo de 1932, cuatro días después del matrimonio. Así, Chucre y Amelia tuvieron que interrumpir su luna de miel y regresar a Santiago junto a Camilo y Miguel en el automóvil

Ford que habían arrendado a fin de poder asistir, al día siguiente, al funeral de mi abuelo. Nuevamente a la Iglesia ortodoxa de San Jorge, pero ahora la felicidad de unos días se había transformado en tristeza e impotencia frente a una muerte que, por cierto, nadie esperaba. De allí al Cementerio General donde descansan sus restos hasta el día de hoy.

Toda la gran felicidad de mis padres en esos días se desploma ante la muerte de mi abuelo Abraham. Así, pocos días después de su matrimonio, Chucre ya no tenía padres vivos por lo que necesariamente todos los hijos del matrimonio Sapag Chain no tendrían abuelos por parte paterna. Que ironía del destino, cuando mi padre por fin estaba viviendo momentos de gran alegría le ocurre esta desgracia que empañaría para siempre el aniversario de su matrimonio.

Después de estos dos hechos, el matrimonio y la muerte de mi abuelo, Amelia y Chucre llegan a San Antonio a la casa habitación del segundo piso del edificio La Rosa en la Avenida Centenario.

En esos momentos, la casa del segundo piso tenía un morador : la tía Lamia, la mayor de las hermanas Sapag Orfale. Desde su llegada a Chile, ocurrida poco tiempo antes, la casa se encontraba bajo la administración de ella, quien había llegado soltera desde Homs junto al abuelo Abraham y los tíos Camilo y Miguel. La tía Lamia había asumido el rol de administradora de la casa, preocupándose de las tareas domésticas y así mi padre pudo disponer de una persona de su familia que le preparara las comidas y le resolviera los múltiples problemas cotidianos que toda casa ordenada requiere.

Cuando mis padres llegan recién casados a San Antonio, la tía Lamia quiso mantener su status y así ella seguir siendo quien mandara en la casa. Por cierto que mi madre tenía otra visión completamente distinta de cual debería ser su rol por lo que los roces y problemas entre ellas comenzaron a surgir en forma inmediata.

Mis padres se habían preocupado de alhajarla con dedicación y esmero, de tal forma que, al iniciar su vida como matrimonio, la casa se encontraba debidamente amoblada. Aún conservo en mi casa de Las Cruces una cómoda y dos veladores fabricados en Francia y que fueron adquiridos por ellos en vísperas del casamiento. Posteriormente, algunos años después, mi madre quiso cambiar esos muebles por otros más modernos y le regaló a su madre Nahima el amoblado de dormitorio que usaron en su primera etapa de vida matrimonial. Después de la muerte de mi abuela ocurrida el 12 de abril de 1989, recibí en herencia esos muebles que para mí tienen un valor sentimental muy grande. La verdad es que esos muebles se ven muy bien en los lugares en que los hemos instalado y no desentonan con las características modernas de nuestra casa de descanso que se encuentra ubicada muy cerca de San Antonio. Desde la terraza principal de ella puedo observar el cerro de la Virgen en donde en una de sus laderas está ubicado el Cementerio Católico; allí se encuentran sepultados en una misma cripta, juntos en la vida y en la eternidad, Chucre y Amelia.

Mi padre ya no dormiría más debajo del mostrador de la tienda y ya no leería la Biblia en ese lugar. Ahora tenía una esposa que cuidaría de él, que le prepararía comida árabe y que mantendría las costumbres de su Homs natal a la espera de los ansiados hijos que él pedía a Dios con urgencia, puesto

que le preocupaba la edad en que finalmente pudo casarse y establecer una familia. La Biblia ahora estaría a su lado, en el velador, donde podría leerla con comodidad y con luz eléctrica.

Termino de escribir estos recuerdos en el Hollyday Dreams después de cenar y de asistir a un hermoso espectáculo de música y bailes árabes con cuatro preciosas odaliscas que lo hicieron bastante bien, entusiasmando con sus contorneos y sensualidad a todos los asistentes, en especial a los varones. Era que no.

CAPITULO XIII

LAS HERMANAS DE CHUCRE

Como ya he mencionado, mi padre tuvo dos hermanas: Lamia, la mayor de las mujeres, y Sarwi, la pequeñita, la que sólo tenía tres años cuando mi padre dejó su Siria natal y a la que tanto quería. Chucre tenía una clara preferencia por su hermanita menor. Lo que suele ocurrir entre los hermanos es que se produce entre ellos una mejor sintonía de unos con otros, es por ello que en las cartas que enviaba de San Antonio a Homs para procurar la venida de sus hermanos, nunca privilegió la llegada de su hermana mayor.

Lo que contaré a continuación es lo que recogí de algunos relatos sueltos escuchados a mis padres y lo que pude constatar de sus actitudes en relación a esta historia.

Es posible que existan otras percepciones acerca de los hechos que rodearon los acontecimientos que se mencionan; sin embargo, guardo un recuerdo muy nítido acerca de ellos. Por cierto que hoy día, con la madurez de los años, estos hechos me parecen muy dolorosos y a veces difíciles de comprender, pero en la trama de la vida siempre estarán presentes situaciones que no nos gustaría que hubiesen ocurrido.

El que llegara la tía Lamia significaba para mi padre una complicación ya que estando sus hermanos Camilo y Miguel recién casados, lo lógico era que Lamia viviese con él y así contribuyese en forma significativa en su cuidado y en el de la casa del segundo piso del edificio La Rosa. Con Sarwi había una diferencia sustancial ya que mi padre sí deseaba

que ese rol lo asumiera su hermana menor y no la tía Lamia con la que nunca se pudo entender en forma satisfactoria.

Cuando mi padre se casa con Amelia, la casa que habitarían ya tenía una moradora: la tía Lamia.

Siendo mi madre de tan poca edad, tan sólo 15 años, y la tía Lamia de 32 en esos momentos y si, además, se considera que durante algunos años, ella mandaba en la casa del segundo piso de La Rosa, la llegada de mi madre generó una situación conflictiva desde el inicio; Amelia quería ser verdaderamente la dueña de casa por lo que la presencia a toda hora de su cuñada, quien pretendía mantener el status que tenía antes, produjo una situación muy difícil de sobrellevar para todos.

Mi madre, de carácter fuerte, no estaba dispuesta a dejarse administrar por la tía Lamia, lo que provocó un clima muy poco grato en ese hogar en el que recién se iniciaba la vida en pareja de Chucre y Amelia.

Para mi padre la situación no era cómoda, por lo que estimó necesario tomar una decisión rápida a fin de que las relaciones no se deterioran cada vez más. Para él lo más importante era Amelia, más aún si se consideraba que ella estaba alejada de su familia, a más de 100 kilómetros de distancia, y acostumbrada a vivir con tantos hermanos y con sus padres. Ahora en San Antonio su vida y su mundo era su esposo Chucre y también la tía Lamia con la cual tenía que convivir prácticamente todo el día y todos los días.

En aquellos tiempos la tienda La Rosa, como todo el resto del comercio de San Antonio, cerraba a la hora de almorzar. Mi padre, después de desayunar con la tía Lamia y

con Amelia, bajaba a abrir la tienda y se quedaba trabajando hasta la hora del almuerzo. Durante todo ese tiempo las dos mujeres debían compartir largas horas, sin la presencia de mi padre, lo que generaba entre ellas roces que dificultaban el llevar una vida grata y en armonía.

La situación se calmaba cuando mi padre llegaba a almorzar, pero después de una hora y media él tenía que volver a abrir la tienda por lo que nuevamente se producía una situación tensa que se complicaba cada día más.

Como consecuencia de estos problemas aparece en la historia familiar el tío Miguel Hares. Mi padre se había preocupado de indagar en Santiago acerca de los varones sirios que aún no tenían esposa y que podrían interesarse en la tía Lamia. Así las cosas, es cuando aparece el nombre de Miguel Hares a quien no le había ido muy bien en los negocios que había desarrollado en Santiago. Allí mi padre le propone que se case con Lamia y que él se encargaría de dejarlo instalado con un negocio y una casa en San Antonio. El tío Miguel Hares acepta la proposición y viaja a San Antonio a conocer a la tía Lamia y luego ambos deciden casarse.

Mi padre, para cumplir con la promesa contraída con Miguel Hares, hace construir en la calle Gregorio Mira, a unas tres cuadras del cité Chucre, un local comercial y una casa habitación en el segundo piso, encima del local. La construcción era pequeña, de no más de 6 metros de frente a la calle, en donde se ubicaba la única cortina del local y la puerta de acceso al segundo piso donde viviría el matrimonio Hares- Sapag. La propiedad, que aún se mantiene en muy buenas condiciones, queda ubicada al final de la calle que al oeste desemboca en la Avenida 21 de mayo, paralela a la Avenida Barros Luco.

De esta forma mi padre resolvió un problema familiar que podría haber tenido graves consecuencias. Ahora la tía Lamia tendría casa propia, por cierto que mucho más pequeña, pero en la que no competiría con nadie en su dirección y administración.

Nunca conocí esa casa por dentro. Por fuera sí, ya que pasé frente a ella miles de veces pues, para ir a mi colegio en San Antonio, necesariamente tenía que pasar allí cuatro veces por día dado que la jornada escolar era de mañana y tarde con almuerzo en la casa de cada cual.

En las reuniones familiares nunca estuvieron presentes los tíos Hares- Sapag. Mi padre con sus hermanos Camilo y Miguel y sus esposas, frecuentaban reuniones sociales, en casas de unos y otros, pero a ellos no se les solía invitar. Lamentablemente la relación había quedado francamente deteriorada lo que impidió una cercanía más amistosa.

Por lo demás, este era un tema tabú del cual no se hablaba en mi casa; tan sólo estaba muy claro para nosotros, los hijos de Chucre y Amelia, que la familia Hares Sapag no eran bienvenidos en nuestra casa. Ignoro si existían algunas razones distintas a las expresadas en estos relatos; es posible que las hayan, pero no tengo recuerdos de ellas, ni tampoco recuerdo haber escuchado de mis padres algo distinto de lo aquí relatado.

Chucre, Camilo y Miguel fueron prósperos emprendedores en San Antonio, siendo los tres hermanos muy bien considerados por sus aportes a la comunidad, por su honradez en los negocios, por su amabilidad y por su rectitud. El Cuerpo

de Bomberos de San Antonio, del cual el tío Miguel fue su Superintendente, el hospital, la construcción de la parroquia en Avenida Centenario, después que un incendio que destruyó completamente la primera iglesia construida con madera, y muchas otras obras de bien para la ciudad, contaron siempre con el apoyo y respaldo de los 3 hermanos Sapag Orfale. Pero el tío Miguel Hares y la tía Lamia, nunca tuvieron mayor participación en las actividades sociales del puerto, como tampoco prosperaron mayormente desde el punto de vista económico.

Para la gente de San Antonio estaba muy claro que había una notable diferencia en la relación que tenían los tres hermanos varones entre ellos, con respecto a lo que éstos tenían con su única hermana en Chile: la tía Lamia.

Los tíos Camilo y Miguel fueron socios y propietarios del primer cine que se construyó en la zona también en la Avenida Centenario, a pasos de la tienda La Rosa y que le pusieron por nombre cine Cervantes, una enorme construcción que llamaba la atención en la avenida comercial principal del puerto, sus dimensiones eran colosales ya que disponía de galería y paraíso.

Mi padre nunca se conformó de que su familia en Siria no hubiese hecho viajar a Chile a la tía Sarwi y hubieran enviado en su lugar a la tía Lamia. La molestia se hizo sentir y entonces en Homs, donde sólo se había quedado el hermano mayor de los Sapag Orfale, quiso enmendar el mal causado y aprovechando el viaje de una familia homsiense a América, conocida de ellos, planificaron que Sarwi se fuese junto a esa familia. Por entonces ya había ocurrido, hacía algunos años, la muerte, a causa de la gangrena, de mi abuela Manira. Los

tíos Camilo y Miguel ya habían emigrado a Chile como también a mi abuelo Abraham y mi tía Lamia, por lo que la familia en Homs había disminuido notablemente.

Pero es aquí cuando ocurre un hecho lamentable puesto que esa familia homsiense si bien es cierto que viajaba a América, su destino era la ciudad de Boston en los Estados Unidos. Para los familiares de mi padre que se quedaron en Homs ir a América era ir a América y por lo tanto movilizarse de un lugar a otro en el continente no sería una cosa difícil; lo complicado era cruzar el Océano Atlántico y por tanto llegar a Boston era llegar a América, donde no sería tan difícil ir a Chile y a San Antonio a fin de que Sarwi se reencontrara con su familia.

Todo esto lo ignoraba mi padre, hasta que recibe noticias de lo que había ocurrido y allí su decepción y dolor fueron muy grandes, perdiéndose todo contacto con la tía Sarwi y nadie sabía de su paradero. El tío Miguel viaja muchos años después con la tía Olga Midane a Homs, ahora por avión, y allí reciben algunas noticias de Sarwi. Esta se había casado en los Estados Unidos y estaba radicada en Boston con su marido y sus hijos.

A su vez la tía Sarwi estaba también preocupada por la situación familiar y quería saber qué pasaba con sus hermanos en Chile. Cuando ella partió de Homs tampoco conocía el alfabeto nuestro y todos sus conocimientos se concentraban en la lectura y escritura de los signos alfabéticos del idioma árabe. Por lo tanto al llegar a Boston no tenía como comunicar a Chile acerca de su situación. Finalmente y como consecuencia de los esfuerzos realizados por el tío Miguel y la tía Olga, después del viaje a Homs, ellos logran ubicar a la tía

Sarwi, con la que se contactan, se reestablece la comunicación perdida y entonces ella les comunica su intención de viajar por avión a Chile. Así, un cierto día, el tío Miguel llega a la casa de su hermano Chucre a darle una noticia increíble: la tía Sarwi viajaría desde Boston, Estados Unidos a San Antonio, Chile, a ver a 4 de sus hermanos que vivían en el puerto. Recuerdo la alegría de mi padre y los preparativos que se hicieron con motivo de tan ansiada visita. Este anuncio llegó el año 1963. Habían pasado 55 años desde la salida de mi padre de Homs, cuando con lágrimas se despidió de su hermanita de 3 años y a quien le prometiera que algún día la llevaría a América para estar juntos. Ahora, nuevamente, las lágrimas afloran en el rostro de mi padre al saber todo lo ocurrido.

En esos momentos yo estaba viviendo en Santiago terminando mis estudios de Ingeniería Comercial en la Universidad de Chile y ya con intenciones con Sylvia de casarnos. Recuerdo que en esa oportunidad viajamos de Santiago a San Antonio para conocer a la menor de todos los hermanos Sapag Orfale, a la tía Sarwi, la tía misteriosa y perdida durante tantos años.

Al verla y saludarla todo parecía una historia sacada de un cuento; ¡cuánta historia había pasado en su vida, en la de su hermano Chucre y en la del resto de sus hermanos, sin que supiesen nada entre ellos, de lo que ocurría con sus vidas y con sus sueños, habiendo un paréntesis que duró nada menos que 55 años!.

Afortunadamente la tía Sarwi pudo ver vivos a sus cuatro hermanos en San Antonio y sería la única oportunidad en que 5 de los 6 hermanos estuvieron nuevamente juntos.

Ello no ocurría desde el año 1908 allá en la Homs del Imperio Turco Otomano. Algunos años más tarde de este acontecimiento notable, la tía Sarwi volvió a Chile, pero ahora tuvo que ir al cementerio de San Antonio para dejarle flores a sus hermanos Chucre, Miguel y Lamia quienes habían fallecido en el intertanto. Este segundo viaje lo hizo acompañada de una de sus hijas norteamericanas, con mi prima hermana Lily a la que por supuesto no había visto en mi vida. El retorno a Chile por segunda vez de mi tía Sarwi ocurrió en el año 1975, si mal no recuerdo. Para esa fecha yo ya tenía 10 años de matrimonio con Sylvia y vivíamos en nuestra recién inaugurada casa de calle Los Carpinteros, adonde ella llegó a reunirse con nosotros y mi madre Amelia. Así, la tía Sarwi pudo conocer a Claudio, José Manuel y Verónica, los tres hijos que teníamos en esos momentos. En esa oportunidad les trajo de regalo a nuestros hijos varones, una moneda de medio dólar con la figura del Presidente John Kennedy. Aún conservan esas mismas monedas, las que tengo guardadas, pero que pertenecen a Claudio y José Manuel.

Termino de escribir estos recuerdos a bordo del crucero que nos dejará mañana lunes 1° de noviembre en Barcelona. Un día y medio de travesía continua desde Túnez a Barcelona. Ahora, en el medio del Mediterráneo y al mirar a mi alrededor, sólo veo mar y sólo mar.

A las 10 de la mañana de hoy domingo 31 de octubre asistimos a la misa en el salón del buque. Había más de 100 personas en la celebración eucarística que se celebró anticipadamente en conmemoración de los difuntos que correspondía celebrar el martes 2 de noviembre. Aproveché en ofrecer la misa por todos mis familiares fallecidos, en especial por mi madre y mi padre y por todos los que han estado con

tanta fuerza en mis recuerdos en estos relatos que he escrito con nostalgia y emoción.

Pero también recé por un gran, querido y entrañable amigo que falleciera en Santiago, en Colina, el 17 de septiembre recién pasado: Enrique Valle Pérez. También lo hice por mi amigo el Cardenal Silva a quien siempre le pido que nos guíe y ayude a que podamos continuar con su obra más querida: la Aldea de Niños de Punta de Tralca, que necesita de tanto apoyo generoso para mantener a 88 niños desamparados que requieren principalmente del amor y afecto que, por diversas razones, a veces muy dramáticas, no pudieron recibir de sus padres genéticos. Pero, además de darles amor, cariño y comprensión hay que preocuparse de todo lo que una familia necesita, así, cada mamá en cada casa (hay 11 casas para un número igual de familias) debe preocuparse de los estudios, de inculcar los valores de la formación católica, de la salud, del vestuario, de la recreación, de las amistades, de matricularlos en los colegios de la zona de acuerdo a las condiciones y características de los niños y de los colegios. Y todo esto cuesta mucho dinero que es necesario juntar año a año. Hasta este momento las oraciones a Dios y al cardenal han dado resultado, aunque con algunas complicaciones, y hasta ahora seguimos adelante gracias a Dios y a la segura intercesión de la Virgen y de don Raúl que ha hecho posible que muchos corazones generosos nos ayuden en esta obra de amor.

Hemos llegado al puerto de Barcelona. Un día frío y gris con lluvias intermitentes nos esperaba en esta hermosa y querida ciudad de España en Cataluña.

CAPITULO XIV

LLEGAN LOS HIJOS

No fue fácil para Amelia quedar esperando un hijo. Pasaban los meses y después empezaron a contarse los años, y el esperado hijo no llegaba. Mi padre lo deseaba de todo corazón, ya que estaba preocupado por su edad, y quería no tan sólo poder gozar de los hijos sino que además deseaba verlos formados y educados. Pasó el año 1933 y no hubo novedades y así, comenzaron a pasar los años y la desesperación cundía. Los médicos indicaban que ambos no tenían problemas para tener hijos, sin embargo, el embarazo no se producía. Continuaron pasando los años y así, transcurrieron los años 1934, 1935 y 1936 sin novedad, y tan sólo a principios de 1937, el médico comunicó finalmente a mi madre que había comenzado un embarazo y que el primer hijo nacería ese año, en noviembre de 1937.

En esos cinco años de matrimonio de mis padres, Nahima y José habían logrado aumentar su familia en dos hijos, o mejor dicho en dos hijas ya que en 1934 nace mi tía Mary y en 1935 mi tía Edith, la última de los 9 hijos que supervivieron de la unión entre José Chain y Nahima Curi. Si mis padres hubieran podido tener hijos, inmediatamente después de su matrimonio, habría ocurrido que el sobrino de las tías Mary y Edith tendría más edad que ellas.

Poco tiempo después del nacimiento de Edith en 1935, ocurre en Santiago un hecho doloroso que cambiaría sustancialmente la vida de Chucre y Amelia y provocaría trastornos familiares de importancia.

En efecto, en el año 1936, ocurre otra desgracia familiar. El abuelo José, el marido de Nahima fallece de un paro cardíaco a consecuencia de una bronconeumonía . De esta forma los futuros hijos de Chucre y Amelia habían perdido a esa fecha a 3 de sus cuatro abuelos. Sólo quedaba viva Nahima para ser, junto a mi padre y sus hermanos, los testimonios vivientes de la patria lejana, de Homs, de Siria, del Medio Oriente, de sus costumbres, de su cultura milenaria y la vinculación directa y palpable de la sangre siria, del emigrante que dejándolo todo, fue capaz de construir en Chile la historia de su amor con José y que el amor de ambos hizo posible formar una hermosa y fructífera familia que Dios premió con nueve hijos, uno de los cuales, Amelia, formaría con Chucre una nueva familia que Dios también premió con cinco hijos. Todos fueron capaces de construir en Chile dos hermosas historias de amor, Nahima con José y Chucre con Amelia, que Dios premió con generosidad regalándole nueve hijos a los primeros y cinco a los segundos.

La muerte de mi abuelo José produce un cambio sustancial en la vida familiar, puesto que ya se habían casado Victoria, la hermana mayor y Amelia. Entonces, al momento de la muerte del abuelo José, Nahima tenía a su cuidado 7 hijos pequeños, donde la mayor de todas, Olga, tenía 17 años y Edith, la menor sólo 1 año. La situación económica de la familia Chain Curi, con tantos hijos pequeños y sin el abuelo José, quien era el que generaba los recursos para mantener a tan enorme familia, se convertía en crítica ya que el abuelo, con tantos hijos a costas, no había reunido un capital suficiente que permitiera a la viuda Nahima sustentar un hogar con tantos hijos pequeños. Los hijos varones, Antonio y Humberto, tenían en ese tiempo 13 años el primero y 8 años el segundo.

Entonces mi padre toma una decisión muy propia de él y en concordancia con su notable y acostumbrada generosidad: conversa con su amiga y suegra Nahima, y le propone que toda la familia se vaya a vivir junto a él y Amelia en San Antonio ese año de 1936. El tío Camilo quien vivía inicialmente en la casa de los bajos del edificio La Rosa, estaba construyendo una hermosa casa en la esquina de Avenida Centenario con Lauro Barros. Al terminarse la construcción, él con la tía Julia y con los hijos que habían engendrado hasta esa fecha, se irían a vivir en la flamante casa de un piso, que quedaba ubicada en la esquina sur oriente de la intersección de la Avenida Centenario y de la calle Lauro Barros.

En los momentos que mi madre recibe el anuncio de su embarazo, su padre José ya había sido enterrado en el Cementerio Católico de Santiago y por lo tanto había muerto sin conocer esta importante noticia para toda la familia. En vista de que la situación en que quedó la viuda Nahima y sus hijos era sumamente complicada, mi padre organizó el viaje de la familia a San Antonio en forma inmediata. Así, a principios de 1937, Nahima y sus siete hijos llegan a radicarse en el puerto de San Antonio.

Mi padre pensó de inmediato que el lugar donde debía de vivir la familia Chain Curi era el primer piso del edificio La Rosa, donde vivía el tío Camilo con la tía Julia y sus 5 hijos. Pero aún la nueva casa del tío Camilo estaba en plena construcción, por lo que mi padre se las arregla para que en un primer momento mi abuela Nahima y sus hijos, habitaran una de las casas del cité de la propiedad de Gregorio Mira, en cuyo segundo piso vivía el tío Miguel con la tía Olga y los tres hijos que tenían en esos momentos : Mariana, Sergio y Humberto.

Posteriormente, en pocos meses más, cuando la casa del tío Camilo estuviese terminada, se efectuaría el cambio desde el cité Chucre a la casa del primer piso del edificio de La Rosa.

Para mi madre estar embarazada y disponer de la ayuda de Nahima y sus hermanas fue una bendición. Muy pronto estarían viviendo en el mismo edificio: ella en el segundo piso y Nahima con sus hijos en la planta baja, en las dos casas que había construido Chucre junto a su tienda. Todo ello constituyó una felicidad muy grande para ella, a pesar del dolor por muerte del abuelo. Tanto para mi padre como para mi madre, la llegada de Nahima y sus hijos fue recibida con júbilo. El próximo alumbramiento del primer hijo Sapag Chain contaría con la ayuda y el apoyo de la gran amiga y suegra de mi padre que en esos momentos tenía en sus hombros la experiencia de nueve alumbramientos.

Los meses van pasando, aproximándose así el día del nacimiento y por cierto con la incertidumbre de cuál sería el sexo de la criatura que venía en camino. Mi padre estaba nervioso y ansioso. Para él, ahora con 46 años de edad, la llegada de un hijo constituía la máxima aspiración de su vida, después de haberse sacrificado por tanto tiempo y después haber postergado intereses personales privilegiando a sus hermanos y a su familia que había quedado en Homs. Pero ahora todo era diferente, sus objetivos estaban cumplidos y sólo quedaba la espera del gran regalo que Dios le tenía preparado : un hijo.

Así, llega el lunes 15 de noviembre de 1937, con toda la familia pendiente de tan importante suceso, tanto los Chain como los Sapag, que ahora casi en pleno vivían en San Antonio,

el puerto que aún tenía que seguir regalándoles satisfacciones a mi padre y a toda nuestra familia.

El parto, como era habitual en aquella época, se efectuaría en la casa habitación del segundo piso de la Avenida Centenario. Mi madre estaría siempre acompañada de la mano solícita de Nahima, quien no la abandonaría ni por un solo instante. La partera llegó temprano ese día; mi padre no podía más de nervios y esperanzas, ansiaba un hijo y si Dios se lo daba varón eso sería para él el colmo de la felicidad. Por cierto que la presencia de Nahima le daba una seguridad muy grande por su gran experiencia en esas lides, y por el gran cariño que ambos se tenían.

Junto con las contracciones y el dolor del parto estaban las oraciones, todos rogando y rezando para que el alumbramiento fuera sin contratiempos y que el recién nacido fuera sano y ojalá varón. Al cabo de unas horas junto con los gritos de dolor de mi madre y los nervios de mi padre nace una criatura, un varón hermoso, rubio y de ojos azules. Nace el primogénito de Chucre, nace el primer Sapag Chain, nace Fernando Sapag, mi hermano mayor.

La felicidad de mi padre al saber la noticia y que todo había salido bien, que Amelia estaba en perfectas condiciones y que el niño no mostraba ninguna evidencia de malformación o defecto, fue inmensa y con lágrimas en los ojos daría gracias a Dios por todos los beneficios concedidos. Parecía, en aquel momento de infinita felicidad, que todos los sacrificios, los esfuerzos, las penas, las lágrimas y el dolor acumulado en tanta vida entregada con profundo amor a los suyos, se veían más que compensados. Chucre Sapag y Amelia Chain habían engendrado un hermoso y sano varón.

Mi padre que se había preparado para el acontecimiento, tenía acumulado en su tienda del primer piso una enorme cantidad de chocolates, guardados en grandes cajas. Entonces, poco después de besar a Amelia y tener en brazos a su hijo, desciende los 26 escalones para llegar a la tienda La Rosa y tomando en su brazos una enorme caja llena con barras de chocolate, se para en el medio de la acera frente a su tienda y empieza a regalar a quien pasara las barras de chocolate. Los transeúntes no sabían lo que pasaba y la razón de estos regalos tan inesperados; entonces mi padre con una sonrisa de oreja a oreja y con sus ojos azules vivaces y alegres, comparte su felicidad con todo el pueblo de San Antonio, quienes al saber que frente a la tienda La Rosa se estaban regalando chocolates, escasos y caros en aquella época, fueron a recibir su regalo y así compartir la inmensa alegría junto a mi padre, quien no se cansaba de dar gracias a Dios. Una vez más el todopoderoso le demostraba su amor a este hijo suyo, que tantos avatares había tenido que vivir antes de poder gozar un momento de tanta felicidad.

No había transcurrido un año de este feliz acontecimiento, cuando mi madre queda nuevamente embarazada. Tanto, que le había costado en los primeros 5 años de matrimonio quedar esperando un hijo y ahora Dios les regalaba uno tras otro.

El segundo embarazo de mi madre transcurre en forma normal. Había comenzado la gestación de su segundo hijo en el mes de septiembre de 1938 esperándose el alumbramiento para junio de 1939.

Mientras esto ocurría, el negocio de mi padre seguía prosperando y cada vez aumentaba más su patrimonio. La

visión empresarial de Chucre se manifestaba claramente por los excelentes resultados económicos de la tienda y paquetería La Rosa. Fernando crecía sano y hermoso, todos lo mimaban y se lo peleaban, tenía en el piso de abajo una abuela y 7 tíos dispuestos a mimarlo, disputándose por tenerlo en brazos y estando atentos a cualquier capricho. Y para qué hablar de mis padres que no cabían en sí de felicidad al ver crecer en salud e inteligencia a su hijo. Cada vez que Fernando mostraba algún síntoma distinto a su comportamiento habitual, mi padre corría donde su amiga Nahima para conocer su opinión. La confianza entre ellos era ilimitada.

Ahora mis padres esperaban con mucha mayor tranquilidad la llegada de su segundo hijo. Transcurrían los meses y ahora, ya casi al inicio del invierno, mi madre comenzó a sentir, al amanecer del sábado 10 de junio de 1939, las primeras contracciones. Mi padre salió a buscar a la misma matrona que atendió el parto para el nacimiento de Fernando y solicitó la ayuda de Nahima y las hermanas de mi madre, quienes a esa hora dormían en la casa del piso inferior. Esa noche se pasó en vela y el parto fue más difícil que el primero, cuando todos estaban seguros que ocurriría al revés.

La matrona se hizo cargo de la situación, junto a Nahima, en el segundo piso de la tienda La Rosa. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por pujar que hacía mi madre, la criatura no salía del vientre materno. Mi madre pujaba, y pujaba, hasta que finalmente aparece la cabeza del segundo hijo de Chucre y Amelia. La matrona, con el ánimo de evitar al máximo los dolores tremendos que sufría mi madre, apenas aparece la cabecita, la aprieta con sus dedos y tira a la criatura hacia el exterior. Entonces surge el cuerpo completo de un segundo varón y la noticia corre como pólvora en toda la

familia. Faltaban cinco minutos para la siete de la mañana cuando nació en San Antonio el segundo de los hijos de Chucre y Amelia; nació Reinaldo Sapag Chain, o sea, yo.

Al observarme la matrona se percató que algo andaba mal y pide la venida del doctor. Al examinarme éste, se da cuenta que Reinaldo tenía un problema físico, el cual, como pudo detectarse más tarde, se debió a que la matrona, con la buena intención de evitarle al máximo los dolores a mi madre y concluir lo antes posible el difícil parto, había apretado en demasía la cabeza de la criatura justamente cuando aparecía en el útero de Amelia, y ello había provocado que los nervios motores del movimiento del párpado derecho y los de la boca en el mismo lado, habían quedado dañados. Se había producido una parálisis facial derecha incurable, pero que, sin embargo, existía médicamente la posibilidad de amortiguar sus efectos en la criatura recién nacida. Para ello el doctor recomienda que el niño sea llevado a Santiago donde el doctor Alfonso Asenjo, neurocirujano de gran connotación en esa época y que ha hecho historia por su rigurosidad y sabiduría científica en el campo de la neurocirugía, tanto en Chile como en el mundo.

A partir de ese momento los ojos de mis padres y su preocupación de todos los días se volcó en su hijo recién nacido, quien no podía cerrar completamente su ojito derecho y no podía con su boquita reírse en forma natural. La parálisis le impedía llevar una vida absolutamente normal.

No habían transcurrido dos años del nacimiento de Reinaldo, cuando Amelia queda embarazada por tercera vez. Ya a estas alturas y con dos varones a cuestas, mi padre quería el nacimiento de una niña. Igual cosa ocurría con mi madre. La gestación se inició a principios del año 1941 esperándose el alumbramiento para la segunda quincena de septiembre.

En esta ocasión todo ocurre normalmente y así, la partera es de nuevo llamada a la casa del segundo piso de la Avenida Centenario y entonces, sin ningún contratiempo, nace un tercer hijo de Chucre y Amelia y ahora cumpliéndose los deseos de mi padre, nació una mujercita, nació Minerva Sapag Chain el domingo 21 de septiembre de 1941. Nueve días antes mi padre había cumplido 50 años de edad.

Sin embargo la misión no estaba aún cumplida, puesto que nueve años más tarde, un viernes 7 de julio de 1950, nacieron en el hospital de San Antonio, los mellizos Nassir y Manir Sapag Chain. Este fue el último parto de Amelia, el cual ocurrió por primera vez en un hospital. Las costumbres habían cambiado y ahora a nadie se le ocurriría tener sus hijos en la casa como sucedió con los tres primeros de Chucre y Amelia.

Ahora sí que la misión estaba cumplida y mis padres habían entregado al mundo a 5 hijos, todos nacidos en el puerto de San Antonio : Fernando, Reinaldo, Minerva, Nassir y Manir.

Cuando se produce el nacimiento de Nassir y Manir, Nahima y los hijos que aún estaban con ella habían ya retornado a vivir a Santiago de Chile, hacía ya algunos años, por lo que por primera vez mi madre no tuvo el apoyo tranquilizador de Nahima. Pero ella ya tenía la experiencia lograda en el alumbramiento de sus tres hijos mayores.

Termino de escribir estos recuerdos al atardecer del 31 de octubre de 2004, cuando faltan todavía 15 horas para la llegada a Barcelona, encontrándome aún cruzando el Mediterráneo en el último día de nuestro crucero.

CAPITULO XV

LA FAMILIA CHAIN CURI

La muerte del abuelo José constituyó un duro y doloroso golpe para Nahima y toda la familia, puesto que él había sido un excelente esposo y un padre amante de su familia y de sus hijos; por eso es que su inesperada muerte dejó un saldo de dolor y de incertidumbre para Nahima y los siete hijos que aún estaban a su lado. Victoria y Amelia al menos tenían el apoyo de sus respectivos esposos quienes las ayudaron a paliar el gran sufrimiento que se siente cuando se pierde a un padre querido y amoroso.

El futuro no se veía para nada claro para Nahima y sus hijos, es por eso que cuando llegó el generoso ofrecimiento de Chucre a su amiga Nahima de recibirlos a todos en San Antonio, esa oferta constituyó la tabla de salvación para los Chain Curi. Mi abuela Nahima, muchos años después de estos hechos, refiriéndose a mi padre con admiración y gratitud, me expresaba que su amigo de infancia jamás le había fallado. Por cierto que nunca se imaginó en Homs, cuando ambos cantaban juntos en el coro del colegio Ortodoxo de San Jorge, cuanta vida en común le tocaría vivir junto a mi padre en Chile y la enorme importancia que tendría Chucre en su vida.

Así, después de transcurrido un tiempo de la muerte de José, toda la familia se traslada primero a vivir al cité Chucre en calle Gregorio Mira, a una de las dos casas que afortunadamente en esos momentos se encontraba desocupada y posteriormente a la Avenida Centenario, en la casa del primer piso que poco antes había desocupado Camilo

y su familia para irse a vivir a la nueva casa que se habían construido. Parecía ser que una mano divina, a pesar de la adversidad, hacía posible estas coincidencias.

El abuelo José había sido muy bondadoso y ayudaba a quien se lo solicitaba, por lo que había muchas personas que tenían deudas comerciales con él, deudas de palabra, no documentadas, puesto que para él, al igual que para mi padre, la palabra comprometida constituía la más poderosa garantía de pago de las deudas que muchos habían contraído con él en diversas operaciones comerciales.

Sin embargo, la muerte de José y el posterior traslado de la familia a San Antonio, hizo que muchos se olvidaran de pagar sus compromisos por lo que, al llegar al puerto, lo hicieron con los enseres domésticos que disponían en la casa arrendada de calle Meiggs y prácticamente sin capital alguno para enfrentar la vida de los ocho componentes de la familia Chain Curi que fueron recibidos de todo corazón, por mis padres.

La mayor de las hermanas, Victoria, se había casado el año 1931. Su esposo era también de origen sirio y, por cierto, nativo de Homs. Había llegado a Chile soltero y no había regresado a buscar esposa en su patria. Se llamaba Laftaf Zahr. El apellido en árabe, traducido al español, significa flores. El tío Laftaf, al que no conocí, decidió cambiarse de nombre y apellido, por lo que efectuó la tramitación correspondiente ante el Registro Civil y entonces se empezó a llamar Antonio Flores. De este matrimonio nacieron 3 hijas, Myriam, Graciela y Georgette Flores Chain. Sin embargo el tío Antonio Flores fallece en diciembre de 1939. De esta forma mi tía Victoria quedó viuda siendo muy joven y con tres hijas a costas. La

situación económica de ella al enviudar no era holgada, razón por la cual, en un principio, recibieron la ayuda de mis abuelos José y Nahima y también la de mis padres.

Posteriormente, el año 1942, la tía Victoria se casa nuevamente, esta vez con Natalio Marón, el tío Marón como todos nosotros lo llamábamos, por su apellido, cuando lo normal habría sido llamarlo tío Natalio. Por alguna razón que todavía no me explico, toda la familia Chain Curi y la familia Sapag Chain, al referirse al tío Natalio lo hacían llamándolo el "Tío Marón". Del matrimonio de la tía Victoria con el tío Marón no hubo más hijos.

Recuerdo que cuando yo y mis hermanos éramos muy pequeños y viajábamos desde San Antonio a Santiago con mi madre, alojábamos en la casa de ellos (que vivían en Santiago), la que por supuesto quedaba ubicada en el barrio Estación Central, en la esquina de las calles Bascuñan Guerrero y Sazié. A mi, en lo personal, me agradaba mucho ir a esa casa, que por lo demás era de propiedad de mi padre ya que él con sus ahorros, austeridad y buena intuición para los negocios, estaba haciendo inversiones en bienes raíces, uno de las cuales era esa casa en Santiago, junto con las propiedades que había logrado adquirir y construir en el puerto de San Antonio.

Igual agrado experimentaba en las pocas oportunidades que la tía Victoria con mis primas viajaban a San Antonio a visitarnos. Recuerdo hasta el día de hoy, con nostalgia, los buenos momentos vividos con mis primas en San Antonio y con qué ansias esperaba la llegada de ellas.

Posteriormente, la tía Victoria, el tío Marón y sus tres hijas se cambian a vivir a calle Unión Americana, en Estación

Central. Era ésta una casa cuyas habitaciones se encontraban ubicadas en un segundo piso, y en esta casa instalaron también un pequeño negocio que vendía principalmente hilos de todo tipo, colores y características. Cuando se trasladaron de Bascuñan Guerrero a Unión Americana, ya la tía Victoria mostraba síntomas de una afección cardíaca, su corazón había crecido y tenía un tamaño más allá de lo normal, razón por la cual tenía que estar bajo permanente control médico. La enfermedad estaba bastante avanzada, por lo que sus expectativas de vida eran escasas. Así, un día 29 de julio de 1961 fallece en Santiago, en el hospital José Joaquín Aguirre, la mayor de todos los hijos de José y Nahima: muere la tía Victoria Chain Curi. Recuerdo que ese día fue de gran tristeza para toda la familia; mi madre había viajado desde San Antonio y se había trasladado de inmediato a la capital para estar junto a Nahima y a sus hermanos en instantes de tanto dolor y así participar en las exequias fúnebres de su hermana mayor.

La llegada a San Antonio de Nahima y sus siete hijos no fue fácil. Además de la pena inmensa de la pérdida de José, había que habituarse a una vida muy distinta a la que estaban acostumbrados en Santiago. Los hijos varones, Antonio y Humberto, asumieron de inmediato enormes responsabilidades a pesar de sus pocos años de vida. Al principio tuvieron que compartir sus estudios en el Instituto del Puerto, un colegio dependiente del Arzobispado de Santiago, con sus trabajos en la tienda y paquetería La Rosa, ayudando a mi padre y así generar recursos para el sostenimiento familiar.

La tía Adela se había especializado en costura por lo que pudo instalar su taller en la casa de Avenida Centenario.

Por lo demás, en aquella época no existía la ropa confeccionada, y el vestuario que usaba la gente tenía que hacerse a la medida de cada cual; es por ello que las modistas y los sastres eran profesionales que tenían gran demanda. Por su parte, la tienda La Rosa tenía fama por disponer de telas novedosas y de gran calidad las que mi padre se preocupaba, personalmente, de seleccionar y adquirir para mantenerla permanentemente abastecida. Por ello la clientela prefería su negocio a otros que se habían instalado en San Antonio, constituyéndose en una de las principales tiendas de la ciudad. Por esta circunstancia mi padre podía influir sobre sus clientes para que ocupasen los servicios siempre eficientes y meticulosos de la tía Adela, quien en corto tiempo se ganó la confianza de muchas personas, lo que le permitió que aportara desde muy joven ingresos a las alicaídas finanzas de la familia.

Las hermanas Olga y Elena colaboraban en las actividades de la casa, ayudando a Nahima en todo el gran trabajo que representaba llevar adelante una casa en que habitaban ocho personas pero, además, tenían que seguir estudiando, razón por la cual las matriculó en el Liceo Sara Cruchaga, un colegio administrado por las monjas del Corazón de María en San Antonio.

Las dos pequeñas, Mary y Edith, poco era lo que podían aportar y por su edad tenían que comenzar muy pronto sus estudios básicos, por lo que Mary primero y Edith después, fueron matriculadas en el colegio Sara Cruchaga que quedaba ubicado en la calle Gregorio Mira, enfrentando la calle Ruiz Tagle (hoy Bombero Molina), calle que desembocaba en la Avenida Centenario y que sólo tenía una cuadra de extensión. Para llegar desde la casa del primer piso de La Rosa hasta el colegio tenían que caminar tan sólo una cuadra. Cuando inicialmente vivieron

en el Cité Chucre, ubicado en la misma calle Gregorio Mira, la distancia a recorrer no era más de 50 metros.

Los tíos Antonio y Humberto, el tío Tito como llamábamos a este último, tendrían en la tienda un trato especial. No serían empleados sino que socios de La Rosa. Ya Chucre había utilizado el mismo procedimiento con Camilo y Miguel a quienes, al separarse del negocio de mi padre se les repartió proporcionalmente los beneficios obtenidos, los que les permitió ser independientes posteriormente y así labrarse su propio futuro.

Esta modalidad les permitía retirar algo de dinero y capitalizar el resto. Recuerdo que a fines de cada año se hacía un inventario general en la tienda y paquetería La Rosa, a fin de determinar los saldos de las cuenta y la mercadería en stock, para lo cual había que contar todo lo que había y medir las piezas de género una a una a fin de determinar cuántos metros quedaban. Esta faena requería de un día entero, razón por la cual mi padre cerraba la tienda "por balance e inventario". Todos teníamos que ayudar a hacer posible esta larga y tediosa tarea. Y digo todos, porque siendo yo muy pequeño mi padre me llevaba a la tienda, a fin de que ayudara en esas faenas realizando trabajos menores, como trasladar cajas con botones, cintas y otros artículos, para que así los mayores contaran la existencia de lo que había y después volver a colocar las cajas ordenadamente en el mismo lugar del que se habían retirado. De esta forma mi padre y mis tíos Antonio y Tito sabían cual era el resultado de la gestión anual que habían realizado. Mes a mes se tenía el resultado de las compras y ventas que se realizaban a diario, pero la única forma de determinar el resultado efectivo del negocio era mediante el balance e inventario anual.

Fue también en San Antonio en dónde mis tías Olga primero y Elena después deciden ser religiosas. La verdad es que no sé por qué razón y cómo conocen a la Congregación de las Esclavas del Amor Misericordioso como se denominaban en aquel tiempo Congregación que ahora sólo se conoce con el nombre de Amor Misericordioso. Pero ellas, una primero y la otra después, dejan sus estudios en San Antonio y también su casa, su madre y sus hermanos para continuar con los estudios de novicias en Santiago. Una vez concluidos los estudios, ambas decidieron hacer los votos perpetuos para convertirse en religiosas, denominándose Sor Mercedes mi tía Olga y Sor Priscila mi tía Elena. Después del Concilio Vaticano Segundo, la congregación se moderniza, cambian radicalmente su estructura, organización y normas. Como consecuencia de lo anterior se les permite a las religiosas recuperar sus nombres civiles si así lo desean. La tía Olga decide seguir con su nombre religioso y así mantiene el nombre de madre Mercedes. La tía Nena como llamábamos a Elena, decide volver a llamarse con el nombre puesto por sus padres y así abandona para siempre el nombre de Priscila y ahora todos la reconocen con el nombre de Madre Elena. Pero para mi siempre seguirá siendo mi tía Nena, mi querida tía Nena, ejemplo de virtud, constancia, humildad, consecuencia, sencillez, bondad y fortaleza para luchar por los más pobres exigiendo para ellos un trato humano, justo y considerado. Ella representa el ejemplo vivo de las virtudes cristianas que Jesús nos pide a cada uno de nosotros si es que queremos alcanzar la felicidad y así, mi tía Nena sirviendo a Dios y a sus pobres es feliz, inmensamente feliz.

La madre Mercedes, muy conocida como la madre Meche, también fue una religiosa ejemplar. Y digo fue porque hace 5 años, en el año 1999, murió después de haber entregado

su vida al servicio de los demás. Vivió y vibró con los pobres, era capaz de llevar a cabo iniciativas que a todos les parecía descabelladas e imposibles, pero ella con tesón, férrea voluntad y poniendo a Dios como fortaleza y baluarte, era capaz de conseguir el éxito en las tareas que se empeñaba. El presidente Frei Ruiz Tagle la distinguió, a nombre del gobierno de Chile, por los valiosos servicios prestados a la comunidad. El Arzobispo de Santiago, Monseñor Francisco Javier Errázuriz, encargó a un grupo de católicos sobresalientes que seleccionaran a personas anónimas o no tanto, cuya labor era necesario destacar como una vida ejemplar. Posteriormente se editó un libro que llevó por título "Cristianos ejemplares" dentro de los cuales se encontraban el testimonio de vida de mi tía Olga. Un día domingo asistiendo a la misa dominical, en la parte posterior de las cuatro páginas del folleto de la misa y ocupando la mitad de esa página, apareció un resumen de la labor social y religiosa desarrollada por la madre Meche, mi tía Olga, durante 60 años. de fidelidad al mandato de Jesús de amarnos los unos a los otros como El nos amó. Fueron 60 años que mi querida tía Olga se entregó por entero al servicio de los más necesitados.

Pero ciertamente que la labor mas importante de la tía Olga fue una tarea adicional que ella misma se impuso voluntariamente : la de estar siempre al lado de su familia, sin abandonar nunca las labores que le encargaba su congregación. Ella fue la que estuvo siempre preocupada por todos sus hermanos, por su madre, por los hijos de sus hermanos, por los esposos y esposas de sus sobrinos y por los hijos e hijas de sus sobrinos. En fin, una preocupación amorosa por toda una hermosa y cada vez más numerosa familia.. Allí estuvo siempre su mano prodigiosa y su oración para todos. La tía Olga jugó un valioso papel en su familia, entregando lo mejor de sí para la construcción del Reino entre nosotros.

Adela, mi tía Adela, la modista, fue en definitiva la que acompañaría a su madre hasta el día de la muerte de Nahima ocurrida el 12 de abril 1989. No se casó, por lo que sus hermanos y hermanas al desarrollar sus propias vidas y alejándose del hogar, sin que fuera su intención, dejaron a la tía Adela con la responsabilidad de cuidar a Nahima.

La tía Mary, muy hermosa en su juventud, fue asediada por un comerciante de origen palestino que residía en Talca, Juan Balut, quien la pide en matrimonio cuando Nahima y sus hijos ya estaban de vuelta en Santiago, después del período que vivieron en San Antonio. Mi tía Mary y la familia aceptan al pretendiente y así en el año 1956, se casan en Talca. Sin embargo su vida matrimonial transcurriría en San Clemente, un pueblo ubicado a 20 kilómetros al oriente de Talca, donde el tío Juan tenía un negocio en la calle principal de la localidad. Hoy la tía Mary vive en Santiago, acompañada de su hija Soledad. Tuvo cuatro hijos, dos varones y dos mujeres; en la actualidad los hijos varones, Juan Enrique y Pablo, están casados y las mujeres, Marlene y Soledad, solteras. El tío Juan tuvo un ataque hemipléjico por lo que se encuentra en un sanatorio en el que recibe permanentemente la visita de sus familiares y, en especial, la de mi tía Mary y sus hijos que se preocupan hasta lo increíble por él y por sus deseos. Todos los hijos de la tía Mary y el tío Juan han resultado ser excelentes hijos, buenísimos en sus distintas disciplinas. Ciertamente que la tía Mary y el tío Juan se deben sentir muy gratificados por la actitud amorosa y deferente de sus cuatro hijos.

Edith, la tía Edith, siguió sus estudios en San Antonio. Cuando ella se traslada a Santiago, continúa sus estudios ahora en la capital y posteriormente comenzó a trabajar junto a los

tíos Antonio y Tito en los negocios que montaron después de abandonar San Antonio. Luego decide hacerse monja ingresando a la Congregación Misioneras de Boroa. La destinan a Boroa, localidad que queda ubicada cerca de Temuco, donde habitan comunidades mapuches cercanas al camino que une a esa ciudad con Puerto Saavedra. Posteriormente es trasladada a Santiago, donde decide retirarse de su Congregación, pidiendo las licencias correspondientes, las que le fueron otorgadas. Retirada de su condición de monja, obtiene trabajo en una institución católica destinada a promover los estudios de teología en América Latina. En estas circunstancias se encontraba Edith cuando se cruza en su vida un sacerdote jesuita español, José Luis Castañeda quien, a su vez, había solicitado las licencias para abandonar el sacerdocio, situación que en el caso de los jesuitas tiene una demora mayor, dadas las normas que rigen a la Compañía de Jesús. José Luis tenía vinculación con esa institución, donde conoce a Edith y así, poco a poco, del conocerse pasan a la amistad y de allí al amor.

José Luis, una vez retirado de sacerdocio, trabaja en ChileFilms, la empresa estatal productora de Televisión, durante el Gobierno de la Unidad Popular.

Producido el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende, comienza la persecución a los colaboradores del régimen. En esa lista está José Luis. Los militares allanan la casa donde vivían cuando ellos no estaban, revolviéndolo todo y destruyendo lo que encontraron a su paso. José Luis y Edith se percatan de lo ocurrido y piden auxilio a la madre Mercedes, la que junto a la madre Elena jugaron papeles muy destacados en defensa de los perseguidos por la dictadura. La madre Mercedes consigue llevarlos a un campo de refugiados que se

había instalado en la localidad de Padre Hurtado, en una propiedad de la Compañía de Jesús y cuya construcción había sido promovida por el propio padre Hurtado. El centro de refugiados estaba bajo control de la ONU, razón por la cual consiguieron eludir el terrible cerco militar que cobró tantas vidas de chilenos y extranjeros asentados en Chile, como era el caso de José Luis. Dado que este último era de nacionalidad española, el lugar donde solicitan asilo fue España. Sin embargo, antes de la partida y también mediante el apoyo de la madre Mercedes, consiguen adoptar un recién nacido con quien viajan a España a fines de 1973. Al niño que adoptan le ponen por nombre Francisco y así, los tres, logran viajar a España en donde se radican; primero en Málaga y después en Madrid. Actualmente Francisco Castañeda, de 31 años, está radicado en Madrid y vive en un departamento con su pareja. Durante estos últimos 30 años y más, Edith decidió no viajar nunca a Chile; en el intertanto fallecen su madre Nahima, sus hermanas Amelia y Mercedes, y finalmente Antonio. A mi abuela Nahima y a mi tío Antonio no les vería nunca más desde el momento que abandonó Chile. A mi madre Amelia y a mis tías Mercedes y Adela sí las vio, puesto que ellas viajaron a España a visitarla. A pesar de todos los ruegos, especialmente míos, la tía Edith no regresó a Chile en más de 30 años de exilio, obligatorio en un principio y voluntario después. Mis argumentos de que era necesario venir y ver a la familia fueron vanos, en especial en el año 1989 cuando Nahima estaba moribunda pero lúcida, y por cierto que habría tenido una enorme alegría póstuma de poder ver a su pequeñita, a su hijita menor, antes de entregar su alma al Señor. Otra vez, los padres son para los hijos, los hijos no son para los padres. Ahora que es escritora, y que se separó de José Luis, Edith ha anunciado viajar a Chile para presentar un nuevo libro escrito por ella y que habiéndose realizado la presentación en Madrid

el 26 de octubre, o sea estando yo embarcado en el crucero, hará lo mismo en Santiago en la primera quincena de noviembre, fecha en que espero poder verla.

Termino de escribir estos recuerdos en las cercanías de Gerona, España, en la localidad de Begur. Retornamos ayer 1º de noviembre a Barcelona. Desembarcamos del crucero temprano en la mañana, de allí fuimos a la estación Santos a retirar un vehículo del que habíamos hecho reserva de arriendo con anticipación. Una vez que lo retiramos, lo estacionamos en las cercanías de Plaza Catalunya y de allí caminamos a la catedral para cumplir con nuestra costumbre dominical de darle gracias a Dios por tantos beneficios recibidos. Tuvimos la suerte de asistir a una misa solemnísimas que se efectuó a las 10:30 A. M. y que se prolongó hasta el mediodía. Después de ello nos contactamos con dos queridas amigas de nuestra hija Carolina a quienes ella había conocido en sus dos sucesivas permanencias en Barcelona, para continuar sus estudios superiores e intentar trabajar en esa ciudad. Almorzamos con Mich y Belén, dos estupendas chiquillas que quieren de verdad a nuestra Carolita. Nos emocionamos mucho junto a Sylvia al estar con ellas y recordar los esfuerzos hechos por Carolina para encontrar un trabajo en España. Misión casi imposible para aquellos que no tienen visa de residencia, lo que le habría posibilitado trabajar en esa ciudad. Para nosotros Barcelona es estar con la Carolita y revivir junto a ella sus sueños, esperanzas y decepciones. Al separarnos de las amigas, después de una jornada llena de recuerdos, tuve una pena inmensa y un nudo cerraba mi garganta. ¡cuánto quieren los padres a sus hijos! Y, ¡cuánto desean que sean felices!

CAPITULO XVI

LOS TIOS ANTONIO Y TITO

Por cierto que los tíos Antonio y Tito merecen un capítulo aparte. Ellos, además de ser mis tíos, fueron también mis amigos. Por las circunstancias relatadas anteriormente, cuando murió mi abuelo José, ellos tuvieron que asumir importantes responsabilidades cuando aún eran niños. La muerte prematura de mi abuelo y la necesaria partida a San Antonio los hizo transformarse en los pilares de sustento de la familia Chain Curi.

Cuando se trasladaron junto a su familia a vivir en el Cité Chucre, de la calle Gregorio Mira, y después a los bajos de la tienda La Rosa, no había nacido ninguno de los hijos de Chucre y Amelia; ellos tenían en esos momentos, como se señaló anteriormente, 13 y 8 años respectivamente; y a esa edad tuvieron que ponerse a trabajar como socios de mi padre, en ese año de 1936.

Toda la familia Chain Curi recibió una sólida formación cristiana; la pertenencia familiar a la Iglesia Ortodoxa no fue obstáculo alguno para que todos se integraran con facilidad a la Iglesia Católica. La llegada a San Antonio, en donde nunca ha habido presencia del rito ortodoxo, vinculó a la familia Chain Curi a la Iglesia Católica. Nada era capaz de perturbar la inmensa fe y gratitud a Dios que ellos sentían por los beneficios recibidos: ni la muerte de los primeros hijos recién nacidos de Nahima y José o la prematura muerte de este último, pudieron mermar en un ápice una fe capaz de resistir cualquier prueba. "Hágase Señor, tu voluntad así en la tierra

como en el cielo". Esta parte de la oración del Padre Nuestro, constituía para Nahima y sus hijos un mandato ineludible, una aceptación que muchas veces había que adoptarla con dolor y lágrimas, pero si el Padre que está en los cielos lo quería así, ellos aceptaban la voluntad de Dios al que tanto amaban. Y este gran amor a Dios daba lo mismo entregarlo en la Iglesia Ortodoxa o la Iglesia Católica. Dios es uno solo.

Es por ello que a toda la familia le pareció lo más natural cuando Antonio, al poco tiempo de llegar decidió integrarse a las actividades de la iglesia de San Antonio, cuando su párroco era don Abel García Huidobro.

Al poco tiempo, sus compañeros lo eligen Presidente de la Acción Católica del puerto. En aquellos momentos, don Rodolfo Valdés era el Presidente Nacional de la Acción Católica de Chile, quien ahora es el Presidente de la Aldea de Niños del Cardenal Raúl Silva Henríquez de Punta de Tralca, dependiente del Arzobispado de Santiago, institución de la cual soy Vicepresidente Ejecutivo. Lo que son las cosas de la vida. Hace más de 60 años, en sus tiempos juveniles, don Rodolfo me hizo entrega de una carta intercambiada entre ellos. Pero no sería esa la única vinculación de don Rodolfo con la familia Chain Curi, ya que él y su esposa Marita Echenique formaron parte de la Comisión que designó el Arzobispado de Santiago y que seleccionó a la madre Mercedes Chain como una de las "Vidas Ejemplares", hecho relatado en el capítulo anterior.

En esos momentos, cuando Antonio se integra a la Acción Católica de San Antonio, Chile vivía un período de gran efervescencia social y política. Poco tiempo después, en 1938, el Frente Popular ganaría las elecciones presidenciales

con Pedro Aguirre Cerda, quien fuera un gran presidente, pero que sin embargo, al ser laico y masón, no generaba simpatías en el mundo católico. Los jóvenes eran sumamente críticos del rol de los católicos en política y se rebelaban por la falta de identidad de muchos de ellos con los principios de la doctrina social de la Iglesia.

Tanto don Rodolfo como el tío Antonio buscaban volcar su vocación de servicio en pro de una iglesia más auténtica y más cercana a los problemas de la pobreza y así intentar revertir la evidente falta de preocupación de la sociedad chilena y de muchos católicos por los trabajadores, los campesinos y los más pobres. En el desarrollo de estas tareas don Rodolfo y Antonio trabajaron muy estrechamente ligados al padre Alberto Hurtado.

El trabajo social que realizó mi tío Antonio en San Antonio, lo hizo muy pronto vincularse al grupo de jóvenes que en Santiago buscaban un giro en la política nacional, en concordancia con las Encíclicas Sociales de la Iglesia Católica, en un período de graves problemas como consecuencia de la gran depresión mundial de los años 30 y el descubrimiento del salitre sintético, lo que generó en Chile un drama social de envergadura nunca vista. El producto nacional cayó en más de un 50 por ciento, al mismo tiempo que se empezaron a conocer las primeras cifras de una pobreza urbana de proporciones intolerables.

En el Chile de esa época la mujer no tenía derecho a voto por lo que la participación política de ellas prácticamente no existía. Los jóvenes católicos que tenían inquietud social y política se incorporaban al Partido Conservador, agrupación política confesional vinculada a la Iglesia Católica y que en

aquellos tiempos editaba el "Diario Ilustrado". Este diario defendía los intereses de los sectores más pudientes de la sociedad chilena, la que no estaba para nada de acuerdo con los planteamientos del Padre Hurtado o los de las Encíclicas sociales que los jóvenes católicos leían con entusiasmo al sentirse interpretados por esas enseñanzas de la iglesia. El "Diario Ilustrado", privilegiaba una visión conservadora de los hechos que ocurrían en la sociedad, manifestando su rechazo a cualquier posición de cambio social. El diario El Mercurio, más cercano al Partido Liberal de aquella época, también defendía un modelo económico y social tradicional, en donde el cambio que exigían las grandes masas populares era absolutamente ignorado. Pero ambos partidos, liberal y conservador eran de derecha, situación que se mantiene hasta el día de hoy. Guardando las debidas diferencias, la UDI (Unión Demócrata Independiente) es más parecida a los conservadores confesionales de ayer; RN (Renovación Nacional) tiene características políticas que le hace ser muy parecidas a los liberales de la década de los treinta.

Sin embargo, dado el fuerte impacto que provocó en los jóvenes la publicación de las Encíclicas Sociales y la presencia del Padre Alberto Hurtado que hacía carne los postulados sociales, los jóvenes católicos comenzaron a cuestionar políticamente al Partido Conservador y así se conformó una división interna en este partido, denominándose como conservadores tradicionalistas a los que no deseaban los cambios y social cristianos a aquellos que si los buscaban, junto al Padre Hurtado.

El que mi tío Antonio adoptara una posición tan progresista y de tanta sensibilidad con los más pobres a nadie debe extrañar. En toda la familia Chain Curi el ser solidarios y

amar de verdad al prójimo han sido características personales cuyas raíces se encuentran también en la Siria originaria. En efecto, la estricta y sólida formación cristiana que recibieron Antonio y sus hermanos surge de la situación vivida por sus padres en Siria donde precisamente, y debido a la persecución turca a los pocos cristianos ortodoxos que allí habían, éstos se refugiaban en la Biblia y en especial en el Nuevo Testamento, en el Jesús Redentor. Ser católico o ser ortodoxo no era problema alguno para los cristianos árabes que emigraron a América, puesto que los ritos son en general muy parecidos y las diferencias doctrinales mínimas. Es por ello que, considerando que la Iglesia Católica disponía de servicios religiosos en todo Chile, los ortodoxos asistían sin problemas a los templos católicos. Recuerdo que en una oportunidad los hermanos del Sagrado Corazón, canadienses, a cargo del Instituto del Puerto donde estudiaron muchos de los Sapag en San Antonio, en cierta oportunidad solicitaron a mi padre que se preocupara de traer a sacerdotes ortodoxos con el objeto que en la parroquia, a la que mi padre había contribuido a construir, en la Avenida Centenario, se oficiase una misa en ese rito. Mi padre hace los contactos y así un día viernes llegan desde Santiago los sacerdotes ortodoxos quienes celebran misa en el templo católico. Recuerdo que todos los asistentes que colmaban la Iglesia de bote en bote, se mostraron sorprendidos cuando al momento de la comunión, los dos sacerdotes ortodoxos untaban trozos de pan en el vino consagrado para la comunión de todos los fieles. Veo como si fuera hoy la felicidad de mi padre al constatar que en la parroquia, sacerdotes de su religión entraban en gloria y majestad a decir la misa en el solemne rito que él presenció, vivió y cantó en su Homs natal. Pienso que fue la primera y única vez que un hecho de esta naturaleza ocurrió en San Antonio.

Mi tío Antonio, ya con 23 años a principios de 1946, participaba activamente en la Acción Católica y en la juventud falangista, el ala social cristiana del Partido Conservador, la que posteriormente se transformaría en la Falange Nacional y finalmente en el Partido Demócrata Cristiano, al cual Antonio perteneció y adhirió hasta el día de su muerte el 26 de abril del año 2001.

Recuerdo que en el año 1946 ocurrieron dos hechos muy importantes en mi vida. El primero de ellos fue el haber hecho mi Primera Comunión el 8 de diciembre de ese año, cuando recién yo tenía 7 años de edad. El otro hecho que recuerdo con claridad es que ese año correspondía en Chile elegir Presidente de la República, y por cierto que mi tío Antonio adhería al candidato social cristiano apoyado por el Partido Conservador, el doctor Eduardo Cruz Coke. La sede del comando se encontraba a metros de la casa del tío Antonio y por lo tanto de la mía, en un segundo piso del Emporio Chileno, a no más de 20 metros de la puerta de entrada de mi casa en el Edificio La Rosa de San Antonio. Yo acompañaba a mi tío Antonio a la sede partidaria y me encantaba cuando en las tardes, una vez cerrada la tienda, me pasaba a buscar a mi casa del segundo piso y tomándome de la mano me llevaba al local político. Un largo lienzo cruzaba todo lo ancho de la Avenida Centenario, amarrado desde los balcones del segundo piso del Emporio hasta los balcones del frente. Yo esperaba con ansiedad que se cerrara la tienda y así poder pasarlo bien con mi tío Antonio. A mi se me encargaba repartir una propaganda en favor del doctor Cruz Coke en Avenida Centenario, lugar de encuentro de la población de San Antonio y así, se me entregaban cientos de panfletos que yo orgullosamente distribuía en la calle principal, a metros donde había nacido siete años atrás. Recuerdo que en una

oportunidad, estando en la sede del comando, se anunció que una gran marcha a favor del candidato del Partido Radical, Gabriel González Videla, que contaba con el apoyo del Partido Comunista y el Partido Socialista, pasaría por la Avenida Centenario. Desde el segundo piso observé una marcha multitudinaria, la mayoría de los estibadores y trabajadores portuarios eran de izquierda, por lo que una gran cantidad de la población de San Antonio estaba apoyando al candidato radical que en esos momentos era el partido gobernante.

Yo, junto al tío Antonio, asomados al balcón del segundo piso del comando, mirábamos la marcha llena de coloridos, con una multitud de banderas, estandartes y lienzos a favor del Partido Comunista y de González Videla.

Cuando pasaban frente a la sede conservadora, uno de los participantes del mitin llevaba un palo larguísimo que en uno de sus extremos tenía muy amarrado un largo y filudo cuchillo; entonces, cuando pasa frente al balcón donde yo estaba con el tío Antonio, levanta el largo palo y comienza a cortar las cuerdas del lienzo a favor de Cruz Coke hasta echarlo abajo. Yo estaba furioso por ello y sólo las palabras amorosas y cariñosas del tío Antonio, lograron apaciguar mi rabia y mi pena por un hecho que consideraba inaceptable e injusto.

Pocos días después de ocurrido este incidente, mi tío Antonio, pegando propaganda callejera en la Avenida Ramón Barros Luco, es agredido por una cuadrilla que hacía lo mismo, pero a favor del radical González Videla, y lo apedrean causándole una seria herida en la cabeza, la que tuvo que ser curada en el hospital Claudio Vicuña de San Antonio.

Perdió Cruz Coke y por lo tanto Chile tendría 6 años más de gobierno radical, apoyado por los comunistas. Pero a poco andar, Gabriel González Videla logra la aprobación de la ley de Defensa de la Democracia, más conocida como "la ley maldita", prescribiendo y persiguiendo a los comunistas. Pablo Neruda, que era Senador comunista en esa época, tuvo que huir de Chile, salir por el sur a Argentina y de allí al exilio en Italia, en la isla Capri por donde recién pasamos en nuestro crucero y donde escribió " Los versos del Capitán".

Jamás me imaginaría en aquel momento que seis años más tarde y mediante la clara influencia de mi tío Antonio y ahora yo con trece años, estaría apoyando, sin derecho a voto, a un candidato radical, a Pedro Enrique Alfonso, quien contaba con el apoyo de la recién formada Falange Nacional, por Eduardo Frei Montalva, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Tomás Reyes y tantos otros líderes que tanto entregaron a Chile. En 1952, año de la elección de Carlos Ibáñez del Campo, Antonio ya tenía 29 años y mi tío Tito 24. Recuerdo que en ese momento, o quizás poco antes, ocurrieron algunos hechos que harían cambiar totalmente la vida de las familias Sapag Chain y Chain Curi. Mi padre empieza a tener los primeros síntomas de problemas al corazón y decide llevar adelante una vida más tranquila evitando las grandes tensiones de una vida intensa, vivida sin tregua y sin vacaciones, con el objeto de lograr los objetivos que se había planteado siendo un niño en su Homs natal. A estas alturas había logrado transformarse en un hombre de sólida situación económica que había cumplido con sus promesas y que disponía de una familia que para él constituía lo más sagrado y querido de su vida. El otro hecho fue la decisión de retornar a Santiago tomada por mis tíos Antonio y Tito y así, dejan la casa del primer piso del edificio La Rosa y se trasladan a Santiago. Mi padre cumpliendo

con corrección la palabra empeñada, le entrega a los tíos la parte del negocio que les correspondía, a pesar de que ellos no habían aportado capital alguno. El tío Antonio me diría muchos años después, en el año 2001, que él no había conocido en su larga vida, hombre más correcto, más sabio y más lúcido para los negocios que su cuñado Chucre, el cual podría haber sido su padre por la amplia diferencia de edad que existía entre ellos: más de 30 años mayor mi padre que Antonio.

Mi tío Tito no tuvo en mí la influencia que tuvo Antonio. Sin embargo siempre me entusiasmó su personalidad jovial, alegre, con gran éxito con las mujeres (lo que me hace recordar a mi hijo José Manuel), amable hasta lo infinito y por sobre todas las cosas con un sentido de amor filial a su madre Nahima de tal profundidad, que estaba dispuesto a cualquier sacrificio por mantenerla contenta. A sabiendas de que su ida del hogar materno -si decidía casarse- significaría un fuerte dolor para su madre, optó por no hacerlo, manteniendo tan sólo relaciones amorosas con mujeres a las cuáles el quería, pero ellas al percatarse que Humberto nunca se decidiría a dejar a su madre, para formar un hogar propio, finalmente optaban por buscar otros destinos. Sólo Olga Momberg se mantuvo fiel hasta el día de la muerte del tío Tito, ocurrida el día 13 de marzo de 1971. Hace algún tiempo, en el año 2001, también falleció, Olga Momberg, sin haberse casado y manteniendo una fidelidad incommovible. Incluso más, antes de morir había solicitado a la familia Chain Curi que le permitiesen que su cuerpo incinerado descansara en la misma tumba donde estaba enterrado mi tío Tito en el Cementerio Católico. Sus deseos fueron satisfechos y todos aceptaron que sus cenizas descansaran para siempre en el mismo lugar. Lo que no habían logrado cuando eran jóvenes, cuando se amaban intensamente, lo lograron ahora ya muertos, en un póstumo gesto de amor simbólico, de profundo contenido humano.

Una vez que decidieron salir de San Antonio y con el dinero que habían logrado reunir en el trabajo en sociedad con mi padre, los tíos Antonio y Tito deciden, en 1948, adquirir una industria textil que se encontraba ubicada en el barrio Tropezón de Santiago. Recuerdo unos enormes telares que metían un ruido gigantesco al ir tejiendo el lino, la tela principal a la que se dedicaba la fábrica. Cuando visitaba la industria, siendo yo aún un niño con nueve años de edad, me encantaba ver funcionando esos enormes telares que tejían el lino a gran velocidad. Me entretenía también juntando los grandes conos de hilo que quedaban vacíos, a medida que la tela se iba fabricando paso a paso. El local era arrendado, pero todas las instalaciones pertenecían a mis tíos Antonio y Tito. Tengo el vago recuerdo de que la fábrica se llamaba "Industria Textil Las Delicias".

Mi abuela Nahima y mis tías Adela, Mary y Edith junto a Antonio y Humberto vivían, en esos momentos, en calle Unión Americana N° 36, también ubicada en Estación Central, en una casa de un piso que arrendaban desde que volvieron de San Antonio.

No les fue bien a los tíos, una vez que se independizaron de la tutela de mi padre, en la industria del lino. Tampoco les fue bien con unos microbuses que adquirieron junto al tío Marón, siendo socios entre ellos. Recuerdo que mi padre, muy preocupado por los hermanos de mi madre, sustento de la familia Chain Curi, decidió auxiliarlos y les compró parte del stock de lino que no habían podido vender, se lo llevó a San Antonio y empezó a venderlo sin apuro a fin de lograr un buen precio.

Después del fracaso en la industria del lino, la familia unida decidió enfrentar la adversidad de la única forma que,

dados los valores y enseñanzas recibidos, podían hacerlo; con austeridad, esfuerzo, trabajo y dedicación. Así, se trasladaron a una nueva casa, en la misma calle Unión Americana, pero ahora con el número 81. Esto ocurría en el año 1950.

Inmediatamente al lado de esta nueva casa arrendaron además, un local comercial. Allí iniciaron un nuevo negocio, vinculado también a la industria textil, pero ahora en el área de la confección. Para el desarrollo de estas nuevas tareas, los tíos Antonio y Tito contaban con la gran ayuda de mis tías Adela, Mary y Edith; pero también disponían de la abnegada colaboración y trabajo de mi abuela Nahima, la "Humme" como cariñosamente la llamaban todos sus nietos (en árabe "Humme" significa mamá; a las abuelas se les dice "siste"), en esa expresión había implícito una pertenencia mayor a la de una abuelita. Ella también sentía la imperiosa necesidad de trabajar y colaborar en la crisis por lo que decidió instalarse en un pequeño negocio, en la parte delantera de la fábrica textil, que daba a la calle Unión Americana y allí, después de sus siempre trabajosos días preocupada de los quehaceres domésticos en la casa colindante, atendía el negocio vendiendo al por menor las confecciones que se fabricaban en el taller de atrás. También vendía hilos, botones, cintas, elásticos y otros artículos de paquetería. Mientras estaba sentada y no había público que atender, dedicaba su tiempo a tejer con palillos artículos y chalecos de lana, de diversos colores, que también vendía para así procurar el dinero necesario para seguir manteniendo a su numerosa familia. Recuerdo que las tías Mary y Edith, cuando recién llegaron de San Antonio, continuaron sus estudios en Santiago por lo que su apoyo a los negocios y tareas domésticas las efectuaban después de cumplir con sus obligaciones escolares. Pero mi "Humme", en aquel tiempo, también se dedicó a tejer en hilo unos

hermosos pañitos, con una figura muy peculiar, que le valió la admiración de todos. Viendo el éxito que ellos tenían, también los confeccionaba y vendía en el local. Hasta el día de hoy guardo con emoción unos hermosos y gigantescos pañitos que ella me regaló, mucho más tarde, cuando yo no necesitaba venderlos y los hacía principalmente para regalar a su cada vez más hermosa y numerosa familia.

La habilidad de Nahima para el tejido viene desde cuando era una niña en Homs. Allí tenía un telar a mano con el cual ganó destreza en su uso. Además, su padre, mi bisabuelo, se dedicaba al negocio de la seda y ella aprendió desde muy pequeña a trabajar en los telares manuales. Cuando vino a Chile desde Homs, ya casada con mi abuelo José, trajo desde el Blad un paño de seda muy hermoso.

Un día, a principios de la década de los 60 y a sabiendas que el nieto de una amiga suya, Jorge Awad Mehech, estudiaría Ingeniería Comercial en la Universidad de Chile, ella le contó a su amiga homsiense que yo estaba estudiando en la Facultad de Economía. De esta forma conocí a la tía Adela Mehech, gran mujer, que había enviudado siendo muy joven y estando embarazada de Jorge, su único hijo. La familia de Jorge y mi familia por el lado de los Chain Curi fueron muy amigas, amistad nacida en Homs y que no declinó jamás. Así, se me pide que acompañe a Jorge el día de su ingreso a la Escuela de Economía en calle República 517. Así fue como comenzó una gran amistad con él, a tal punto que el padrino de mi hija mayor, Verónica, es Jorge y el padrino de Jeannette, la hija mayor de Jorge soy yo.

Cierto día, le conté a la "humme" que visitaba asiduamente a Jorge en su casa de calle Porvenir, y que la tía

Adela me distinguía con un cariño entrañable y que además había conocido allí a los abuelos maternos de Jorge, quienes siempre me preguntaban por ella. Entonces, al escuchar mi relato, mi abuela Nahima se levanta de su asiento y me dice : te traeré algo que deseo que se lo muestres a Madiha, la abuela de Jorge con la que había sido muy amiga en Homs. Entonces trae entre sus manos un paño de seda muy hermoso, lo despliega y me dice que ese paño de una dimensión de 1,10 mts por 1,00 metros, lo habían tejido juntas en Homs en el año 1910 cuando ambas eran muy niñas. Después de contarme esta historia me propone que me lo lleve y que se lo muestre a su amiga Madiha. Yo lo guardo y así, en la primera oportunidad que voy a la casa de Jorge en calle Porvenir, llevo el paño de seda y se lo muestra a su abuelita, quien tomándolo es sus manos lo reconoce en forma inmediata y me dice con emoción : este paño lo hilamos y lo tejimos juntas con Nahima en Siria.

Poco tiempo después de ocurridos estos hechos, voy a la casa de mi abuela Nahima y le cuento lo ocurrido, llevándole de vuelta el paño. Ella también se emociona y entonces me dice : " quiero que este paño de seda sea tuyo" y me lo regala. Yo, al principio no quería aceptárselo pero ella insiste y me dice: " yo ya estoy vieja y ¿quien mejor que tu para guardar esta reliquia familiar? ".

Hace poco tiempo atrás, al inaugurarse las oficinas centrales de la Fundación Aldea de Niños del Cardenal Silva Henríquez de Punta de Tralca, mandé enmarcar entre dos vidrios el hermoso paño de seda, el que se encuentra en la subida de la escala del segundo piso, en donde se encuentra actualmente mi oficina. En la parte baja del cuadro escribí la siguiente leyenda. " Paño de seda tejido a mano por doña

Nahima Curi Ahjuy (abuelita materna de Reinaldo Sapag Ch.) y por doña Madiha Hadad Cosma (abuelita materna de Jorge Awad M.) en Homs, Siria, en los primeros años del siglo XX."

La verdad es que, con períodos a veces de bonanza y otras veces con grandes complicaciones económicas, Antonio y Humberto nunca lograron tener una situación económica holgada y así, de tanto en tanto, sobrevenían crisis y dificultades que entristecían a toda la familia.

El tío Antonio, que se sentía con la responsabilidad de ser la cabeza de la familia Chain Curi, deseaba contraer matrimonio. Buscó en un principio a alguien de la colonia árabe y recuerdo cuando me pedía que lo acompañara en su automóvil último modelo que tenía en aquellos tiempos, un Chevrolet del año 1951 con sólo dos años de antigüedad, a estacionarnos cerca de la casa de la hermana menor de la tía Adela Mehech, la madre de Jorge Awad, con el propósito de verla pasar y saludarla. Esto ocurría en las tardes, una vez que habían terminado la jornada de trabajo. El hecho de que ella viese que el tío Antonio estaba acechándola cerca de su casa, era una forma muy concreta de manifestar su interés por ella. Este procedimiento normalmente terminaba sin éxito, ya que era necesario que la pretendida saliese de la casa y viera a mi tío Antonio. Como la espera era muy tediosa, entonces en un par de oportunidades en que coincidió alguna visita de mi madre a su familia en Santiago, el tío Antonio me invitaba a acompañarlo en sus andanzas amorosas.

Pero Antonio no se casó con una paisana. Finalmente se enamoró de una viuda, Elba Salinas, quien tenía a la sazón 3 hijos, dos varones y una mujer. El matrimonio entre ellos fue subrepticio y sin comunicárselo a nadie, lo que provocó

un drama familiar de grandes proporciones. Nahima no quería saber nada de su hijo que había actuado de esa manera. La relación familiar costó tiempo en recomponerse entre Antonio y su madre. Sin embargo, el tiempo diría que ese matrimonio fue una bendición de Dios para Antonio, quien amó profundamente a su esposa y de quien tuvo un hijo varón, José Antonio Chain, cuyo nacimiento permitió perpetuar el apellido Chain, puesto que José Antonio, Tonino, sería en definitiva el único hijo varón de apellido Chain.

Recuerdo que algunos años más tarde, la situación económica de Antonio se fue dificultando poco a poco, incluso cayó en manos de prestamistas, quienes le cobraban fuertes intereses, lo que finalmente culminó con el cierre de su negocio en calle Unión Americana, quedándose prácticamente sin nada y además ahora, con la carga que le significaba una familia con tres hijos ajenos y uno propio.

Mi padre sufrió mucho por lo que le ocurría a Antonio, ya que más que un cuñado para él era un hijo, al que había acogido y ayudado a su formación desde que era muy niño. Cuando mi padre falleció, en julio de 1970, la situación económica de Antonio era extremadamente difícil.

Corría el año 1971 y mi madre decidió trasladarse a Santiago después de enviudar, y al ver el difícil momento por el que pasaba Antonio, le aporta un pequeño capital a fin de que pudiera instalarse cerca de Avenida Matta con una fábrica de empanadas. A pesar de los esfuerzos de toda la familia para ayudarlo en esta nueva aventura empresarial, el resultado tampoco fue positivo.

Posteriormente a estos fracasos Antonio se traslada a Talagante, siendo contratado como administrador de la

antigua casa de formación de los hermanos del Sagrado Corazón, los mismos hermanos con los que yo estudié en el Instituto del Puerto de San Antonio. Allí Antonio, ahora sin responsabilidades empresariales, demostró durante 17 años ser un excelente administrador junto con Elba, su querida y amada esposa. Después de jubilar en el año 1990, no se sentía satisfecho sin nada que hacer, por lo que mi tía Mercedes, como siempre preocupada por cada uno de los miembros de su familia, me cuenta los problemas de Antonio y me pregunta si yo podía ayudarlo para sentirse útil y además permitirle ganar algún dinero. Entonces comienza a trabajar en la Editorial Copygraph que pertenece a la familia, la empresa que editará este libro. Estando en estas tareas, que le ocupaban la mitad de su tiempo, fallece de una afección cardíaca el amor de su vida, muere su esposa Elba Salinas. Antonio no pudo levantar su espíritu después de este golpe tan duro y se fue apagando poco a poco, hasta fallecer en Santiago el 13 de abril del 2000. Durante ocho años estuvo trabajando junto a mi en la Editorial Copygraph, ganándose el cariño y respeto no sólo de todos los funcionarios de la oficina sino que, además, de muchas librerías, imprentas, proveedores de papel y tantos amigos que lo querían.

Con la muerte de Antonio moría también para mi, en buena medida, la vinculación familiar con San Antonio. En esos momentos ya habían fallecido mi padre, mi madre, mi abuela Nahima, el tío Tito y la madre Mercedes. También habían fallecido todos los hermanos de mi padre y así, con la partida de Antonio, moría también una parte importante de mi vida que, sin quererlo estuvo tan cercana a la de Antonio, desde que nací en 1939 hasta el año 2000, puesto que hasta poco antes de morir estuvo junto a mí trabajando en el Edificio La Rosa de Santiago, cuyos propietarios somos mi hermano

Nassir y yo. El primer trabajo de Antonio fue con mi padre en la tienda La Rosa y su último trabajo conmigo en el Edificio La Rosa, donde funciona la Editorial Copygraph. Por cierto que el edificio debe el nombre precisamente a esa construcción que llevó a cabo mi padre en San Antonio: la tienda y paquetería La Rosa.

Termino de escribir estos recuerdos en la Costa Brava, específicamente en la playa d'Aro, una hermosa localidad ubicada a unos 100 kilómetros de Barcelona. Nuestra habitación está ubicada frente a frente al mar Mediterráneo habiendo estado estos últimos tres días en este lugar utilizándolo como centro de operaciones para conocer esta bellísima región de Cataluña. Habíamos pensado habernos quedado en Gerona para de allí recorrer la Costa Brava desde la frontera con Francia; sin embargo los hoteles en Gerona estaban copados debido a la feria anual de la ciudad la que coincidió con los días que estábamos en la zona. Así, pues, nos trasladamos a la localidad de La Bisbal d'Empedrà, donde alojamos en el Castillo d'Empedrà, castillo que perteneció a Napoleón Bonaparte y al que han convertido en un esplendoroso hotel ubicado en un lugar hermosísimo. Eso fue la noche del lunes 1º de noviembre. Al día siguiente recorrimos La Bisbal, que se caracteriza por la producción de cerámicas. Sylvia gozó toda la mañana, visitando una larga calle donde hay decenas de locales dedicados a la venta de cerámica artística. La verdad es que la variedad y belleza de la cerámica de Bisbal es realmente impresionante. En la tarde, y después de almorzar en la ciudad vieja de La Bisbal, nos trasladamos a Begur, donde alojamos en un hotel de montaña, en las alturas, con una maravillosa vista a los Pirineos nevados y la hermosura del verdor de los campos geruenses. Después nos trasladamos a visitar el sector de las calas, las caletas y playas que abundan en este sector de la Costa Brava.

CAPITULO XVII

MI INFANCIA JUNTO A MIS PADRES

Por cierto que mi nacimiento, con el defecto incurable de la parálisis facial derecha, trajo consigo mucho dolor para mis padres. La gran alegría del nacimiento de un segundo hijo varón, se vio opacada por la gravedad de la lesión, puesto que habían temores fundados de que problemas de dicción y de visión pudiesen afectar en el futuro al recién nacido.

Mis padres no escatimaron esfuerzos para lograr, con los precarios medios de tecnología médica con que se contaba en aquel entonces, tener un diagnóstico lo más certero posible, con el médico de mejor reputación que existía en Chile en el área de la neurocirugía. Así, viajaron a Santiago conmigo, y tras de reservar la hora correspondiente, son recibidos en la consulta por el doctor Asenjo.

Después de efectuar un examen ocular y recibir de mis padres el informe de lo ocurrido, incluyendo la opinión del doctor Luis Reuss de San Antonio, el doctor Alfonso Asenjo señala claramente a mis padres que el daño causado no tenía solución, y que lo único que se podía lograr, sería una cierta capacidad de movimiento en el párpado derecho y probablemente algún movimiento al lado derecho de la boca. Al no poder cerrar el ojo derecho, yo dormía prácticamente con un ojo cerrado y el otro abierto.

El doctor Asenjo, además de entregarles consejos de cómo tratar al niño y recomendar algunos medicamentos, expresa que se deberá hacer tratamiento mediante masajes

eléctricos, al menos dos veces a la semana, durante un buen tiempo, pero que para ello había que esperar unos dos o tres años, puesto que no era recomendable hacerlo a tan temprana edad.

No recuerdo en qué fecha se inició el tratamiento. Lo que sí recuerdo es que mi padre, y a veces también mi madre, me llevaban a Santiago con el objeto de hacerme los masajes eléctricos correspondientes. A veces me llevaban en tren y otras en microbús. En aquellos tiempos el viaje en bus o tren desde San Antonio a Santiago demoraba aproximadamente dos horas y media.

El camino que unía San Antonio con Santiago era de tierra, en toda la cuesta que subía desde el puerto hasta llegar al cruce con la bifurcación a Cartagena, aproximadamente cuatro kilómetros. Recuerdo que el microbús rengueaba forzado al tener que subir la cuesta, después de partir al frente de la estación de ferrocarril y pasar necesariamente por Avenida Centenario y por lo tanto por mi casa y por la tienda La Rosa. Desde el cruce con Cartagena hasta Melipilla el camino tenía una sola franja pavimentada por lo que al cruzarse un vehículo con otro uno de ellos tenía que salirse del pavimento. En Melipilla el microbús ingresaba a un recinto techado, plagado de vendedores de pasteles chilenos, hechos a mano por mujeres campesinas, que criaban sus propias gallinas para obtener los huevos necesarios para hacer sus pasteles, cuando aún no se conocían los pollos Broiler.

La llegada a Melipilla, después de una hora y más de camino, constituía para mi un alivio, no tan sólo por la posibilidad de librarme del encierro del bus, sino que principalmente porque sabía con certeza que mis padres me

comprarían esos pasteles tan ricos. El que más me gustaba era el que se llamaba "la torta", un bizcochuelo redondo de unos doce centímetros de diámetro, de tres capas untadas con manjar y la de encima con azúcar flor. Ya no existen y aún guardo el recuerdo de lo deliciosos que eran esos dulces. Desgraciadamente los dulces que venden hoy, en Melipilla, son industriales, perdiéndose así esa hermosa tradición campesina del verdadero dulce artesanal chileno.

Llegados a Santiago, nos bajábamos en la Estación Central, lugar obligado de llegada para los trenes y microbuses que partían de San Antonio. Tomado de la mano de mi padre o mi madre, atravesábamos la Alameda y caminábamos hasta la calle Chacabuco que queda ubicada casi al frente de la Estación. Allí nos subíamos a un carro eléctrico que circulaba por esa calle, -los carros eran uno de los más importantes medios de transporte del Santiago de la época,- hasta llegar al hospital San Juan de Dios, recién construido y que es el mismo que existe hoy día en calle Matucana. Después de movilizarnos por unas seis cuadras, nos bajábamos a la altura correspondiente del hospital, puesto que las calles Matucana y Chacabuco son paralelas.

Apenas llegado al hospital me ponía a llorar, puesto que cuando me hicieron por primera vez el masaje eléctrico en mi rostro, las molestias fueron de tal magnitud que siempre me oponía a su aplicación, pero ante los ruegos de mis padres y sus promesas de que algo me regalarían después del suplicio terminaba por aceptar. Todo tiene su lado bueno ya que siempre me compraban golosinas y me daban el gusto en todo.

Las veces que viajaba con mi padre para que me hicieran el tratamiento, él dejaba a mis tíos Antonio y Tito a cargo de la

tienda. Ibamos temprano al hospital, lo que le permitía quedar libre de esa obligación alrededor del mediodía. ¡Cuánto cariño me regalaba mi padre acariciándome y diciéndome en árabe palabras piadosas, bendiciéndome y rogando a Dios por mí!. Debo confesar que en aquella época yo no sentía ninguna molestia con mi parálisis, y vivía en armonía con mi físico, por lo que mi complicación estaba con el masaje y no con mi parálisis. Hoy percibo que el verdadero sufrimiento lo tenían mis padres, tanto por los dolorosos masajes, como por mi defecto físico.

Después yo lo acompañaba a ver a algunos de sus amigos homsienses y también a hacer las compras de mercaderías que necesitaba la tienda a fin de que se las despacharan por ferrocarril. Tengo el recuerdo de lo aburrido que eran para mi esos viajes, los cuáles tenían muy pocos momentos de entretenimiento. En especial mi tedio era mayúsculo cuando mi padre hacía los negocios para el abastecimiento de la tienda La Rosa, momentos en que yo no existía.

También recuerdo cuando mis tías Mary y Edith, las dos menores de la familia Chain Curi, pasaban a buscarnos a Fernando y a mi para llevarnos al liceo católico de mujeres Sara Cruchaga, en San Antonio, donde ellas también estudiaban, puesto que en el preescolar aceptaban varones.

Posteriormente, cuando tenía 5 años, ingresé al kinder del Instituto del Puerto, colegio sólo para varones y también católico, cuyo rector era el padre Arturo Rencoret y la profesora jefe de mi curso, la señorita Rebeca. En aquel tiempo no se usaba decirle "tías" a las profesoras. Cuando ingresamos al Instituto fue nuestra madre quien nos llevaba al colegio, el que quedaba ubicado en la Avenida 21 de Mayo, a unas cuatro cuadras de nuestra casa en los altos de la tienda.

Tengo pocos recuerdos de mi infancia en el colegio, pero sí hubo un hecho que para mi fue inolvidable y que me hizo tomar conciencia, por primera vez, del impacto negativo que podría generar en los demás, la parálisis facial que me ha acompañado toda la vida. Hasta esos momentos sólo estaban en mis recuerdos los desagradables masajes eléctricos en el hospital San Juan de Dios, pero ello era una cuestión de sensación física que no duraba más de 20 minutos por sesión y después me olvidaba, hasta el momento en que tenía que regresar a Santiago para un nuevo masaje. Pero en el Instituto del Puerto, en un recreo, mis compañeros de curso hicieron una ronda tomándose de las manos y dejándome a mí al centro. Entonces, sin soltarse de las manos empezaron a correr en círculos a mi alrededor, mientras cantaban en coro : " ¡ miren al boca chueca, miren al boca chueca, miren.....!

Yo impotente sólo atiné a llorar y llorar hasta que vino en mi auxilio la señorita Rebeca quien me rescató de esa crueldad tan peculiar y tan inocente de los niños. Pero ello me marcó ya que fue la primera vez que sentí que mi parálisis podría ser motivo de rechazo por otros. En mi casa, con mi familia, ellos me llenaban de halagos y caricias, mis tías, las hermanas de mi madre, siempre estaban disponibles para vestirme, jugar conmigo, tomarme en brazos y regalarme sin importar mi defecto y por lo tanto, en la burbuja de seguridad y cariño que da la familia, nunca me percaté de que la parálisis podría traerme problemas en mi vida.

Mis primeros pasos en el Instituto del Puerto no fueron fáciles, principalmente como consecuencia de las burlas de mis compañeros. No me daban ganas de ir al colegio y deseaba quedarme en casa junto a mi madre donde me sentía seguro y protegido. Para mi padre nuestra educación constituía una

prioridad absoluta; él quería que nos formáramos y que recibiéramos la mejor educación posible, aquella educación a la cual él no tuvo acceso. Al principio, cuando estaba en kindergarten, llevaba un bolsón de cuero para trasladar mis útiles consistente en dos cuadernos, el silabario Matte, lápices a mina y lápices de colores. Cuando llegué a primer año de preparatorias (así se llamaba la enseñanza básica) teníamos que empezar a escribir con tinta y la forma usual para hacerlo era mediante un artefacto de madera que terminaba con una pluma que se ponía y sacaba. No tenía estanque por lo que había que llevar también un tintero, normalmente con tinta azul, siendo la más usada la marca Canario; la pluma más cotizada por nosotros era la de marca "R".

Recuerdo que el tintero lo amarrábamos en el pantalón y colgaba de un cordel que lo sujetaba, no tenía tapa sino que un pequeño corcho impedía que la tinta se escurriese. Muchas veces y en especial cuando corríamos, la tinta causaba estragos en nuestras ropas con el consiguiente enojo y molestia de nuestra madre, que tenía que preocuparse de sacar las casi permanentes las manchas con que llegaba nuestra ropa al volver del colegio.

En aquella época no existían los lápices a pasta pero sí las lapiceras con estanque, siendo la marca Parker la más requerida y muy cotizada por todo el mundo. Pero su precio era prohibitivo, por lo que prácticamente ningún estudiante disponía de una de ellas. Recuerdo que cuando llegaron a San Antonio las primeras lapiceras, mi padre me regaló una Parker 21 de color burdeo. Yo no daba mas de felicidad y se la mostraba a todos con orgullo, pero dado su valor y la envidia que podía generar en mis compañeros, no me permitían llevarla al colegio. Al llegar del colegio lo primero que hacía

era ir a buscar mi hermosa lapicera, no me cansaba de admirarla y no la soltaba hasta la hora de dormir. En esos momentos no se me pasaba por la mente lo que ocurriría poco tiempo más tarde.

En efecto, cierto día, después de cerrar la tienda, mi padre me toma de la mano para cruzar la Avenida Centenario, (cuando ocurren estos hechos ya nos habíamos cambiado a la nueva casa de Lauro Barros con Gregorio Mira, razón por la cual necesitábamos atravesar esa avenida), viendo mi padre que se aproximaba una carretela tirada por caballos, apresura el paso lo que me obligó a trotar junto a él, con tan mala suerte que mi hermosa lapicera Parker se cae en medio de los adoquines de la calzada; quise devolverme a buscarla pero la férrea mano de mi padre lo impidió, puesto que no había tiempo de hacerlo, ya que la carretela estaba muy encima. Yo miro como pasan los caballos por encima de mi lapicera sin dañarla, pero todavía tenían que pasar las ruedas de gran diámetro, pero angostas y recubiertas con una circunferencia de fierro. Miro con pavor como la rueda se acerca peligrosamente a mi lapicera, rogando por que no la pisara. Sin embargo, la rueda pasa por encima de ella destruyéndola totalmente. De inmediato me largo a llorar desconsoladamente puesto que había perdido mi tesoro, mi primera lapicera con estanque de tinta, la que me llenaba de alegría y orgullo. Mi padre no encontraba la forma de apaciguar mi llanto, arrodillado junto a mí, trataba de consolarme, pero todos sus esfuerzos fueron estériles. Entonces se le ocurre una idea genial: sin que yo me diera cuenta saca de su bolsillo un billete de quinientos pesos, lo enrolla y lo tira en la calle unos metros más adelante del lugar en que yo, paralizado por lo que había ocurrido, no cesaba de llorar y llorar. Entonces mi padre me toma otra vez de la mano y comienza a caminar muy despacio

a fin de que fuera yo el quien viera primero el billete de quinientos pesos y claro, efectivamente yo veo el billete y lo recojo de inmediato. Entonces mi padre me dice; "ves, tuviste mala suerte y ahora, Dios te ha traído buena suerte, puesto que la lapicera vale justamente quinientos pesos". Y entonces me dice "vamos a ver si está abierta aún la librería y así compramos otra lapicera". Efectivamente la librería aún no había cerrado y yo pude tener de nuevo mi lapicera color burdeo y por cierto que el llanto había concluido. Sólo años más tarde mi padre me contaría la verdad de lo acontecido.

Cuando pienso en lo que me dijo mi padre en esa ocasión, que Dios me había traído buena suerte, tenía toda la razón, Dios me había traído la buena suerte regalándome un padre ejemplar y generoso.

A medida que fue pasando el tiempo pude resolver el problema de inseguridad que me generaban las burlas de mis compañeros por mi parálisis facial y la amarga sensación de rechazo que me acompañó por algunos años. Pensaba que nunca una mujer se fijaría en mí, que a ninguna le gustaría tener de compañero o de pololo a una persona que no podía reírse normalmente porque la boca se enchuecaba. Sin embargo ocurrió un hecho que me permitió recuperar la confianza y la seguridad en mi mismo.

En la pubertad cuando tenía 14 ó 15 años, me gustaba una niña del Liceo Sara Cruchaga, que yo veía pasar por Avenida Centenario. Ella vivía en Barrancas y llegaba al colegio en locomoción colectiva, la que tenía paradero en esa calle. Yo esperaba verla bajar en la esquina, por donde debía subir por la calle Ruiz Tagle (actualmente Bombero Molina) para llegar a su colegio. Me acompañaban otros compañeros de mi

colegio de las cercanías de donde yo vivía, sin que ellos se percataran que ella me gustaba. Después de almorzar, y antes del turno de la tarde en el Instituto del Puerto, teníamos un tiempo para distraernos y una de las mayores entretenciones a esa edad, era ver la entrada de las niñas al colegio. Yo la miraba y ella también me miraba, pero yo no me atrevía a nada, sólo a mirarla ya que pensaba que debido a mi defecto me costaría mucho pololear y menos con una niña que yo encontraba tan bonita. Pero no sólo yo la encontraba hermosa, puesto que para las fiestas de la primavera, cuando hubo que elegir la reina del Liceo Sara Cruchaga, ella fue la elegida. En la fiesta me atreví a hablarle y me di cuenta que ella me consideraba y que no le provocaba rechazo alguno. Al poco tiempo estábamos pololeando y yo me sentía feliz por ello y también por haber tenido una constatación palpable de que la elegida como la más hermosa no me rechazaba. Este hecho también marcó mi vida y mi autoestima.

Cuando en el colegio empecé a dar mis primeros pasos en la lectura del silabario Matte y en las matemáticas, mi padre me sometía a prueba a fin de que le demostrara mis progresos. Pero él tenía una manera muy especial de hacerlo ya que me pedía que lo ayudara en la tienda y cuando un cliente compraba varias cosas a la vez, en los tiempos que no existían las calculadoras, me pedía que yo hiciera la suma respectiva dictándome él los números. Por cierto que él ya había sacado las cuentas de memoria. Así que cuando yo le entregaba el resultado, él le mostraba orgulloso al cliente el papel con la suma que me había dictado, puesto que muy pocas veces me equivocaba.

En la tienda La Rosa mi padre tenía implementado un sistema de crédito muy especial. Al cliente que no tenía todo el dinero para llevarse lo que deseaba, mi padre le preguntaba

cuánto tenía y le decía " no importa, yo le corto la tela y le empaqueto toda la mercadería que quiera llevarse; usted me paga lo que tiene y le marco en el paquete el valor total de la compra y el abono que usted me hace. Se lo guardo, y cuando termine de pagar la cuenta se lleva lo comprado.

Este procedimiento tenía ventajas para ambos, puesto que en períodos de fuerte inflación como la que existía en el Chile en aquellos tiempos, al comprar mediante este procedimiento, el precio de lo adquirido no podía ser cambiado aún cuando el saldo a pagar se hiciese cuando esos productos podían haber subido un 20 o más por ciento. Para La Rosa tenía la ventaja de acrecentar las ventas y ganar nuevos clientes, ya que para muchos este procedimiento les servía de verdad.

Los paquetes de la venta al crédito se guardaba en un lugar debajo del mostrador, en el mismo sector donde antaño mi padre dormía cuando recién había terminado la construcción y en donde lloraba con nostalgia por su madre, su familia y por la tierra que lo vio nacer. Entonces, cuando yo estaba en la Rosa y llegaba un cliente que venía a abonar o a pagar el saldo a fin de entregarle la mercadería, mi padre me decía en voz alta su nombre y me pedía que encontrara el paquete, los cuales, al no encontrarse ordenados por alfabeto, había que buscarlo uno a uno y eran más de 100. Finalmente lo encontraba y se lo pasaba a mi padre. El me miraba orgulloso al constatar la rapidez con que yo hacía ese trabajo, que me ejercitó bastante en el desarrollo de mis habilidades de lectura.

En cierta oportunidad mi padre me lleva nuevamente a Santiago para mis masajes habituales. Yo debía tener 5 o 6 años y entonces cuando ya veníamos de vuelta del hospital

me dice que deseaba mostrarme el lugar donde él se quedaba a alojar hacía 30 años atrás, cuando era vendedor ambulante y volvía a Santiago a buscar nuevas mercaderías. Me lleva a la calle Romero y me muestra un cité, lleno de habitaciones por lado y lado y un pasaje descubierto al centro, señalándome que en prácticamente todas las habitaciones él había dormido cuando era aún niño y se quería labrar un futuro a punta de tantos esfuerzos y privaciones. Pero quizás lo más dramático que me contó fue que a veces, cuando llegaba de noche y no había lugar disponible, él se quedaba a dormir con sus cestas ya vacías en la entrada del cité, el que tenía una amplia techumbre. Había que ahorrar para traer a su familia a Chile, la tierra de la esperanza.

Recuerdo también cuando al llegar la primavera, mi padre fabricaba volantines en los momentos en que había poco movimiento de clientes en La Rosa, a fin de que el día domingo pudiéramos ir al cerro Placilla a encumbrarlos. Gozábamos junto a mis hermanos Fernando y Minerva con todos los preparativos para la gran fiesta de ver elevarse los llamativos volantines, muy distintos a los que se fabricaban en Chile en esa época, ya que los de mi padre provenían de la tradición árabe en Siria.

Mi madre dedicaba todo su esfuerzo y tiempo a sus hijos y a mantener una casa siempre limpia, ordenada y hermosa; nunca participó en las tareas comerciales de mi padre, produciéndose una verdadera división de funciones entre las actividades paternas respecto de las maternas. Por lo tanto, una vez que mi padre cerraba la tienda, entonces ellos se juntaban para hacer vida en familia. A mi me gustaba ayudar a mi padre a cerrar el negocio, lo cual tenía toda una rutina, puesto que había que entrar los muestrarios de telas que se exponían hacia

la Avenida Centenario; asimismo se colgaban algunas prendas y mercaderías con el fin de que todo el frontis que daba a la Avenida principal, con sus tres cortinas, se viese llena, dando así una clara imagen de una tienda que siempre estuvo muy bien abastecida y con un gran surtido, como le gustaba a mi padre. Después venía el cierre estrepitoso de las cortinas de fierro acanaladas y finalmente la postura de fuertes y macizos candados que mi padre se preocupaba de colocar uno a uno y revisarlos nuevamente antes de partir a su merecido descanso al lado de su familia. Entonces, tomándome de la mano me diría como era habitual cada vez que lo acompañaba en esas actividades: " un día más de vida, un día menos de vida".

Llegando a la casa saludaba a mi madre y compartíamos un rato en la sala de estar donde ella cosía, tejía y hacía las mil y una tareas que era necesario desarrollar para mantener una casa hermosa, llena de vida, ordenada, limpia y en donde no faltara nada. Mi abuela Nahima y el abuelo José habían educado sus hijos en la férrea disciplina a que da el trabajo y el esfuerzo. Mi madre nos tejía todos nuestros chalecos pero, además, nos hacía los pijamas, las camisas, los pantalones y, en fin, toda la ropa. Nosotros le ayudábamos a enrollar la madejas de lana que ella utilizaría más tarde para tejer los chalecos. Nos hacía sentarnos delante de ella con los dos brazos extendidos y colocando en ellos la madeja, nos enseñaba a hacer los movimientos precisos para facilitarle el enrollado.

También colaborábamos en el aseo y en el secado de la loza. Pero en lo que más nos gustaba ayudar a nuestra madre era en la preparación de los ricos postres y pasteles árabes. ¡cómo nos disputábamos el raspar las sobras de las exquisitas mezclas que ella nos preparaba con tanto amor!

Después, cuando venía el ritual de sentarnos a la mesa, mi padre, que nunca quiso ocupar la cabecera, le preguntaba a mi madre si había sobrado algo de comida del día anterior o del almuerzo, dependiendo de la hora que se tratara. Así, invariablemente él se servía lo que había quedado de otras comidas, puesto que por norma en mi casa paterna no se podía botar la comida, bendición de Dios a los hombres como nos enseñaban nuestros padres.

Todos los grandes ejemplos y valores que recibí estuvieron vinculados al esfuerzo, la responsabilidad, la honradez, el amor al trabajo, el ahorro, la constancia, la sencillez, la humildad, la gratitud hacia Dios por todos los bienes recibidos, el amor a los demás, la amistad, la solidaridad para con los que menos tienen, el respeto a " los tíos " y a los mayores, en especial a los ancianos, el amor a la tierra que recibió a mi padre junto con el orgullo de tener sangre árabe, sangre siria, sangre de Homs. Sin duda muchas veces habré fallado a esos valores, sin embargo, llevo en mi corazón, en mi mente y en mi voluntad, el persistente deseo de superarme y ser fiel a ellos.

Mi madre hablaba el árabe fluidamente aunque no sabía escribirlo. Al haber nacido en Chile lo había aprendido a hablar en su casa con mis abuelos José y Nahima al igual que todos sus hermanos. Muchas veces mi padre y mi madre hablaban en árabe entre ellos, pero cuando llegábamos nosotros cambiaban de idioma y continuaban su conversación en español. Al proceder de esta manera, mis padres querían que nosotros, sus hijos, nos integráramos de la mejor forma posible a este país que tan generosamente había recibido a los inmigrantes árabes.

En una oportunidad, mi padre muy solemnemente nos dijo que nosotros nos teníamos que integrar a esta tierra que

tantas oportunidades y satisfacciones le había brindado. Ustedes, nos dijo, pertenecen a esta tierra donde han nacido, a ella se deben y a ella tienen que darle nuevos frutos. Por estas razones es que nunca nos quiso enseñar el árabe, de allí que ninguno de los hermanos Sapag Chain lo hablen ni lo entiendan.

Recuerdo, siendo muy niño, cuando mi padre me enseñaba a hacer la señal de la cruz; entonces, estando yo sentado en sus rodillas, él me tomaba mi mano derecha y me juntaba tres dedos: el índice, el pulgar y el del corazón, de manera que ellos tres juntos aparecieran como una sola unidad. Era la manera árabe de santiguarse en donde cada dedo representa a cada una de las tres personas de la divinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los dos dedos restantes representaban las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana. Entonces llevándome la mano con los dedos así colocados a la frente, me decía: "en el nombre del Padre" y después bajándola hacía mi pecho me decía "del Hijo" y más tarde la giraba a mi hombro derecho primero y el izquierdo después diciendo "y del Espíritu Santo", para terminar en mi boca diciendo "Amén".

Los días jueves aparecía el semanario "El Peneca", de gran popularidad entre todos los niños de la época. ¡Cómo esperábamos ansiosos su salida! y ¡cómo peleábamos con mi hermano Fernando para decidir quien lo leía primero!. Mi madre ensayó mil maneras para lograr subsanar el conflicto y nos decía "una semana lo lee uno primero y la siguiente al revés". Pero no resultaba, puesto que el que tenía que resignarse a la espera, no dejaba tranquilo al lector y lo molestaba exigiendo una rápida lectura. Todo método razonable imaginado por nuestros padres para no tener que comprar dos Penecas, resultaron estériles, así que finalmente

se tuvo que comprar dos Penecas: uno para mi hermano Fernando y otro para mí. Ciertamente que para el espíritu de ahorro y austeridad de mis padres, esta solución a la porfía nuestra para no llegar a un arreglo que no fuese la de gastar el doble, constituyó un gesto de gran amor, el amor que siempre nos regalaron todos los días mientras estuvieron vivos.

Termino de escribir estos recuerdos, ya a bordo de un avión que nos lleva desde Barcelona a Madrid. Allí almorzaremos con Angel Salado y su esposa Pilar quienes vinieron a radicarse a Chile por un tiempo, cuando Angel era Gerente General adjunto de Aguas Andinas (ex EMOS) en los momentos de su venta al grupo Suez que ganó la licitación. Conocí a Angel debido a que Aguas Andinas me recomendó la realización de un trabajo profesional destinado a estudiar y analizar el proyecto tarifario de la empresa para el período 2000- 2005. Finalmente el estudio lo desarrolló la Facultad de Economía de la Universidad de Chile nombrándome a mí a cargo de la investigación como docente de esa Facultad. Nos hicimos amigos con Angel y Pilar, lo que me permitió saber que a ellos, a pesar de todos los esfuerzos realizados, los médicos les habían indicado que no podrían tener hijos. Por su parte yo les había contado que era Vicepresidente Ejecutivo de una fundación del Arzobispado de Santiago, la "Aldea de Niños Cardenal Raúl Silva Henríquez", ubicada en Punta de Tralca, y en la cual se atienden a cerca de 100 niños en situación familiar muy complicada. Ellos al saber la tarea que realiza la Fundación me manifestaron su interés en poder adoptar a dos niños chilenos. Los niños que llegan a la Aldea no son susceptibles de ser adoptados, salvo por excepción, razón por la cual presentamos la solicitud respectiva al Sename. Después de más de un año de intenso trabajo, a fin de superar todas las exigencias de la ley de adopciones, pudimos lograr junto a Pablo Huaracán, secretario ejecutivo

de la Fundación, que dos hermosas niñas, de cuatro y seis años, que se encontraban absolutamente abandonadas viviendo en un hogar infantil, pudiesen ser adoptadas por ellos. Una vez iniciados los trámites legales correspondientes, Angel recibe la comunicación de que su empresa lo requería nuevamente en España, razón por la cual nuestra Fundación trabajó intensamente coordinando todas las tareas que debían llevarse a cabo, a fin de que Angel y Pilar pudiesen darle amor a estas niñas que ahora pasarían a ser suyas. Así, para la Navidad del 2001, llegan a Santiago para recibir un hermoso regalo de Navidad : sus hijas Camila y Valentina, que hoy viven con ellos en Madrid. ¡ Cuánta felicidad y amor han regalado Angel y Pilar a sus amadas hijas! ¡Cuánta felicidad y amor Camila y Valentina han regalado a sus amados padres!. Con Sylvia hemos ido a visitarlos ya cuatro o cinco veces desde esa Navidad y hemos visto con emoción la inmensa felicidad que se vive en la familia Salado Plata.

Visité por primera vez a Camila y Valentina un 12 de noviembre del 2001, cuando ellas vivían en un hogar infantil en avenida Los Leones en Santiago. Les llevamos junto a Pablo Huaracán sendos regalos a nombre de sus futuros padres, y les saqué un montón de fotografías que se las envié a Angel y Pilar por Internet a España. En esa misma oportunidad tomé a Camila en brazos y le pregunté si le había escrito al Viejito Pascuero pidiéndole un regalo para Navidad y entonces ella, con sus ojitos brillantes de emoción, me dice: "sí, le pedí que me trajera a mis papitos", y así no más fue: llegaron Angel y Pilar, el regalo mas preciado de Camila y Valentina.

CAPITULO XVIII

LA CASA DE LAURO BARROS

No si se tendría 5 ó 6 años cuando nos trasladamos del segundo piso de la tienda La Rosa, a una casa nueva que mi padre construyó en las esquinas de Lauro Barros con Gregorio Mira. La entrada estaba por Lauro Barros y su número era el 199 . El arquitecto había sido el señor Delfau cuyo nombre de pila no recuerdo, el mismo que había hecho los planos de la Rosa, pero lo que sí recuerdo como si fuera hoy, es ver a mi padre preocupado hasta el último detalle de la construcción. Así, en el año 1945, nos trasladamos desde la casa de Avenida Centenario a esta nueva casa, amplia y hermosa, con una gran superficie de jardines y que llamaba la atención por sus sobrias y elegantes líneas arquitectónicas. En la Rosa no disponíamos de patio ni jardín, por lo que no teníamos espacio para jugar y vivir al aire libre, mientras que ahora tendríamos jardines, columpios, piezas amplias y muchos lugares para disfrutar.

Recuerdo que en cierta oportunidad, un día domingo por la tarde, mi padre invitó a ver el avance de la construcción a su hermano Camilo y me pregunta si yo quisiera acompañarlos, a lo que le respondí afirmativamente. Desde muy pequeño me gustó la construcción y me fascinaba ver cómo los materiales se transformaban en muros, piezas y techos para dar así paso a las edificaciones y después poder comprobar cómo el esfuerzo, la imaginación y el trabajo humano hace posible que esos materiales se transformen y comiencen a prestar tanto servicio a la vida, a la familia, a los negocios, al culto religioso y, en fin, a tantas actividades humanas. Mi padre se explayaba explicándole al tío Camilo

los mil y un detalles en que había pensado para su casa, la casa donde viviría con su familia y donde fallecería en su dormitorio, un 13 de julio de 1970. Yo, con cerca de seis años de edad en aquel entonces, más me interesaba recorrer las habitaciones, mirar por las ventanas, cerrar y abrir las puertas, observar los artefactos sanitarios y, en fin, ver todo lo que se estaba construyendo sin interesarme en las estrategias comerciales y las buenas compras que mi padre acostumbraba hacer y que se las explicaba al tío Camilo. Separándome del grupo me quedo en el primer piso mientras ellos habían subido al segundo; en eso entro en una habitación y cierro la puerta cuya cerradura se encontraba a medio colocar, le faltaban las manillas, pero el cerrojo estaba puesto, así que me quedé encerrado sin poder escapar. Intento hacerlo por mi propia cuenta y veo que ello no es posible, la ventana por la que podía hacerlo se encontraba a una distancia apreciable del suelo, por lo que desistí del intento de saltar. Entonces empecé a llorar y llamar a gritos a mi papá, pero pasaban los minutos y él no llegaba a auxiliarme; me sentía angustiado encerrado en una pieza desconocida. Finalmente escucho su voz, la voz que me devolvía la seguridad, puesto que él encontraría la forma de sacarme del encierro en el que me encontraba. Buscó una escalera y la encumbró hacia la ventana que aún no tenía vidrios y entonces me abalanzo a sus brazos salvadores.

Cuando nos trasladamos a la casa de Lauro Barros debió de haber sido a fines de 1945 o principios de 1946. Fernando, mi hermano mayor, tendría unos ocho años, yo seis y Minerva cuatro, mi padre debería tener cincuenta y siete años aproximadamente y mi madre treinta y dos.

En esa casa, bella y llamativa hasta el día de hoy, ocurrieron muchos hechos destacables de la vida familiar. El

primero que recuerdo es el de la Primera Comunión de Fernando y mía, hecho que ocurrió un 8 de diciembre de 1946. Mis padres no escatimaron esfuerzos ante tan importante acontecimiento y así, los preparativos se planearon con mucha anticipación. Ya en ese momento la tía Olga había hecho sus votos perpetuos y Elena estaba en el noviciado, en la Congregación del Amor Misericordioso. Ellas vendrían a San Antonio y acompañarían a su hermana y a sus sobrinos en su Primera Comunión. Recuerdo que mi madre eligió una hermosa vestimenta para nosotros: eran unos trajes de dos piezas con unos pantalones grises y una chaqueta negra parecida a las de un frac, con corbata de humita y en el brazo la cinta con nuestros nombres y la fecha de nuestra primera comunión con Jesús en las especies de pan y vino, aunque en este caso, a diferencia del rito ortodoxo, fue sólo de pan.

Recuerdo los viajes a Santiago a probarnos los trajes, ya que el sastre que los confeccionó tenía su taller en el barrio Estación Central. Me aburría muchísimo en esos viajes y en especial cuando mi madre nos llevaba a la sastrería, en la que tenía que estar un buen rato de pie inmóvil, mientras el sastre tomaba las medidas para posteriormente, en nuevos viajes, probarnos la tenida a fin de comprobar que todo estaba quedando como corresponde o si no, para enmendar lo que estaba mal. Después, debíamos acompañar a mi madre a las tiendas "Gath y Chaves" o a " Los Gobelinos", tiendas muy importantes en esa época y que yo las encontraba gigantescas. Por cierto que su tamaño era infinitamente menor a las actuales grandes tiendas instaladas en Santiago. Allí el aburrimiento era máximo, parecido a lo que me ocurría cuando mi padre, después de los masajes eléctricos en el hospital San Juan de Dios, me llevaba con él para la adquisición de mercaderías para la tienda La Rosa.

La fiesta, después de la solemne misa de Primera Comunión, fue en grande. Toda la familia participó en ella. Llegó la hermana mayor de mi madre, Victoria, ya viuda, acompañada de sus tres hijas : Mariam, Chela y Georgi (Myriam, Graciela y Georgette Flores Chain). Jugábamos con las primas, un poco mayores que nosotros, en el gran patio de la casa de Lauro Barros. Me encantaba la llegada de ellas ya que nos enseñaban juegos novedosos, eran muy alegres y se las veía felices junto a la tía Victoria. Recuerdo como si fuera hoy, cuando avanzábamos y retrocedíamos en dos bandos cantando el " Mandandirundirundán", tratando de inventar primero nombres ficticios y oficios degradantes y oprobiosos para uno de los componentes del bando contrario, para finalmente y poco a poco irlos mejorando hasta ser aceptados y así, el canto terminaba diciendo : "ese nombre sí le agrada mandandirundirundán".

Los preparativos de la fiesta fueron interminables, en especial en la confección de las comidas y pasteles árabes. Recuerdo a las hermanas de mi madre ayudando en la cocina a preparar, con la debida antelación, las exquisiteces de la comida del Medio Oriente. La mayor dificultad la constituía preparar los baclawas, puesto que en aquella época no existía esas hojas delgadísimas de masa cruda que deben colocarse, hoja por hoja, una encima de la otra, después de haber untado la anterior con mantequilla derretida, proceso que se realizaba utilizando una gran porción de algodón que se sumergía en la mantequilla y con ella se untaba íntegramente cada una de las 40 capas que aproximadamente debían de fabricarse. Pero sin duda que la parte más complicada estaba en la masa, la que debía prepararse con anticipación ya que era necesario dejarla reposar por unas 24 horas, agrupándolas en pequeñas bolas de unos 5 centímetros de diámetro, las que se colocaban

en hileras, una al lado de la otra. Al día siguiente había que estirar la masa, para lo cual se necesitaban al menos dos personas y a veces hasta tres o cuatro, la que hábilmente se deslizaba entre los dedos de mi madre y sus hermanas quienes procedían a estirarlas, procurando que no se rompiesen. Las hojas de la masa tenían que ser tan delgadas que casi parecían transparentes. Muchas veces se rompían produciéndose un agujero en el centro el que rápidamente se agrandaba, por lo que había que hacer la bola nuevamente y volver a empezar a estirar la masa. Por cierto que las orillas por donde se la tomaba para estirarlas, quedaba más gruesa; es por ello que el tamaño que debía estirarse tenía que ser superior a la fuente donde se irían colocando una a una. Después, con un cuchillo se cortaba, a la dimensión correcta, y la masa sobrante volvía convertirse en nuevas bolas para ser estiradas posteriormente. Más o menos a la mitad de la faena y después de haber puesto unas 20 hojas, se colocaban nueces molidas o a veces crema y después, nuevamente colocar otras 20 capas hasta dejar la bandeja concluida. Entonces, se cortaba la masa en diagonales o rectángulos pequeños de unos 8 centímetros y posteriormente se colocaba la fuente al horno. Hasta aquí nada de azúcar, solo la masa, la mantequilla y las nueces o la crema. El almíbar se preparaba aparte y, para que no se azucarase, se colocaba una rodaja de limón y se dejaba enfriar. Una vez retirada la bandeja del horno se procedía a inundar la fuente con el almíbar, ¡cómo me gustaba el sonido (no ruido) que producía el contraste de la masa hirviendo con el almíbar frío!. Ese sonido significaba que el pastel estaba en su culminación y que si nos daban autorización, muy pronto podríamos deleitarnos con su exquisito sabor.

Tengo el recuerdo que fue precisamente en la casa de Lauro Barros el lugar en donde empecé a valorar el trabajo

eficiente y afanoso de mi madre, precisamente en ese día de mi primera comunión. Ella lo hacía todo: cocinaba, tejía, cosía, planchaba, limpiaba todo a fondo y así la casa siempre estaba impecable. Además, se preocupaba junto a mi padre de mantener la costumbre ancestral de la Siria originaria, de abastecerse para el invierno y así en la despensa de la casa se guardaban muchos alimentos que se preparaban durante el verano, todo hecho en casa por las hacendosas manos de mi madre. En cierta oportunidad mi padre me llevó a la bodega de la estación ferroviaria de San Antonio, a retirar unos cajones de forma de rombo y que contenían mantequilla de campo que las encargaba no sé a dónde. Cada cajón, de los 5 o 6 que llegaban, debía contener unos 10 kilos; entonces procedíamos a abrirlos para posteriormente poner la mantequilla en una olla y hacerla hervir sin ningún otro ingrediente. Me gustaba ver como la mantequilla empezaba a derretirse hasta que al final se licuaba completamente quedando en la superficie una capa espumante que mi madre se apresuraba en retirar. Entonces aparecía limpia y cristalina, entera derretida, y de un hermoso color miel, la mantequilla que se había puesto en la olla. Luego, y antes de que se enfriara totalmente, se vaciaba en grandes recipientes de vidrio transparente, en donde ahora continuaba su proceso de solidificación, convirtiéndose en un producto espeso y granuloso. Posteriormente ese producto se utilizaría durante todo el año para cocinar y así hasta la llegada del próximo verano.

El dulce de membrillo era otra de las tareas que requería de gran tiempo y paciencia. Se compraban los membrillos al por mayor y había que pelarlos uno a uno, cortarlos, pasarlos por cedazo para, posteriormente ponerlos a hervir con agua y azúcar. Era necesario estar revolviéndolos permanentemente

mientras hervían, para así impedir que la mezcla se pegara en el fondo de la olla. En la casa de Lauro Barros habían unos platos ovalados muy hermosos, donde se vaciaba ese líquido hirviendo y espeso que después se solidificaba. Me encantaba ver las burbujas que se levantaban y explotaban por la hervidura del dulce membrillo en la olla, mientras yo colaboraba con el trabajo de revolver y revolver. A veces me saltaban gotas hirviendo del dulce en la mano que yo me apresuraba en lamer y así mitigar el dolor que me producía. Por cierto que la entretención me duraba muy poco por la monotonía del proceso, por lo que la mayor parte del trabajo se lo llevaba mi mamá.

Pero no sólo eran de guarda la mantequilla y el dulce de membrillos; otro tanto ocurría con la salsa de tomates, las berenjenas desecadas (betinyanis en árabe), los zapallitos italianos (cusa) o la leche convertida en delicioso queso de guarda (chanlich) y, así, un sinfín de productos que finalmente iban a para a la despensa que mis padres habían ordenado construir en el espacio posterior que se producía en la escala que llegaba al segundo piso de la casa de Lauro Barros.

Todas estas historias y muchas más son las que guardo con cariño y nostalgia en mi mente y en mi corazón. Son tiempos que se vivieron intensamente, tiempos felices que constituyen parte de mi vida y de mi historia .

Llevo grabado el recuerdo de una familia unida, de una vida placentera y tranquila, de unos padres preocupados por sus hijos hasta el infinito. Todo ello lo llevo en lo más profundo de mi alma, y guardo en mi memoria una gratitud muy grande por el tiempo que me tocó vivir junto a mis padres allí, en esa hermosa casa de la calle Lauro Barros.

Muchos acontecimientos familiares ocurrirían en la casa de Lauro Barros, algunos dramáticos y tristes y otros de alegría y felicidad. O sea, la vida misma que Dios nos regala todos los días y en donde, al poner en una balanza unos y otros, gana por muy lejos la alegría, el amor filial, la familia y los maravillosos valores que nos inculcaron. Allí, en esa casa mi padre le regala a Amelia un auto, un Ford del año 1940 color beige cuya patente era AX 99 de Santiago. En aquel tiempo las patentes llevaban impreso en la placa, la ciudad en la cual se inscribía el auto y debía cambiarse año a año, puesto que no existía el sistema que tenemos hoy en el país. Al año siguiente la placa se obtuvo en la Municipalidad de San Antonio y sus letras y números fueron YT 128.

Mi padre nunca manejó un automóvil. El curso de aprendizaje lo hizo mi madre con un taxista conocido de mis padres, el señor Olivares, quien le enseñó a conducir. Recuerdo lo feliz que yo estaba cuando llegó el automóvil, me subía a él y le examinaba todo, cada perilla, cada detalle, los asientos, la radio, el freno de mano, todo. En aquel tiempo, disponer de un automóvil no sólo era señal de status social sino que, además, constituía un verdadero y valioso capital que había que cuidar y mantener.

Al poco tiempo de aprender mi madre a manejar, ocurre un accidente terrible. Un día ella estaciona el auto en la acera del frente de nuestra casa, por lo que había que atravesar la calle para llegar a la puerta de acceso. Días antes unos inspectores municipales señalaron a mi madre que debía aparcarlo en la acera del frente de acuerdo a las normas del tránsito de aquella época. Un cierto día mi madre llega en su auto y lo estaciona conforme a la instrucción dada por los inspectores. Venía con ella mi hermana Minerva, la que al

bajarse del auto corre para atravesar la calle, sin esperar a su madre y sin percatarse de que un jeep militar venía bajando del cerro Placilla, por la calle Lauro Barros. El impacto fue inevitable y Minerva rodaba por los adoquines del empedrado de la calle. Hasta hoy tengo grabado el rostro doliente de mi madre ante la dramática situación que estaba viviendo y la veo correr hasta tomar a su única hija en los brazos. Gracias a Dios la situación no pasó a mayores y sólo fueron algunas contusiones menores. Después de este accidente el automóvil nunca más se estacionó en la acera del frente.

Poco tiempo después, a finales el año 1949, mi madre anuncia a la familia que se encuentra nuevamente embarazada. No se imaginaba en esos momentos, cuando ella tenía 32 años y mi padre 58, que el hijo que nacería en julio de 1950 no era uno, sino que venían dos. En aquella época no existían los adelantos médicos que hoy existen y que permiten conocer prácticamente de inmediato el sexo de la criatura, sus posibles malformaciones o el número de fetos que se están gestando en el vientre materno. Así que para todos fue una sorpresa cuando en el hospital Claudio Vicuña de San Antonio, nacen un 7 de julio de 1950, los mellizos Nassir y Mannir. Esta sería la primera y única vez que mi madre tendría hijos en un hospital, ya que tres hijos anteriores, Fernando, Reinaldo, y Minerva, habíamos nacido en el segundo piso de la tienda La Rosa. Después de este feliz acontecimiento la familia estaba completa, Chucre había engendrado a 5 hijos, cuatro varones y a Minerva, la única mujer.

Por cierto que la llegada de los mellizos a la casa de Lauro Barros trastornó la vida familiar. Nassir y Manir llenaron la casa de vida y alegría, más de la que ya existía, y así mi padre pudo contemplar gozoso a la familia, a su familia

ahora completa que él había logrado construir después de tantos afanes, esfuerzos y desvelos.

Otro hecho importante que recuerdo de Lauro Barros, fue el día que mi padre, poco después del nacimiento de Nassir y Manir, decidiera cambiarle el auto a mi madre, regalándole un Ford 1949 de hermosas líneas y de color azul marino. Todos estábamos felices con la adquisición ya que el automóvil estaba prácticamente nuevo y venía con un cambio sustancial en sus líneas y diseño, puesto que fue el primer modelo que apareciera después del término de la Segunda Guerra Mundial. En ese momento la llegada de un automóvil tan moderno, era un símbolo y una demostración palpable del éxito que mi padre tenía en los negocios, como consecuencia de la sabia conducción con que administraba sus finanzas. Así, con una casa espléndida, un negocio próspero que le estaba permitiendo adquirir nuevos bienes raíces y acciones en la Bolsa de Comercio de Santiago, una esposa joven y hermosa que provenía de una familia siria, lo que permitía mantener las tradiciones árabes y con 5 hijos sanos, mi padre podía mirar con satisfacción su vida, dándole todos los días gracias a Dios, por lo que había podido hacer y construir en esta tierra chilena, en la tierra de la esperanza que ya no era tal, puesto que la esperanza, la larga espera se había concretado; Sus sueños de niño cuando porfiadamente decidió venir a América desde Siria, ahora los podía palpar, sentir, vivir y vibrar.

El 21 de mayo de 1957 mis padres cumplieron 25 años de matrimonio. De nuevo una gran fiesta con orquesta árabe y todo. Toda la familia reunida para festejar las bodas de plata y de nuevo la casa de Lauro Barros estaba entera desbarajustada para recibir a toda la familia, tanto por el lado de mi padre como por el de mi madre.

En la mañana de ese día se realiza en la parroquia de San Antonio, muy cerca de nuestra casa, una solemne eucaristía de acción de gracias a Dios por los 25 años de amor, respeto y fidelidad que mis padres habían sabido construir en su matrimonio. En la misa renovarían el compromiso que habían asumido en una fecha similar, pero del año 1932, cuando prometieron mutuamente amarse y respetarse por toda la vida, en lo adverso y en lo favorable, en salud y en enfermedad. Como en 1932 se habían casado por el rito ortodoxo, al casarse ahora por la Iglesia Católica decidieron que fueran sus hijos los que participaran como testigos y padrinos, a pesar de que desde un punto de vista teológico, ello no era necesario. Así, los cinco hijos de Chucre y Amelia, al lado de sus padres, escucharon la promesa en que renovaron su sagrado vínculo hasta que la muerte los separe.

La casa de Lauro Barros está llena de recuerdos de mi vida infantil y también de los inicios de mi juventud. Podría escribir largos relatos de todo el inmenso significado que ha tenido en mi vida los años que viví allí feliz junto a mis padres. Tal como lo he señalado, nuestra casa se encontraba ubicada muy cerca de la parroquia, en la misma manzana limitadas por las calles Gregorio Mira, Lauro Barros, Avenida Centenario y Ruiz Tagle (actual Bombero Molina). Incluso más, la parte trasera de mi casa colindaba con el patio de atrás de la parroquia razón por la cual trepando por la muralla divisoria podía llegar en forma muy rápida a la Iglesia.

En aquellos tiempos, teniendo yo 12 o 13 años, me había incorporado en el grupo de acólitos de la parroquia, que en ese tiempo estaban a cargo del presbítero José Manuel Barros Matte, teniendo como cura cooperador al recién ordenado sacerdote, José Valdés. Mi madre me había cosido

una sotana negra, de pies a cabeza, la cual yo usaba para las celebraciones religiosas, con un sobrepelliz de color blanco que se almidonaba y se colocaba encima de la sotana. Así, muchas veces antes de ir al colegio, mi mamá me levantaba muy temprano a fin de ayudar y servir de acólito al sacerdote que le correspondía decir la misa de las 7 de la mañana. También teníamos sotanas de raso rojo las que utilizábamos para ceremonias religiosas muy especiales.

En aquellos tiempos la misa se hacía en latín y el sacerdote oficiaba de espalda a los feligreses. Yo me había aprendido de memoria todas las oraciones en latín y era capaz de recitarlas sin dificultad. Al principio tenía que leerlas de un libro que me habían regalado para mi primera comunión, donde aparecían en color rojo las oraciones y súplicas que hacía el sacerdote, y las respuestas en color negro.

Como la sotana y el sobrepelliz los había confeccionado mi madre, y además era necesario lavarlos de vez en cuando, contribución que también hacían mis padres a la parroquia, solía llevármelos a mi casa. Me encantaba ayudar la misa y gozaba cuando me correspondía hacer sonar las 4 enormes campanas de que disponía la torre del campanario de la parroquia, de distinto tamaño y sonido, que se utilizaban para llamar a los fieles a los actos religiosos. Adquirí destreza en ello y así, a veces las hacía sonar con las cuerdas que llegaban desde el alto campanario hasta el primer piso. En otras oportunidades, subíamos con otros acólitos los más de 100 escalones de madera que llevan hasta la cúspide del campanario y allí, sentados sobre las vigas y tomando con nuestras manos los cordeles de cada campana, procedíamos a hacerlas sonar ensayando diversas opciones, de acuerdo a las características de cada una de ellas. Había que tocarlas de

15 en 15 minutos para las misas, indicando de esa forma el inicio del acto religioso. El primer anuncio se efectuaba con un primer campanazo que indicaba la primera llamada a la población; dejando pasar un breve lapso de unos 5 segundos, empezaba el repiquete, contando treinta y tres campanazos que nosotros, para hacerlos mas estridentes, hacíamos sonar todas las campanas al unísono. Los treinta y tres campanazos representaban cada uno de los años que Cristo vivió entre los hombres. Después de ellos, el llamado repetía el primer campanazo inicial. Así, se indicaba la primera llamada. A los quince minutos venía la segunda, con dos campanazos, repitiéndose el mismo ceremonial y finalmente la tercera con tres lo que era coincidente con el inicio de la celebración. Cuando me correspondía ayudar la misa y tocar las campanas, mediante las cuerdas que llegaban al primer piso, el tercer llamado lo hacía con mi sotana y mi sobrepelliz ya puesto, dado que tenía que llegar muy rápido a la sacristía, a fin de acompañar al sacerdote al altar, dando así por iniciado el oficio religioso.

Por esos mismos años, apareció en la casa de Lauro Barros un sacerdote joven, hijo de un amigo de mi padre, sirio y homsiense como él. Así conocí a don Sergio Valech, quien recién había sido ordenado sacerdote y era hijo de don Antonio Valech y doña Mercedes Aldunate. El matrimonio entre un Valech y una Aldunate había causado muchos comentarios en aquella época, puesto que no era usual el matrimonio entre un árabe inmigrante y una mujer chilena de apellido y vinculada, además, a la aristocracia criolla. El padre Valech venía a pasar sus vacaciones, puesto que había sido invitado a San Antonio por su amigo el padre José Valdés, vicario cooperador del párroco José Manuel Barros Matte, como ya se ha señalado. Don Antonio y mi padre tenían

aproximadamente la misma edad, habían nacido en Homs y habían llegado a Chile por la misma época, por lo que existía un importante grado de amistad y conocimiento entre ellos. Ambos pertenecían a la Juventud Homsense y desarrollaban muchas obras de bien social. Mi padre siempre alababa a su amigo, destacando su generosidad ilimitada y su gran inteligencia para los negocios, lo que le permitió convertirse en un hombre de fortuna y muy respetado, no sólo en la colonia, sino que en todas las numerosas empresas e instituciones en las que trabajó y entregó con generosidad su inteligencia, su tiempo y su dinero.

Recuerdo que mis padres invitaron al padre Valech, en más de una oportunidad a nuestra casa, esmerándose mi madre en preparar su siempre deliciosa comida árabe al joven convidado. A mí me impresionaba mucho el padre Valech, alto, joven, inteligente, siempre de buen humor, jovial, humilde y sencillo; las tenía todas pero, además, tenía una furgoneta marca SIMCA modelo Aronde, de fabricación francesa y de color azul marino que a mí me gustaba muchísimo. Ya hemos dicho que en aquellos tiempos no era fácil disponer de un automóvil, era toda una inversión; pero don Antonio, con su generosidad acostumbrada se sintió muy feliz cuando el Arzobispado de Santiago no puso inconveniente a que él pudiera regalarle a su hijo querido ese vehículo para el desarrollo de las tareas pastorales.

Al enterarse el padre Sergio que yo era acólito de la parroquia y como era período de vacaciones en el colegio, consultó a mis padres si me daban autorización para que yo fuera su acólito en las misas que él haría en localidades rurales cercanas a San Antonio. Yo estaba feliz con la idea y por cierto que mis padres no pusieron objeción alguna.

Así, el padre Sergio me pasaba a buscar en su Simca Aronde y yo, llevando a cuestras mis vestimentas de acólito, me subía feliz a su lado, corriendo a su encuentro apenas tocaba la bocina frente a mi casa de Lauro Barros. Recuerdo que me sentaba a esperarlo en el patio exterior con bastante antelación a la hora convenida, observando los pocos vehículos que circulaban, para que apenas apareciera el Simca, salir de mi casa y así no hacerlo esperar ni un instante. En una oportunidad fuimos a Malvilla, donde al aire libre y bajo un frondoso árbol, se improvisó un altar, ya que en el lugar no había capilla. Las modestas gente campesinas de la localidad sacaron las mesas y sillas de sus casas y así se pudo celebrar la eucaristía en un paraje natural de gran belleza, rodeados por la sencilla y sacrificada gente del campo chileno.

Posteriormente, cuando me trasladé a Santiago para iniciar mis estudios de Economía, en la Universidad de Chile, mis padres solicitaron al padre Valech que los ayudara a encontrar un sitio en Santiago dónde yo pudiera vivir. En ese tiempo el padre Sergio era párroco de la iglesia de La Asunción, que se encuentra ubicada a la entrada de la Avenida Vicuña Mackenna. De inmediato él se preocupó del asunto y consiguió un cupo en la Residencia Universitaria Cardenal Caro, de la Universidad Católica, la que aceptaba a alumnos de cualquier universidad. Guardo un hermoso recuerdo de mi paso por el pensionado donde cultivé la amistad de queridos amigos, amistades que se han mantenido a pesar del paso de los años.

El tiempo hizo que, por diversas circunstancias, las vinculaciones con el ahora obispo monseñor Sergio Valech, se mantuvieran hasta el día de hoy. Sus características humanas y personales, que me cautivaron cuando lo conocí en la casa de Lauro Barros, se han ido acrecentando con el paso del

tiempo. Ahora Chile entero le agradece y reconoce toda su vida entregada al servicio a la Iglesia, a los más pobres, a los desamparados, a los que sufren, a los que necesitan de justicia y paz. Y su preocupación por los derechos humanos incluso más, toda la herencia que recibiera de la fortuna de su padre, la ha puesto al servicio de diversas obras sociales, apoyando siempre a los que más lo necesitan. Una de sus preocupaciones más importantes ha sido la de ayudar a los sacerdotes diocesanos ancianos, quienes en las postrimerías de sus vidas entregadas a Dios y a los hombres, no disponían de un recinto digno que los acogiera. Monseñor Valech al percatarse de esta situación, se ha preocupado por ellos procurando darles un hogar e incluso viviendo él mismo junto a ellos con la misma humildad y sencillez que admiré en él, cuando lo conocí en la casa de Lauro Barros un verano probablemente de 1953.

Otra ceremonia imborrable que se efectuó en la casa de Lauro Barros, ocurrió un 12 de septiembre de 1965. Ese día se celebraba el cumpleaños de mi padre y también el de Nahima, mi abuela materna, ese día es también el día de las Marías, fecha en que siempre se festejó a Nahima. Nosotros con Sylvia habíamos decidido casarnos y como se estaba organizando esa reunión familiar en homenaje a Chucre y Nahima en San Antonio, manifestamos nuestro deseo de que las argollas de compromiso fueran bendecidas en esa misma oportunidad. Llegaron de Santiago mis tíos Antonio y Tito, mi tía Adela, mi humme Nahima y no recuerdo cuántas personas más. Mi tío Tito me había acompañado a comprar las argollas en la joyería Karmy, en el centro de Santiago. En ese tiempo yo estaba terminando mis estudios en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile y trabajaba en la Presidencia de la República, en la oficina de Información que dirigía Germán Becker, durante el gobierno de Eduardo Frei

Montalva. Mis compañeros de trabajo en la oficina eran José Manuel Morales T, Alvaro Bardón y los publicistas Henry Norcothe y Alberto Israel, entre otros profesionales. Buena parte de los que trabajaron en el área de las informaciones económicas en aquella época, tuvieron posteriormente una destacada participación en diversas actividades del quehacer nacional. También yo había iniciado mi carrera académica en la Universidad de Chile, como ayudante de cátedra, razón por la cual percibía dos remuneraciones, modestas, pero que para mí eran muy importantes, ya que me habían permitido ahorrar el dinero suficiente para adquirir con Sylvia una casa que para nosotros era de gran belleza y comodidad en calle Eloísa Díaz 6222, cerca de Avenida Manquehue en Las Condes. Sylvia trabajaba como secretaria del director de la Escuela de Economía, don Eduardo Miranda Salas, el negro Miranda como lo llamaban cariñosamente los alumnos y el personal administrativo y académico de la Facultad de Economía. Hacía ya tres años que estábamos pololeando con Sylvia, un amor que comenzó con los compases del mundial de Fútbol de 1962, que se efectuó en Chile ese año. Desde hacía ya un tiempo que estábamos ahorrando dinero en forma conjunta, a fin de que al momento del matrimonio pudiéramos tener casa propia, y todo el mobiliario que en ella se necesita.

En esos momentos teníamos invadida parte de la casa de Lauro Barros con los muebles que habíamos estado adquiriendo. Ahora pienso en la paciencia de mis padres para haber aceptado que su comedor de visitas, estuviese ocupado en buena parte por nuestros muebles; un refrigerador, la máquina de coser y en fin tantas cosas que habíamos ido adquiriendo con esfuerzo, espíritu de ahorro y sacrificio con Sylvia. Al recordar esa época de mi vida, siento en ella la influencia que mantengo hasta el día de hoy de los valores

inculcados por mis padres, al enseñarme que el ahorro, el esfuerzo y el cariño pueden lograr resultados fantásticos.

Cuando mi tío Tito me acompañó a comprar las argollas, él ve en la vitrina un hermoso reloj de oro, suizo de marca CYMA, con una gruesa pulsera, también de oro, me la muestra y me dice: comprásela a Sylvia y llevásela de regalo de compromiso. No era para mí fácil tomar esa decisión, puesto que habíamos ahorrado hasta el infinito con Sylvia para poder tener la casa propia, cambiar de auto, comprar tantos muebles y tantos otros gastos que se nos venían encima, al tener que llenar de muebles una casa de más 100 metros cuadrados. Para los árabes agasajar a la novia con un hermoso y costoso regalo constituía una tradición que no se podía romper, y entonces mi tío Tito pide que se lo muestren, la verdad es que era hermosísima, con una trama tejida en oro que llamaba la atención. A pesar de su belleza yo no me atrevía a tomar la decisión de comprarlo, pensaba en los gastos que se nos venían encima y que regalos de ese tipo había que dejarlos para cuando tuviéramos una situación económica mas holgada. Pero el tío Tito fue insistente y empezó a negociar el precio, consiguiendo un buen descuento. Entonces me decidí hacer la compra, pero con sentimientos encontrados; por una parte la felicidad de hacerle a Sylvia un regalo inesperado y verdaderamente hermoso y por la otra el sentimiento de culpa por destinar un dinero que tanto necesitábamos, en una joya que tenía un gran valor simbólico, pero que no nos sería de gran utilidad frente a tantos gastos prácticos que conlleva el montar una casa.

El ancestro pudo más, y entonces tomé la decisión de comprar ese hermoso reloj de oro, y llevárselo de regalo de compromiso a la mujer que sería mi esposa, y a la que tanto amaba.

Mi padre me había regalado un auto el año 1962, era un NSU Prinz, alemán, de color blanco y de solo dos puertas. Ese mismo año comenzamos a pololear con Sylvia, y así, ahora con locomoción propia, pudimos ir muchos fines de semana por el día, a visitar a mis padres a la casa de Lauro Barros. Sylvia y mi padre se entendieron en forma inmediata; el gusto de ambos por las flores y los jardines los hizo amistarse en forma instantánea. Con mi madre pasó otro tanto, y así Sylvia a pesar de las recomendaciones de su madre, la Tita, que tuviera cuidado de enamorarse de mí, puesto que los árabes sólo se casaban con los de su misma raza, se llevó muy bien con mis padres desde el primer momento que se conocieron.

Ese día domingo 12 de setiembre de 1965, toda la familia se dirigió a la Parroquia de San Antonio, a pocos pasos de la casa Lauro Barros, para asistir a la ceremonia de bendición de las argollas de compromiso las que luego, un 13 de noviembre de ese mismo año nos las pondríamos Sylvia y yo en la Iglesia de la Anunciación, en la Plaza Pedro de Valdivia, en la promesa de amor perpetuo que nos hiciéramos para estar juntos en salud y enfermedad; en lo favorable y en lo adverso, hasta el último día de nuestras vidas.

Poco antes de nuestro compromiso, yo había vendido el NSU que me regalaron mis padres y había comprado, con la ayuda y asesoría del tío Tito, una furgoneta Thames de la Ford de Inglaterra de color amarillo canario. Para mí fue todo un orgullo el comprar ese vehículo, puesto que el esfuerzo económico para cancelar la diferencia de precio respecto del NSU, se pagaría con los ahorros que Sylvia y yo habíamos podido juntar. Además, el tío Tito tenía una furgoneta exactamente igual a la que yo había comprado, cambiando tan sólo el color, puesto que la de él era de color beige. El tener

un vehículo igual al de mi tío, me llenaba también de satisfacción.

Recuerdo con alegría y nostalgia la fiesta que tuvimos, en la casa de Lauro Barros, después de la bendición de las argollas por el padre Mario González párroco de San Antonio, puesto que no tengo recuerdo de otra fiesta de alguna significación que se haya realizado en ella después de ese 12 de septiembre de 1965.

La vida de mi padre, ya retirado de los negocios, decisión que había adoptado una vez que le detectaron sus primeros problemas al corazón, transcurría tranquila y feliz en su casa de Lauro Barros. Sin embargo siempre manifestaba su preocupación por su enfermedad, no tanto por él sino que por nosotros, su esposa y sus hijos. El gigantesco esfuerzo que había realizado en su vida para cumplir con su promesa al salir de Homs, se había concretado y así, sin arrepentirse de las decisiones que había tomado, ahora sólo le preocupaba su edad y lo que ocurriría con su familia si su salud empeoraba y su generoso corazón dejara de latir.

El casarse a los 41 años y tener su primer hijo a los 46, constituía para él una enorme preocupación, en una época en que la esperanza de vida era muy distinta a la de hoy, cuando se disponen de tantos adelantos y tecnología médica que en aquel tiempo no existían.

Al vender la propiedad y la tienda La Rosa a su hermano Miguel, Chucre, decide con esos recursos, más otros ahorros que había podido reunir, comprar varias propiedades en Avenida Centenario, Alberto Barros y Pedro Montt. Todas ellas formaban un mismo conjunto que abarcaba toda la

cuadra de Alberto Barros entre Avenida Centenario y Pedro Montt, ocupando una cuarta parte de esa centralísima manzana del reducido sector del plan de San Antonio. Y entonces se dedicó a arrendar los múltiples locales comerciales, oficinas de profesionales y casas habitación de que disponía el inmueble, estas últimas ubicadas en el segundo piso de toda la propiedad. Con ello obtenía recursos que no sólo le permitían solventar los gastos familiares, sino que además ahorrar y destinar ese ahorro a comprar acciones y nuevas propiedades. Así, adquiere a don Antonio La Lastra (don Antuco como se le llamaba en San Antonio) una propiedad en Avenida Centenario, muy cercana a la Iglesia Parroquial en la misma manzana donde vivíamos en Lauro Barros. Allí existía una casa de un piso donde vivía don Antuco, propiedad que mi padre adquiere e inicia, al poco tiempo, la construcción de un edificio que tendría tres pisos en la misma Avenida Centenario, con dos locales en el primer piso y dos departamentos en cada uno de los pisos segundo y tercero. Después de un patio interior, en la parte trasera, se construyó un segundo edificio, éste de sólo dos pisos en el que habían 4 departamentos, dos en el primer piso y dos en el segundo. El acceso a los departamentos que daban a Avenida Centenario y los que daban a la parte de atrás, tenían una sola entrada por una puerta central que se encontraba justo al centro de los dos locales comerciales. En suma, la edificación constaba de 10 propiedades distintas con roles diferentes. Mi padre me decía en muchas oportunidades, que si él muriese, mi madre debía quedarse con la casa de Lauro Barros y las rentas de la propiedad grande. Y que cada uno de los cinco hijos, se quedara con la renta de dos propiedades de las 10 que había construido. Su gran preocupación eran principalmente los mellizos, Nassir y Manir, los que habían nacido cuando él tenía 58 años, en momentos en que ya se le habían detectado

problemas cardíacos. Me decía que con el arriendo de las dos propiedades que nos correspondía a cada uno de nosotros, tendríamos una base para vivir con alguna comodidad. Todo su esfuerzo era para los suyos, para nosotros sus hijos. Una vez más, los padres son para los hijos.

Cuando se inicia esta construcción, la última que haría en su vida, me encarga que me preocupara en Santiago, (puesto que yo ya estaba estudiando Economía en la Universidad de Chile), que le fuese vendiendo acciones a fin de financiar con esos recursos la construcción del edificio, en la antigua propiedad de don Antuco. Así, fui viendo paso a paso como se hacía la construcción y vi a mi padre sacar las cuentas de los materiales, negociar su compra y pagar al contado todo lo que la edificación requería. El lo supervigilaba todo y como la construcción quedaba a poco más de una cuadra de la casa de Lauro Barros, podía en segundos llegar a ella. A mi me encantaba encontrarme con él en la construcción, cuando llegaba de Santiago, los días viernes en la tarde, y así visitar juntos el avance de las obras. Me iba contando paso a paso lo que se había hecho y lo que aún faltaba por hacer, mientras me explicaba todo lo anterior, iba recogiendo clavos y otros materiales menores que quedaban tirados en la construcción y así, reunía tornillos, alambres, palos, pedazos de fierro y otros materiales que posteriormente los ordenaba y entregaba al jefe de obras. Esa costumbre de mi padre me ha quedado tan grabada que yo mismo, que he llevado a cabo posteriormente varias construcciones, hago exactamente lo que él hacía: recojo los clavos y todo material que posteriormente podría ser utilizado en la misma construcción.

Cuando la edificación se terminó, mi padre me dijo que ahora se podía morir tranquilo, puesto que si él no estaba con nosotros, a su querida familia nada le faltaría.

Con Sylvia nos casamos en Santiago en noviembre de 1965. Nuestro primer hijo, Claudio, nace en 1966 en Santiago, en la Clínica Central. ¡Qué felicidad la de mis padres al ver a Claudio!. Claudio era muy hermoso, rubio, de ojos claros y de tez muy blanca. Cuando le llevábamos a su nieto a la casa de Lauro Barros, mi padre lo tomaba en brazos y le decía "mi negrito", lo que contrastaba absolutamente con las características físicas de nuestro hijo mayor. Por otra parte mi padre se sentía muy orgulloso de mis logros personales, puesto que en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, me había destacado cómo dirigente estudiantil llegando a ocupar la presidencia del Centro de Alumnos de la Escuela de Economía el año 1964, representando al alumnado que simpatizaba con la Democracia Cristiana. Por cierto que mi militancia en ese Partido se debía a la clara influencia de mi tío Antonio, quien militó y se jugó por la Democracia Cristiana hasta el día de su muerte. Ese mismo año, invitados por el gobierno de Fidel Castro, habíamos viajado un grupo de estudiantes de Economía de la Universidad de Chile a visitar y conocer Cuba. Recuerdo cuando mis padres me fueron a dejar al aeropuerto de Los Cerrillos, donde había algunos periodistas que nos sacaron fotos, una de las cuales aparecería al día siguiente en la primera página del "Diario Ilustrado", hoy desaparecido. Supe después por mi madre que mi padre recortó la página del diario y la mostraba con orgullo a sus hermanos y amigos cuando se paseaba por la Avenida Centenario y el Paseo Bellamar, a orillas del mar, caminata que hacía todos los días, conversando con sus amigos, lo que le permitía saber lo que pasaba en el comercio de San Antonio. Ellos lo escuchaban con atención, en razón a su reconocida habilidad para los negocios, y así él entregaba su tiempo dando consejos y asesorando a quien se lo solicitase.

Mis padres nunca habían viajado en avión hasta esa fecha, en tiempos en que los aviones no eran el medio tan utilizado para viajar como lo son hoy en día, por lo que el sólo hecho de partir en avión y a un lugar tan lejano constituía una novedad que muy pocos podían contar. Mi padre en definitiva nunca viajó en avión. Mi madre sí lo hizo posteriormente en diversas oportunidades.

Poco después, en el mismo año 1964, postulo como ayudante académico del curso de Introducción a las Ciencias Sociales y salgo elegido, por lo que empecé a recibir por primera vez una remuneración por la Universidad de Chile. Con qué felicidad le llevé a mostrar a mis padres el primer sueldo que recibía como consecuencia de mi propio esfuerzo. Mi padre no dejaba de agradecer a Dios por mis éxitos.

Con Sylvia nos preocupamos todos los meses de ir ahorrando buena parte de nuestros ingresos. Sylvia incrementaba su sueldo efectuando trabajos de mecanografía para la publicación de las memorias de algunos compañeros de la Universidad. Así, Alvaro Bardón, Juan Villarzú, Enrique Klingenberg y Luis Maira, entre otros, contrataron los eficientes servicios de Sylvia. Queríamos tener nuestra casa propia cuando nos casáramos y así, le pedíamos consejo a mi padre para invertir en la Bolsa de Comercio. Yo ya conocía el teje y maneje del mercado accionario y él, con su sabiduría ancestral para los negocios, heredada de los antiguos fenicios, siempre me aconsejó en qué invertir, por lo que pudimos con Sylvia incrementar nuestros ahorros con las ganancias bursátiles que obtuvimos.

Cuando decidimos casarnos ya habíamos comprado nuestra casa en Eloísa Díaz, casa que mi padre pudo conocer

y visitar en varias oportunidades, a pesar de que en ese tiempo a él ya no le gustaba ni quería dejar su querido San Antonio.

Un fin de semana de febrero de 1968, yo tenía que ir a dar una conferencia a Valparaíso, al poderoso Sindicato de Estibadores. Ya de fines de 1964, me había iniciado en la tarea de asesorar a sindicatos en materias económicas. Llegué a ello por Alvaro Bardón, amigo muy querido en la Escuela de Economía y que había sido dirigente estudiantil demócrata cristiano al igual que yo. En esos tiempos era presidente del Sindicato del First National City Bank, el dirigente sindical demócrata cristiano Raúl Alegría, quien con visión de futuro estimaba que el pliego de peticiones de aquel entonces (actual Contrato colectivo), que anualmente debían presentar a su empresa, debía de contar con la asesoría de un profesional que dispusiese de conocimientos en el área económica. Hasta ese momento la asesoría total era asumida por un abogado. Así, Raúl llega a la Sede del Partido Demócrata Cristiano, ubicada en Alameda Bernardo O'Higgins 540, muy cerca del local de la Federación de Estudiantes de Chile, edificaciones que actualmente no existen. Allí se entrevista con un dirigente del Departamento de Profesionales y Técnicos, solicitando un profesional de prestigio para que lo asesorase en la presentación y posterior discusión con el Banco, del pliego de peticiones. En el Departamento le dan el nombre de Alvaro Bardón, que a la sazón trabajaba en el Departamento de Estudios del Banco Central. Llega Raúl donde Alvaro y le hace la proposición respectiva, quien declina el ofrecimiento y le menciona mi nombre. Así, llegué a ser asesor sindical a fines de 1964, siendo el abogado defensor de los trabajadores don Eduardo Long Alessandri con quien nos unió una sincera y leal amistad, a pesar de nuestras diferencias políticas, hasta el momento de su muerte.

Debido a estos hechos es que mi nombre comenzó a ser conocido entre los dirigentes sindicales y fue por ello que el Sindicato de Estibadores me había invitado el sábado 10 de febrero a dictar una charla sobre la realidad económica de Chile, en los momentos en que la polarización política se acentuaba día a día.

Sylvia, quien siempre ha estado dispuesta a apoyarme en los diversos requerimientos profesionales y sociales que me solicitaban, aceptó mi propuesta de viajar con su cuñada Erika, recién casada con Raúl Puelma, el menor de los hermanos de Sylvia y nuestro hijo Claudio, que en esos momentos tenía un año y nueve meses, a Valparaíso y de allí a San Antonio a ver a mis padres, para finalmente llegar a Las Cruces a la casa verano que la mamá de Sylvia, la señora Herta Madsen tenía en ese lugar desde antes que enviudara. Cuando hicimos ese viaje, Sylvia estaba embarazada de José Manuel, cuyo nacimiento estaba previsto para inicios del mes de abril.

En ese tiempo teníamos una moderna station wagon, que recientemente habíamos adquirido, marca Mercury modelo Comet. El viaje de Santiago a Valparaíso era pesado y largo, ya que el camino era muy sinuoso..., lleno de curvas y además, había que trepar por la cuesta Barriga y la cuesta Zapata ya que no existían los túneles que se construyeron posteriormente.

Llegamos a Valparaíso y acordamos que, mientras yo dictaba mi charla, ellas se irían a pasear por Viña con Claudio, quien era un niño rozagante, que pesaba unos cuántos kilos y que por su edad había que tenerlo la mayor parte del tiempo en brazos. Tomarían una micro para llegar a Viña del Mar,

puesto que ninguna de las dos mujeres manejaba en aquel tiempo. Yo estaba invitado a almorzar con los dirigentes sindicales, así que acordamos juntarnos en la tarde en Valparaíso a fin de continuar nuestro viaje a San Antonio y de allí a Las Cruces.

Para llegar a San Antonio era necesario pasar primero por la localidad de Casablanca, a mitad de recorrido entre Santiago y Valparaíso, y de allí tomar un camino de tierra, lleno de curvas y pendientes para así llegar finalmente a San Antonio, donde vivían mis padres en la casa de Lauro Barros.

Después de estar un rato con ellos, continuamos viaje a Las Cruces para pasar el día domingo en la playa con la mamá de Sylvia y parte de su familia. El viaje había sido agotador, por lo que nos fuimos a acostar al poco rato de haber llegado. En la madrugada Sylvia me despierta y me dice que tenía dolores y que sentía contracciones. Me levanto con rapidez, informo de lo que ocurría a mi suegra y dejándoles a Claudio a su cuidado, partimos a San Antonio, al Servicio de Urgencia del Hospital Claudio Vicuña; el médico de turno la examina y nos dice que el parto se produciría de un momento a otro. Sylvia no quería por motivo alguno tener a su segundo hijo en el hospital de San Antonio, que en aquel tiempo no disponía de los adelantos de hoy. Sin embargo, el médico nos dice perentoriamente que no soñemos con partir a Santiago, puesto que la criatura nacería en pocos momentos más. Le advertimos que Sylvia tiene un grupo sanguíneo RH negativo muy difícil de conseguir, en caso de ser necesaria una transfusión. El médico señala que efectivamente en San Antonio no había sangre disponible de ese grupo, pero que el alumbramiento se produciría de un momento a otro y que rezáramos para que no se presentase ninguna dificultad; y

agrega que en el caso que hubiese algún problema con Sylvia o la criatura y que si necesitasen transfusiones, entonces habría que partir de inmediato a Santiago.

Afortunadamente el parto fue normal y no hubo problema alguno. Sí un dato curioso, ya que la matrona que atendió el parto de Sylvia era la misma que atendió a mi madre en Avenida Centenario el año 1939, cuando nació yo y, por lo tanto, fue la misma matrona que por apresurar el alumbramiento, provocó mi parálisis facial. Habían transcurrido cerca de 29 años, desde el 10 de junio de 1939 al 11 de febrero de 1968, día de la Virgen de Lourdes. José Manuel fue el nombre que le pusimos a nuestro segundo hijo que, por esas cosas del destino y de la vida, nació en San Antonio, lugar de tanto recuerdo y significado para todos los Sapag.

Pero este alumbramiento, ocurrido en condiciones tan especiales y con una anticipación de cerca de dos meses, se producía un día domingo, a las 9 de la mañana, cuando todas las tiendas estaban cerradas y por cierto que no disponíamos de nada para vestir a José Manuel: ni pañales, ni chal, ni nada, por lo que el hospital nos auxilió mientras yo iba a despertar a mi primo Same, el mayor de los hijos vivos de mi tío Camilo, quien tenía en Avenida Centenario una tienda la que, en honor a mi padre, se llamaba Casa Chucrí y se dedicaba principalmente a la ropa de guaguas.

Fui a buscar a mi madre para contarle todo lo que había ocurrido y a pedirle auxilio para poder vestir a José Manuel, así que ella me acompaña a Llo Lleo, localidad cercana a San Antonio que se encuentra a unos 5 kilómetros al sur, a la casa donde vivía Same, quien presuroso, al saber lo que había

ocurrido, se levanta nos acompaña a la tienda y nos entrega un ajuar completo para llevar al hospital y así poder vestir al inocente José Manuel, absolutamente ajeno a estos avatares.

Sylvia tuvo que quedarse al menos un día en el hospital, así que el lunes 12, al mediodía, pudo trasladarse a la casa de Lauro Barros con su segundo hijo, donde se quedó, atendida por mis padres, hasta el fin de la semana siguiente. A Claudio lo fui a buscar a Las Cruces, contando lo ocurrido a la familia de Sylvia, quienes se trasladaron a San Antonio a visitarla y saludarla por tan importante acontecimiento. Mi hermana Minerva cedió a Sylvia su habitación, a fin de que se recuperase de este alumbramiento ocurrido en condiciones tan excepcionales. De esta forma la casa de Lauro Barros agregaba otro hito importante en la vida de los Sapag Chain. Pero todavía faltaría el último y doloroso acontecimiento, el de la muerte de Chucre ocurrida allí en esa casa, un 13 de julio de 1970, o sea, poco más de dos años después de ocurrido el nacimiento de José Manuel.

Inicié la redacción de este capítulo en un avión que me conducía a Santa Fe de Bogotá, Colombia, el martes 16 de noviembre. Al día siguiente me había comprometido a dar la conferencia inaugural de III Congreso Internacional de Gerencia de Proyectos en la Pontificia Universidad Católica Javeriana. Posteriormente, el 18 de noviembre, retornaría a Santiago, en vísperas de la importante reunión de la APEC en Santiago. En Bogotá pude apreciar en casi todos los participantes del congreso, venidos de muchos países de América, incluido Cuba, la admiración que sienten por el desarrollo que ha mostrado Chile, especialmente a partir del retorno de la democracia. La verdad es que me sentí orgulloso de mi país, a pesar de que aún nos queda mucho por

perfeccionar y resolver, en especial la distribución del ingreso, mal endémico que empaña el espectacular desarrollo económico chileno.

Continué escribiendo este largo capítulo en la ciudad de Bogotá y después en el avión de retorno a Santiago. El viernes 19 fue feriado sólo en la ciudad de Santiago como consecuencia de la APEC, razón por la cual partimos con Sylvia a Las Cruces, a nuestra casa de descanso, donde continué escribiendo este capítulo. Ese mismo día fuimos a San Antonio y pasamos por tantos lugares que se relatan en este capítulo ya que allí, en San Antonio, en la Avenida Centenario y tantos otros lugares queridos, están las vivencias de mi familia, su vida y su historia que es también mi historia.

Llegamos a Santiago el domingo 21 a nuestra casa de calle Los Carpinteros, donde terminé de escribir estos recuerdos con profunda emoción.

CAPITULO XIX

LA PASCUA DE CHUCRE

En los años siguientes al nacimiento de José Manuel, la vida en la casa de Lauro Barros transcurre con el inexorable paso de un tiempo que llega a su fin.

En 1968 todos los hijos de Chucre y Amelia, con excepción de Manir, ya no estaban juntos a sus padres en San Antonio. Nassir había ingresado a estudiar Economía a la Universidad de Chile, trasladándose a vivir a Santiago, a una pieza que arrendaba en la calle Paul Harris. Mi hermana Minerva, estaba trabajando en el Colegio San Ignacio de Alonso Ovalle y vivía en un departamento en calle Dieciocho, muy cerca de Alameda. Fernando, casado y con tres hijos a la fecha, vivía en Concepción, y yo con Sylvia más nuestros hijos Claudio y José Manuel, vivíamos en Santiago en nuestra casa de Eloísa Díaz. Los problemas cardíacos que afectaban a la salud de mi padre se acentuaban día a día y, a esa fecha, ya tenía a cuestas dos infartos, de los cuales había podido salir airoso. Sin embargo, su corazón se encontraba enfermo y debilitado; los médicos le tenían prohibido un sinnúmero de alimentos y actividades que él no siempre cumplía con rigurosidad. Su afán de hacer cosas y sentirse útil, constituía para él un imperativo de vida, difícil de evitar a pesar de las instrucciones médicas.

Nuestros viajes a San Antonio se distanciaban, con dos niños pequeños, ya no era tan fácil partir a ver a mis padres. Mi hermana Minerva y Nassir eran los que más llegaban durante los fines de semana, puesto que Nassir ya en esos

tiempos pololeaba con Cristina Bonilla, la única polola que le conocí y con la cual mantuvo un largo noviazgo, uniéndose en matrimonio en el año 1976. Ella era oriunda también de San Antonio, por lo que Nassir tenía varias razones para llegar a la casa de Lauro Barros prácticamente todos los fines de semana.

A mediados de 1968, Sylvia queda nuevamente embarazada; ahora de Verónica, la mayor de las dos hijas mujeres que Dios nos regaló. No habían transcurrido cuatro meses del nacimiento de José Manuel cuando recibimos la hermosa noticia de un nuevo hijo en camino. La diferencia de edad entre José Manuel y Verónica es de prácticamente un año. Como consecuencia del susto que pasamos con el nacimiento de José Manuel en San Antonio, los viajes nuestros a la casa de Lauro Barros comenzaron a distanciarse.

En cierta oportunidad que viajamos a San Antonio con nuestros dos hijos a visitar a mis padres, mi madre me cuenta que el papá no estaba haciendo mucho caso a las recomendaciones del médico y que no se cuidaba lo suficiente, haciendo desarreglos que estaban complicando su precario estado de salud. Entonces decidí conversar con él para así reprocharle el poco caso que hacía a las indicaciones de su doctor. El entonces me mira muy fijamente a los ojos y con una voz dulce y cariñosa me dice: "papá, usted es un egoísta". Yo le tomo su mano y le pregunto por qué me decía eso, si yo lo único que quiero es su bien y que no se perjudique a sí mismo pudiendo cuidarse. Entonces él me respondió diciéndome aproximadamente lo siguiente. "Mire, usted viene de vez en cuando a verme; llega el sábado y el domingo ya está regresando nuevamente a Santiago. Pasarán dos semanas o quizás más y usted vendrá nuevamente a vernos a San Antonio y entonces lo que usted desea es que en el intertanto yo no

haga nada, que no me dedique a trabajar en mi jardín, que todas las cosas que me gusta hacer deje de hacerlas, que lo que deseo comer no lo haga para que así, cuando usted llegue, me encuentre bien, pero a costa de sacrificar todo lo que me gusta hacer. Es por eso que usted es egoísta porque piensa sólo en usted, porque lo único que desea cuando viene a San Antonio es verme bien, no importándole todo el sacrificio que yo haga para ello. ¿Sabe papá? agregó, prefiero vivir un día como yo quiero vivir, a vivir un año como usted quiere que yo viva".

En febrero de 1969 nació Verónica, nuestra primera hija apenas con un año de diferencia con su hermano José Manuel. Además, en aquella época aún no teníamos casa de verano propia, por lo que ir a la costa significaba llegar a la casa de mis padres, o a la casa de verano en Las Cruces de la mamá de Sylvia, la señora Tita. Sin embargo ya en esa época teníamos el plan de adquirir el terreno colindante a esa casa en ese balneario el que pertenecía a la sucesión de mi suegro, don Raúl Puelma Correa, de profesión dentista, a quien no conocí puesto que falleció en 1955 de un infarto cardíaco en plena plaza de Armas cuando recién cumplía 41 años de edad. En 1969 pudimos hacer la transacción y así adquirimos a la sucesión el terreno colindante a la casa de veraneo de los padres de Sylvia ubicada en calle Lincoln número 400.

Mi padre me acompañó a Las Cruces y visitó el terreno en donde yo pretendía construir nuestra propia casa de descanso. La congregación del Amor Misericordioso a la que pertenecían mis tías Mercedes y Elena Chain, poseía una casa de descanso en Las Cruces, la cual quedaba ubicada a no más de cincuenta metros de la nuestra.

Se me viene a la memoria, al relatar estos hechos, el significado familiar que ha tenido el balneario de Las Cruces desde cuando yo era niño. Recuerdo una oportunidad, en que recién había ingresado a la Escuela de Economía, fui a Las Cruces a llevar provisiones a las monjas de la congregación, debido a que ellas llamaban por teléfono a la casa de Lauro Barros, al número 242, y solicitaban a mis padres diversas mercancías que requerían para el abastecimiento de la casa de verano de la congregación, por lo que yo solía ir a Las Cruces desde que tengo uso de razón. San Antonio con Las Cruces distan no más de 16 kilómetros. Después de dejar las mercancías en la casa, recuerdo que mi tía, la madre Mercedes, me acompañaba a la calle Lincoln, donde tenía estacionado el automóvil de mi madre. Yo llevaba en mis brazos un paquete con deliciosos dulces chilenos que las religiosas preparaban y vendían en Las Cruces, lo que les permitía financiar su período de vacaciones, dulces exquisitos que todos los veraneantes se peleaban por adquirir. Los ingredientes para su confección, más otros productos que ellas requerían, eran los que nosotros les llevábamos desde San Antonio.

En esos momentos ocurre un hecho imposible de olvidar. En efecto, una mañana de verano de 1960 y cuando madre Mercedes y yo nos encontrábamos conversando en la calle Lincoln, listo ya para partir de regreso a San Antonio pasa frente a nosotros, acompañada de un grupo de jóvenes, Sylvia. Ella vestía un short blanco y una polera de color rojo. A Sylvia la había visto en la Escuela de Economía ya que era la secretaria del director don Eduardo Miranda Salas, personaje de gran trayectoria y un académico al que mucho le debe la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. En ese momento se entrecruzan nuestras miradas y entonces yo, sin acercarme a ella, le envió un saludo desde la distancia

el cual, por cierto, fue de inmediato correspondido por Sylvia. La madre Mercedes interrumpe por un momento lo que me estaba diciendo y entonces, me dice : ¿ quién es ?, no vaya a ser que te enamores y que termines casándote con ella. Por cierto que en esos momentos la vinculación con Sylvia era muy esporádica y sólo la veía en la Escuela de Economía, cuando por alguna razón requería de algún certificado de la dirección de la Escuela. Jamás imaginé en esos momentos que dos años después estaríamos pololeando y que cinco años y fracción contados a partir de ese momento seríamos marido y mujer.

A mi padre le cuento mi proyecto de construir una casa prefabricada en el terreno de calle Lincoln. Le señalo que Enrique Klingerberg, un gran amigo y compañero de la Escuela de Economía, quien había ido varias veces a la casa de Lauro Barros, su familia era propietaria de una fábrica de puertas y ventanas la cual abastecía a una empresa que se dedicaba a la construcción prefabricada de casas de madera, Enrique y su esposa Gisella habían sido los padrinos de nacimiento de nuestro hijo mayor, de Claudio. Le explico que Enrique me había puesto en contacto con ellos y que me harían buenas facilidades de pago además de un buen descuento.

En esos momentos llevábamos con Sylvia cinco años de matrimonio y teníamos el gran regalo de tres hijos y deseábamos tener una casa propia de verano en Las Cruces y eso nos permitiría estar muy cerca de mis padres y también de la mamá de Sylvia durante el verano. Por otra parte, la familia de Sylvia estaba compuesta por cuatro hermanos, por lo que la casa de mi suegra tenía una alta demanda en especial durante el verano. La compra del terreno colindante nos permitió estar muy cerca y no depender de otros para nuestro descanso y veraneo con nuestros tres hijos.

La construcción de nuestra casa de Las Cruces en 1969, fue mi primera experiencia propia en el área de la construcción. Cierto es que había ayudado a mi padre a construir el edificio de 8 departamentos y dos locales comerciales en la Avenida Centenario, pero ello siempre fue dirigido por él y yo sólo era un ayudante y un observador de la construcción. Pero ahora, toda la responsabilidad estaba en mis manos. Mi padre me hace algunas sugerencias sabias y después abrazándome me dice: "papá, (como me llamaba cariñosamente) no cree usted que va demasiado rápido?, no quiera tener de todo con tanta rapidez, no se meta en problemas". En esos momentos yo trabajaba con Rafael Moreno en la Corporación de la Reforma Agraria y ocupaba el importante cargo de gerente de Finanzas y Administración de esa empresa estatal que en esos momentos era una de las más importantes del país. Tranquilicé a mi padre y le demostré que tenía cómo hacerlo sin tener que contraer deudas mayores. La casa que pretendía adquirir era de madera, de no más de 56 metros cuadrados y con un precio y condiciones de pago especiales conseguidos por Enrique Klingenberg.

La construcción comienza a realizarse en octubre de 1969 y ya en diciembre la casa se encontraba levantada. Pero aún faltaba la conexión de agua y un montón de obras anexas que no estaban incluidas en el contrato con la empresa de casas prefabricadas. Le pido asesoría a mi padre con quien hicimos el listado de los requerimientos de materiales los que se comprarían en San Antonio; la mano de obra debía conseguirse en Las Cruces. Así, llevo algunos materiales en mi Station Comet Mercury pero no pude traer las cañerías de cobre porque en la ferretería se habían agotado y sólo llegarían al día siguiente. Estas cañerías se requerían para habilitar el estanque de agua exterior para casos de corte, situación que muy frecuentemente ocurría en Las Cruces. Transcurría el

verano de 1970 con mi casa terminada, pero con las obras anexas en ejecución.

Al día siguiente de la compra de los materiales, efectivamente llegan las cañerías de cobre y entonces mi padre las retira de la ferretería y se dirige al terminal de buses que hacían el recorrido entre San Antonio y Las Cruces. Le dan autorización para llevar las cañerías en el pasillo del bus y así, sin yo sospecharlo lo veo bajarse del bus en calle Lincoln, frente a mi casa, con las cuatro tiras de cobre de 6 metros de longitud cada una y, sonriendo, me las entrega diciéndome: "ahora no le falta nada". Este hecho ocurrió en febrero de 1970, fecha en que yo aún no me recibía de Ingeniero Comercial. Desde mi egreso de la Escuela de Economía había trabajado con gran dedicación, primero en la Presidencia de la República y después en la Corporación de la Reforma Agraria, posponiendo mi examen de grado y mi memoria, requisitos imprescindibles para recibir el título que me acreditaba como profesional. Además, recientemente, me había designado como profesor auxiliar suplente de la Facultad de Economía, habiendo ganado el concurso de ayudante jefe de la cátedra de Introducción a las Ciencias Sociales. Entonces tuve que reemplazar al profesor Manuel Barrera y la Facultad me nombró, siendo muy joven, profesor auxiliar de ese ramo, que en aquellos tiempos se dictaba en el primer semestre de la carrera en tres cursos paralelos. Los otros dos cursos los desarrollaban los profesores Fernando Enrique Cardoso, brasileño exiliado, el que posteriormente sería Presidente del Brasil y Theotônio dos Santos también brasileño. Este curso había reemplazado a la antigua cátedra de Historia de la Cultura que dictaba el profesor Jorge Bande. El cambio en el plan de estudios había hecho desaparecer ese curso siendo reemplazado por el de Introducción a las Ciencias Sociales.

El reglamento de Facultad otorgaba un plazo de hasta tres años para titularse después de egresado, por lo que tuve que llevar solicitudes a la Facultad a fin de ampliar ese plazo. Ahora, en 1970 me encontraba en el límite de las autorizaciones y, por lo tanto, si no me recibía, tenía la obligación de volver a la Escuela a fin de seguir todos los nuevos ramos que se habían incluido en la malla curricular desde mi egreso. De esta forma, si no me recibía en 1970, podía ocurrir el absurdo que tenía que ser profesor de mi mismo, ya que yo no había cursado la cátedra de Introducción a las Ciencias Sociales de las que era profesor en esos momentos.

Por cierto que para mi padre, el hecho de verme recibir el título profesional de Ingeniero Comercial de la Universidad de Chile, constituía una enorme satisfacción. La educación superior, a la que él no tuvo acceso, podía verla ahora concretada en su hijo, de tal forma que los grandes esfuerzos y desvelos por darnos educación superior, se veían recompensados con ese ansiado título profesional. Cuando ocurrían estos hechos mi hermano Nassir también había decidido seguir estudios de Ingeniería Comercial en la misma universidad.

Yo por mi parte quería con toda mi alma poder regalarle a mis padres el ambicionado título profesional. Por cierto que ellos estaban muy felices por lo que yo había podido lograr en mi vida profesional como egresado, pero el título era una concreción palpable de que los grandes esfuerzos y desvelos por ellos desplegados habían dado frutos, tenían un hijo titulado en la principal universidad del país.

A pesar de las grandes dificultades por la escasez de tiempo que me significaba ser Gerente de Finanzas de la CORA, profesor en la Escuela de Economía de la Universidad

de Chile, padre de familia, y además, mi compromiso político con la Democracia Cristiana en un año de elección presidencial como lo fue 1970, en la que yo ocupaba un cargo directivo en la candidatura de Radomiro Tomic, me propuse no dejar pasar el 12 de setiembre de 1970, día del cumpleaños de mi padre, para tener el título en mis manos y poder ofrecérselo a quien tanto me había dado.

Sin embargo no pude darle a mi padre la satisfacción de verme titulado. Un día lunes, el 13 de julio de 1970 a pocos días de mi examen de grado, que había sido fijado para el 27 de agosto, recibo en mi oficina de la CORA un llamado telefónico de mi hermana Minerva, y escucho su voz entrecortada y llorosa que me comunica que mi padre había muerto. Eran aproximadamente las 17 horas de ese 13 de julio. Llamo a Sylvia y le comunico lo que había ocurrido y le digo que yo partiría de inmediato a San Antonio y que ella se quedara en Santiago con nuestros tres hijos y que esperara mis informaciones. La noticia de la muerte de mi padre corre como un reguero en toda la CORA; de inmediato pude apreciar las expresiones de pesar y solidaridad de una gran cantidad de mis compañeros de trabajo dándome sus condolencias. Recuerdo, como si fuera hoy, al querido y bondadoso fiscal de la institución, el abogado Raúl Rencoret, hombre temido por su rigurosidad y estrictez, pero eso era una fachada detrás de la cual estaba el corazón grande y generoso de un hombre excepcional. El quiso acompañarme hasta el estacionamiento de la CORA donde yo tomaría mi automóvil, para dirigirme a la casa de Lauro Barros 199 en San Antonio. Mientras nos dirigíamos a buscar mi automóvil no cesaba de aconsejarme que condujera con cuidado, me pregunta si el vehículo necesitaba de algún control antes del viaje, le respondo que no y entonces él al constatar que los

vidrios de los faroles delanteros estaban sucios por las lluvias, saca de su bolsillo un pañuelo y los limpia hasta dejarlos impecables. Ese gesto del hombre rudo de la CORA, exigiendo eficiencia y el hacer las cosas bien, lo retrataban de cuerpo entero. Ese gesto valía mucho más que mil palabras y constituía una muestra palpable de su generosidad y su indudable vocación de servicio a la comunidad. Hoy día, por esas cosas que suelen ocurrir en la vida, trabaja voluntariamente junto a mí, un hijo de Raúl en la Fundación Aldea de Niños Cardenal Silva, también abogado y que lleva el mismo nombre que su padre y que tiene el mismo gran corazón que su progenitor, además de su innegable capacidad profesional.

Viajé sólo a San Antonio con mi enorme pena en el alma. Había muerto ese niño, que sesenta años atrás había decidido emigrar a estas tierras de América, el niño que con tantas ilusiones había partido de Homs hacía tantos años; había muerto mi progenitor, el que me inculcó el amar a Dios sobre todas las cosas, el que me perdonó todo, el que con su esfuerzo y tenacidad me enseñó que se es mucho más feliz sirviendo que ser servido, el que se había entregado por entero a su familia, el que con generosidad había permitido que llegaran sus hermanos, el que llevó a San Antonio a Nahima y todos sus hijos sin pedir nada a cambio, el que con tanto amor y sabiduría formó, educó, enseñó y trabajó, él, mi padre, había muerto y yo no le había podido regalar el título profesional que habría provocado en él tanta felicidad. Chucre Sapag Orfale, mi padre, había muerto sin yo haberle dado esa enorme satisfacción que él merecía con creces.

Llegué a San Antonio y me abracé a mi madre llorando. Ella entonces me lleva al segundo piso de la casa de Lauro Barros, al dormitorio donde estaba mi padre. Después

de almorzar y como era su costumbre, se fue a recostar a su cama. Se encontraba semi recostado, de frente, con su rostro sereno como mirando hacia la ventana que daba al poniente, al océano. Me acerco a él, habían transcurrido cerca de tres horas y media de su fallecimiento y entonces, beso el rostro ya frío de mi padre amado, del hombre que tanto ardor había puesto en todas las acciones de su vida.

El funeral se realizó el día miércoles 15 de julio. La misa se hizo en la Parroquia de San Antonio, la misma que él ayudó a levantar después del incendio que arrasó con la anterior, la misma iglesia de tantos y tantos recuerdos familiares. El día era gris y lluvioso, parecía que hasta la naturaleza se sumaba al dolor que inundaba mi alma. Muchos amigos viajaron de Santiago a San Antonio para acompañarme en esos momentos tan dolorosos.

Días más tarde, me correspondía dar mi examen de grado en la Facultad de Ciencias Económicas, que en esa época estaba ubicada en calle Compañía, pasada la calle Teatinos hacia el oriente. Decidí que nadie me acompañara a defender mi tesis y escuchar mis respuestas a las preguntas que me haría una Comisión Examinadora compuesta de cuatro miembros. Me senté solitario delante de ellos, detrás de mí se encontraban las sillas vacías que se reservaban a la familia y a los amigos que normalmente asistían a ese acto solemne. Quise estar solo; puesto que si mi padre ya no podía estar sentado en esas sillas vacías, no quería que nadie me acompañara. A él le correspondía recibir en vida la satisfacción de ver a su hijo titulado y yo tenía el deber de habérselo ofrecido, compartiendo juntos un momento de tanta importancia. No logré hacerlo y por ello mi alma aún sufre.

Uno de los miembros de la comisión era el querido profesor José Elías, quien posteriormente llegó a ser decano de la Facultad y quien había sido mi tutor cuando recién ingresé a estudiar en la Escuela de Economía. En esos tiempos existía el sistema de tutores para los alumnos que ingresaban a ella, de tal forma que algunos profesores, y también ciertos alumnos de los cursos superiores, ayudaban a los que recién ingresaban a fin de auxiliarlos en el difícil inicio de la carrera. Pepe Elías siempre buscaba a estudiantes de origen árabe; y fue así como yo, y muchos otros estudiantes de la colonia, entre ellos mi compadre Jorge Awad, padrino de Verónica y mi comadre María Eugenia Meruane (QEPD), madrina de José Manuel, fuimos recibidos por este gran profesional que tanto ha entregado al país y a la profesión. Recuerdo que Pepe Elías trabajaba en la Contraloría General de la República, lugar adonde me citaba en las tardes, después de su jornada laboral. Allí me aconsejaba, me enseñaba, me prestaba sus libros y siempre estaba disponible para ayudarme en todo lo que se necesitaba. Sólo tengo recuerdos que comprometen mi gratitud hacia Pepe Elías, con el que mantengo una amistad invariable a pesar de los avatares de la vida.

Di el examen de grado y la Comisión Examinadora me otorgó nota sobresaliente, que significó que terminara mi carrera con dos votos de distinción lo que significaba un seis final (de un máximo de siete) en toda la carrera, incluyendo las notas obtenidas en todos los cursos que rendí en la Escuela de Economía.

Recibí con alegría y también con mucha pena las felicitaciones de la Comisión Examinadora, quienes me dieron la bienvenida como nuevo colega, brindándome muestras de sincero aprecio y afecto que guardo de recuerdo hasta el día

de hoy. Pero mi corazón sentía remordimiento y una gran pena por mi padre, por no haberle dado en vida esa alegría que habría sido también para él su alegría.

Me alejé de la Facultad caminando solo con mis pensamientos por las calles del centro de Santiago. En calle Moneda al llegar a Ahumada, al toparme con la iglesia de las Antiguas Agustinas, decido entrar y dar gracias a Dios por mi título y por mi profesión. Sin embargo, a pesar de mi alegría, allí, arrodillado ante el Santísimo, lloré por mi padre, por no haberle podido dar una alegría y una satisfacción que se la merecía con creces.

Una vez más se cumplía la profética frase de mi querido amigo el Cardenal Silva Henríquez: "los padres son para los hijos, los hijos no son para los padres"

CAPITULO XX

REFERENCIA GENEALÓGICA

Hace 100 años Chucre y Nahima cantaban en el coro del colegio ortodoxo San Jorge de Homs.

Jamás pensaron en esos momentos que la vida les llevaría a juntarse de la forma que se ha relatado en esta historia real. Tampoco podían haberse imaginado que su decisión de venir a Chile haría posible entregar a ésta, su nueva patria, tantos descendientes. En total, entre los que llegaron y los que nacieron en Chile, las familias Sapag Orfale y Chain Curi han entregado a esta tierra 234 personas al 20 de junio del año 2006.

1.- Familia fundada por Abraham Sapag y Manira Orfale (en Siria).

El matrimonio celebrado en Siria entre Abraham Sapag y Manira Orfale engendra 6 hijos en el siguiente orden:

- Tufik
- Chucre
- Camilo
- Lamia
- Miguel
- Sarwi

Cuatro de los seis hermanos llegan y se radican en Chile. Los cuatro contraen matrimonio y engendran en Chile un total de 18 hijos.

Chucure Sapag y Amelia Chain

El matrimonio celebrado en Santiago en 1932 entre Chucure Sapag y Amelia Chain engendra cinco hijos en el siguiente orden:

- Fernando
- Reinaldo
- Minerva
- Manir
- Nassir

De los cinco hermanos Sapag Chain, uno de ellos fallece muy joven sin haberse casado, Manir. Minerva, la única mujer, permanece soltera sin tener hijos. Los tres restantes se casaron y engendraron un total de 10 descendientes.

Camilo Sapag y Julia Hagar

El matrimonio celebrado en Santiago en 1928 entre Camilo Sapag y Julia Hagar engendra seis hijos en el siguiente orden:

- Gerardo
- Same
- José
- Jaime
- Mario
- Carlos

De los seis hermanos Sapag Hagar, el mayor de ellos, Gerardo fallece trágicamente en diciembre de 1945, los cinco restantes se casaron y todos ellos engendraron hijos.

Miguel Sapag y Olga Midane

El matrimonio celebrado en Santiago en 1928 entre Miguel Sapag y Olga Midane engendra cinco hijos en el siguiente orden:

- Mariana
- Sergio
- Humberto
- Sonia
- Sarwi

Todos ellos se casa y engendran hijos. A la fecha de estos escritos han fallecido los dos varones: Sergio y Humberto.

Lamia Sapag y Miguel Hares

Se casan en Santiago, probablemente en el año 1933. Engendran dos hijos en el siguiente orden:

- Ángela
- Miguel

Ambos hijos contraen matrimonio y engendran hijos. A la fecha de estos escritos Ángela se encuentra fallecida.

Estos 18 primos hermanos, hijos de los cuatro hermanos Sapag Orfale que se radicaron en San Antonio, todos nacieron en esa ciudad, allí vivieron su infancia y se educaron en diversos colegios de la zona. Algunos de ellos desarrollaron estudios secundarios en Santiago.

A la fecha de estos escritos sólo tres de ellos siguen viviendo en San Antonio: Sonia Sapag M, José Sapag H. y Miguel Hares S.

Los hijos de los hermanos Sapag Orfale que contrajeron matrimonio fueron en total quince. Aún cuando el matrimonio conformado por Chucre y Amelia se efectuó en 1932, cuatro años más tarde que los de Camilo con Julia y Miguel con Olga, para efectos de esta recopilación genealógica se hará de acuerdo a la edad de los hermanos.

Así se partirá con la descendencia de los hijos de Chucre Sapag y Amelia Chain y sus cónyuges.

Fernando Sapag y Olga Quiroz

Contraen matrimonio en San Antonio y engendran cuatro hijos en el siguiente orden:

- Chucre
- Roberto
- Larissa
- Pamela

Los cuatro hijos de Fernando y Olga, por su parte, también han tenido descendencia.

Reinaldo Sapag y Sylvia Puelma

Reinaldo y Sylvia contraen matrimonio en Santiago y engendran cuatro hijos en el siguiente orden:

- Claudio
- José

- Verónica
- Carolina

Dos de los hijos de Reinaldo y Sylvia han contraído matrimonio y engendrado hijos, Claudio y Verónica. A la fecha de estos escritos José y Carolina permanecen solteros y sin descendencia.

Nassir Sapag y Cristina Bonilla

Nassir y Cristina contraen matrimonio en Santiago engendrando dos hijos en el siguiente orden:

- Andrea
- Álvaro

A la fecha Andrea contrajo matrimonio y Álvaro permanece soltero.

La descendencia de los hijos de Camilo Sapag y Julia Hagar es la siguiente:

Same Sapag y Estela Álvarez

Contraen matrimonio en San Antonio y engendran cuatro hijos en el siguiente orden:

- Gerardo
- Same
- Rodrigo
- Lorena

Los cuatro hijos de Same y Estela contraen matrimonio y todos ellos han tenido descendencia.

José Sapag y Sofía Álvarez

José Sapag y Sofía Álvarez contraen matrimonio en San Antonio. Sofía y Estela, la esposa de Same, son hermanas, por lo que dos hermanos se casan con dos hermanas.

Los hijos de José y Sofía son tres, engendrados en el siguiente orden:

- Alejandro
- Patricia
- José

Los tres han tenido descendencia.

Jaime Sapag y Dobrila Rajevic

Jaime y Dobrila se casan en Puente Alto, engendrando tres hijos en el siguiente orden:

- María Teresa
- Álvaro
- Dobrila

Todos ellos contraen matrimonio y tienen descendencia.

Mario Sapag y Amalia Muñoz

Mario y Amalia contraen matrimonio en Madrid, España. Engendran cinco hijos en el siguiente orden:

- Rocío
- Amalia
- Belén
- Pablo
- Jaime

De los cinco hijos de Mario, cuatro de ellos han contraído matrimonio, una hija, Belén, permanece soltera. De los cuatro que se casaron, dos de ellos han tenido descendencia.

Carlos Sapag y Elena Vera

Carlos y Elena contraen matrimonio en San Antonio y tienen dos hijas en el siguiente orden:

- Julia
- Pamela

Posteriormente Carlos se separa de Elena y se empareja con María Emilia Varas, teniendo como descendiente un solo hijo:

- Carlos

De los tres hijos de Carlos, solo la hija mayor ha contraído matrimonio, Pamela y Carlos permanecen solteros.

La descendencia de los hijos de Miguel Sapag y Olga Midane es la siguiente:

Mariana Sapag y Alfonso Tala

Mariana y Alfonso contraen matrimonio en Santiago y tienen dos hijos en el siguiente orden:

- Enrique Alfonso
- Olga

Los dos hijos de Mariana y Alfonso están casados y han tenido descendencia.

Sergio Sapag y Carmen Pérez

Sergio, el mayor de los hijos varones del tío Miguel y la tía Olga, se casan en San Antonio y tienen tres hijos en el siguiente orden:

- Miguel
- Carmen
- Sergio

Los tres hijos contraen matrimonio y han dejado descendencia.

Humberto Sapag y Eliana Escalante

Humberto y Eliana contraen matrimonio en San Antonio. Tienen un solo hijo el cual permanece soltero a la fecha de estos escritos.

- Jorge

Sonia Sapag y Ramón Espinoza

Sonia y Ramón contraen matrimonio en San Antonio y engendran un sólo hijo

- Ramón

Ramón contrajo matrimonio y ha dejado descendencia.

Sarwi Sapag y Juan Álvarez

Sarwi y Juan contraen matrimonio en San Antonio. Juan es hermano de Estela, la esposa de Same y de Sofía, la esposa

de José. De esta forma, tres hermanos Álvarez contrajeron matrimonio con dos hermanos y una prima hermana.

De este matrimonio nacen tres hijos en el siguiente orden:

- Juan Pablo
- Graciela
- Paula

La descendencia de los hijos de Lamia Sapag y Miguel Hares es la siguiente:

Angela Hares y Luis Carrasco

Ángela, quien murió siendo muy joven, se casó en San Antonio, engendrando cuatro hijos en el siguiente orden:

- Luis Armando
- Sandra del Pilar
- José Eduardo
- Astrid

Miguel Hares y Rosalba Brizuela

Miguel y Rosalba se casaron en San Antonio y tuvieron dos hijas en el siguiente orden:

- Lamia
- Sarwi

Hasta aquí la descendencia y situación familiar de los 18 hijos que engendraron los hermanos Sapag Orfale. En total

los cuatro hermanos tuvieron 44 nietos, muchos de los cuales se han casado y han dejado descendencia.

Siguiendo el mismo orden por edad de los hermanos y al final la hermana, los nietos que se han casado y engendrado bisnietos de los Sapag Orfale son los siguientes:

De Fernando Sapag, hijo de Chucre

Chucrí Sapag y María Eugenia Subiabre

Se casan en Santiago y tienen dos hijos en el siguiente orden:

- Fuad
- Francisca

Posteriormente Chucrí se separa de María Eugenia y se relaciona con Andrea Padilla, con la cual tiene otros dos hijos en el siguiente orden:

- Fernando
- Camila

Roberto Sapag y Paz González

Contraen matrimonio en Santiago y engendran cuatro hijos en el siguiente orden:

- Magdalena
- Catalina
- Felipe
- Antonia

Larissa Sapag y Pablo González

Contraen matrimonio en Santiago y engendran tres hijos en el siguiente orden:

- Pablo
- Nicolás
- Constanza

Pamela Sapag y Pablo Soto

De la unión de Pamela con Pablo, nace una hija

- Amparo

De Reinaldo Sapag, hijo de Chucre

Claudio Sapag y Andrea Amar

Claudio y Andrea se casan en Santiago y tienen dos hijos en el siguiente orden

- Tomás
- Matías

Verónica Sapag y Cristian Araya

Verónica y Cristian se casan en Santiago y tienen cuatro hijos en el siguiente orden:

- Nicolás
- María Jesús
- Martín
- María Francisca

De Nassir Sapag, hijo de Chucre

Andrea Sapag y Rodrigo Hollmann

Se casan en Santiago y tienen dos hijos en el siguiente orden:

- Sofía
- Fernando

Hasta aquí la descendencia de Chucre Sapag y Amelia Chain, con sus nietos y bisnietos. En total 10 nietos y 19 bisnietos a la fecha.

De Same Sapag, hijo de Camilo

Gerardo Sapag y Clara Mendoza

Se casan en San Antonio y tienen 5 hijos. La menor de todas, María de la Luz, fallece a muy temprana edad. El orden de nacimiento es el siguiente:

- Constanza
- Valentina
- Florencia
- Josefina
- María de la Luz

Same Sapag y Marta Muñoz

Contraen matrimonio en Santiago y tienen dos hijos en el siguiente orden:

- Same
- Camila

Rodrigo Sapag y Javiera Novoa

Se casan en Santiago y tienen dos hijos en el siguiente orden:

- Rodrigo
- Emilia

Lorena Sapag y Pablo Fernández

Se casan en Santiago y tienen cuatro hijos en el siguiente orden:

- Pablo
- Antonia
- Rosario
- Diego

De José Sapag, hijo de Camilo

Alejandro Sapag y Maraniela Quiroz

Se casan en Los Andes y tienen dos hijos en el siguiente orden:

- Romina
- Alejandro

Patricia Sapag y Miguel Ángel Brito

Patricia y Miguel Ángel no se casaron. Tuvieron un solo hijo, el que recibió el nombre de

- Camilo

José Sapag y Paulina Rojas

Se casaron en San Antonio y tuvieron dos hijos en el siguiente orden:

- José Luis
- María Ignacia

De Jaime Sapag, hijo de Camilo

Teresa Sapag y Bruce Salles

Teresa y Bruce se casaron en Santiago y han engendrado 11 hijos, transformándose en la familia más prolífera de todos los descendientes de los Sapag Orfale.

Los hijos fueron engendrados en el siguiente orden:

- María Jesús
- Camilo
- Pablo
- Francisco
- María Trinidad
- María Magdalena
- María Bernardita
- Gonzalo
- María Piedad
- María Teresa
- María Paz

Álvaro Sapag y Teresa Sánchez

Álvaro y Teresa se casaron en Santiago y han engendrado tres hijos en el siguiente orden:

- Camila
- Manuela
- Matilde

Dobрила Sapag y Ricardo Stipo

Se casaron en Santiago y han engendrado cinco hijos en el siguiente orden:

- Diego
- Sebastián
- Mariela
- Vicente
- Álvaro

Jaime y Dobрила han regalado con la ayuda de Dios 19 bisnietos a Camilo Sapag y Julia Hagar.

De Mario Sapag , hijo de Camilo

Rocío Sapag y Jaime Bayona

El matrimonio de Rocío y Jaime se efectuó en Santiago. Tres hijos nacieron en el siguiente orden:

- Pablo
- Gabriel
- Diego

Pablo Sapag y Elena Marcos

Pablo y Elena viven en Madrid. El matrimonio se efectuó en la capital de España y han podido engendrar una hija:

- Salma

De Carlos Sapag, hijo de Camilo

Julia Sapag y Mario Riquelme

Julia tuvo una hija, Anna de su relación con José Manuel Silva. Posteriormente contrajo matrimonio con Mario Riquelme con el que engendró dos hijas:

- Anna Karen Silva
- Samantha Riquelme
- Valentina Riquelme

Hasta aquí la descendencia de Camilo Sapag y Julia Hagar, con sus nietos y bisnietos. En total fueron 14 nietos y 44 bisnietos al 20 de junio de 2006.

A continuación la descendencia de Miguel Sapag y Olga Midane con los bisnietos engendrados a la fecha.

De Mariana Sapag, hija de Miguel

Enrique Tala y y Nixa González

El matrimonio de Enrique y Nixa fue celebrado en Santiago y engendraron dos hijos en el siguiente orden:

- Fabián
- Ignacio

Olga Tala y Pedro Huenchuman

Contraen matrimonio en Santiago y engendran un solo hijo:

- Esteban

De Sergio Sapag, hijo de Miguel

Miguel Sapag y Carmen Rivas

De este matrimonio nacen dos hijos en el siguiente orden:

- María José
- María Francisca

Carmen Sapag y Claudio Zepeda

Carmen, hoy fallecida, contrae matrimonio con Claudio Zepeda y engendran dos hijos en el siguiente orden:

- Sebastián
- Claudio

Sergio Sapag y Claudia Mardones

Contraen matrimonio en Santiago y engendran tres hijos:

- Felipe
- Vicente
- Matilde

De Sonia Sapag, hija de Miguel

Ramón Espinoza e Isabel Núñez

De este matrimonio nacen dos hijos en el siguiente orden:

- Diego
- Ricardo Esteban

De Sarwi Sapag, hija de Miguel

Juan Pablo Álvarez y Elizabeth Indo

De este matrimonio nacen dos hijos en el siguiente orden:

- Francisca
- Juan Pablo

Graciela Álvarez y Alberto Fernández

El matrimonio de Graciela y Alberto engendró tres hijos en el siguiente orden:

- Luis Alberto
- Marcos
- Juan Ignacio

Hasta aquí la descendencia de Miguel Sapag y Olga Midane. En total fueron 8 nietos y 17 bisnietos.

De Angela Hares, hija de Lamia

De los hijos de Angela Hares solo ha contraído matrimonio a la fecha, Sandra del Pilar con Ítalo Galdames, han engendrado a la fecha dos hijos

- Constanza
- Valentina

De Miguel Hares, hijo de Lamia

Lamia Hares y Hugo Hernández

Lamia Hares reside actualmente en Estados Unidos, en octubre nacería su primer hijo.

Sarwi Hares y Juan Aguirre

El matrimonio de Sarwi y Juan ha engendrado a la fecha, una hija

- Nillme

2.- Familia fundada por José Chain y Nahima Curi (en Chile).

Mi abuelo José y mi abuela Nahima contraen matrimonio en Homs. De inmediato se trasladan a América, donde José había vivido tanto en Buenos Aires como en Santiago, habiendo decidido radicarse en esta última ciudad. Los hijos de Nahima y José que lograron sobrevivir fueron nueve, en el siguiente orden:

- Victoria
- Amelia
- Olga
- Antonio
- Adela
- Elena
- Humberto
- Mary
- Edith

De los nueve hermanos, cinco contraen matrimonio. Sólo cuatro de ellos engendraron en total trece hijos. Los demás no tuvieron descendencia.

Victoria Chain y Laftaf (Zahr) Flores*

El matrimonio se celebra en Santiago y engendran tres hijas en el siguiente orden:

- Myriam
- Graciela
- Georgette

* Laftaf Zahr traduce su apellido, que en español equivale a Flores

Las tres hijas de la tía Victoria contraen matrimonio, dos de ellas tienen descendencia.

Amelia Chain y Chucre Sapag

Matrimonio también celebrado en Santiago en 1932. Tal como se señaló anteriormente, Amelia y Chucre engendraron cinco hijos en el siguiente orden:

- Fernando
- Reinaldo
- Minerva
- Nassir
- Manir

La descendencia de los hijos de Chucre y Amelia aparecen en la familia de los Sapag Orfale

Mary Chain y Juan Balut

Matrimonio celebrado en la ciudad de Talca. De esta unión nacen cuatro hijos en el siguiente orden:

- Juan Enrique
- Pablo
- Marlene
- Soledad

Los dos hijos varones contraen matrimonio, las hijas permanecen solteras.

Antonio Chain y Elba Salinas

De este matrimonio, el más tardío de la familia Chain Curi, nace un solo hijo varón, lo que permitiría mantener la

descendencia del apellido Chahin, puesto que Antonio y la mayor parte de sus hermanos decidieron cambiar el apellido inscrito originalmente como Chain por Chahin. El hijo que tuvieron recibió por nombre:

- Antonio

Antonio contrae matrimonio y engendra cuatro hijos varones.

Edith Chain y José Luis Castañeda

Inicialmente la tía Edith recibe los hábitos religiosos. Por su parte José Luis se ordena sacerdote. A los tres meses del golpe militar en Chile, se exilian, yéndose a vivir en España, país originario de José Luis. Antes de su partida logran adoptar un bebé chileno, único hijo de este matrimonio que no engendró hijos propios.

- Francisco

En total, 13 nietos legítimos y un nieto por adopción. De los 13 nietos, 5 nacen en San Antonio, 4 en Talca y 4 en Santiago. En la actualidad sobreviven 12 de ellos y el nieto adoptado, quien se encuentra radicado en España. De los doce que viven, nueve contrajeron matrimonio y tres mujeres permanecen solteras. Myriam Flores y su matrimonio no tuvo descendencia.

Nueve de los hijos de los hermanos Chain Curi que contraen matrimonio, ocho de ellos a la fecha de este escrito tienen descendencia. Sólo Myriam Flores, hija de Victoria no tiene hijos de su matrimonio con Julio Garrido.

La descendencia de Victoria Chain y Laftaf Flores a través de sus hijos es la siguiente:

Graciela Flores y Fernando Díaz

Graciela se casa con Fernando en Santiago, quien había enviudado y tenía una hija. Encontrándose Graciela embarazada, esperando su primer hijo, Fernando, muere trágicamente en un accidente cuando se encontraba viajando en moto con su hija. Un hijo, que no conoció a su padre, nace de esta relación.

- Fernando

Georgette Flores y Juan Navarro

Georgette y Juan se casan en Santiago, engendrando cuatro hijos en el siguiente orden:

- Juan Claudio
- Pablo
- Iván
- Graciela

Tres de ellos han tenido descendencia.

La descendencia de Mary Chain y Juan Balut a través de sus hijos fue la siguiente:

Juan Enrique Balut e Inés Reppeto

Juan Enrique e Inés se casan en Santiago y engendran tres hijos en el siguiente orden:

- Enrique Andrés
- Juan Pablo
- Sebastián

Los tres hijos varones no han tenido descendencia hasta la fecha, por la edad de ellos.

Pablo Balut y Nancy Valencia

Pablo, después de un primer matrimonio que no tuvo descendientes, se casó con Nancy, con la que ha tenido tres hijos:

- Nicolás
- Carolina
- Constanza Paz

Al igual que su hermano Juan Enrique, hasta el momento de estos escritos, los hijos de Pablo no han tenido descendencia también como consecuencia de su edad.

La descendencia de Antonio Chain y Elba Salinas a través de su único hijo ha sido:

José Antonio Chain y María Eugenia Germain

El matrimonio de José Antonio y María Eugenia, se efectuó en Santiago de Chile. De esta unión nacieron cuatro hijos varones, lo que garantiza la perpetuación del apellido Chain (Chahin), en el siguiente orden:

- José Antonio
- Francisco
- Daniel
- Gabriel

A la fecha de estos escritos sólo Gabriel ha tenido descendencia.

La descendencia por parte de los nietos de los Chain Curi ha sido la siguiente:

De Graciela Flores hija de Victoria

Fernando Díaz y Marcela Olivares

El matrimonio de Fernando y Marcela se efectuó en Santiago, a la fecha han engendrado un solo hijo:

- Andrés

De Georgette Flores hija de Victoria

Juan Claudio Navarro y Gladys González

De la relación entre Juan Claudio y Gladys nacieron dos hijos:

- José Manuel
- Daniela

De Georgette Flores hija de Victoria

Pablo Navarro y Joanna Almonacid

Del matrimonio entre Pablo y Joanna ha nacido un solo descendiente:

- Luciano

De Antonio Chain hijo de Antonio

Gabriel Chain y Paula Figueroa

quienes en su vinculación tienen como descendiente a:

- Sebastián

La familia Chain Curi a pesar de haber sido más numerosa que la de los Sapag Orfale ha tenido menos descendientes, donde sólo se han considerado los de los cuatro hermanos llegados a Chile, versus los nueve hijos de los Chain Curi nacidos en Chile.

Así, la situación numérica genealógica de ambas familias se presenta en el siguiente resumen.

Familia Sapag Orfale

Compuesta por cuatro hermanos que se casan en Chile, por lo que con sus cónyuges son 8 personas. Engendran en total 18 hijos, 44 nietos, 89 bisnietos. Total 159 personas al 20 de junio del 2006, fecha de término de estos escritos.

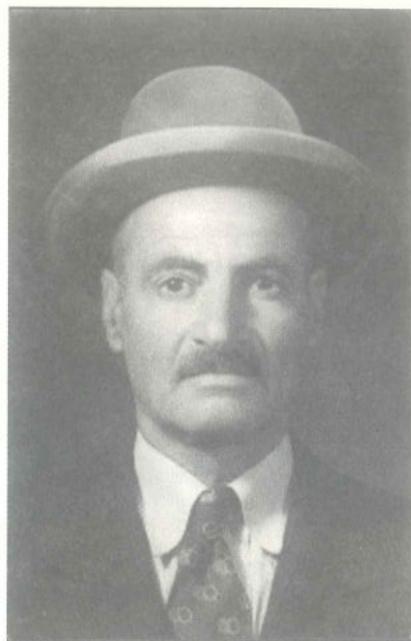
Familia Chain Curi

José Chain y Nahima Curi engendran 9 hijos. Los nietos de ellos alcanzan a 13 directamente descendientes. Los bisnietos alcanzan a 25 y los tataranietos a 26. En total 75 al 20 de junio del 2006, fecha de término de estos escritos.

Las familias Sapag Orfale y Chain Curi cumplieron a cabalidad el mandato de "creced y multiplicaos".

"Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra pues de ella fuiste sacado. Porque eres polvo y al polvo volverás".

GÉNESIS



Chucre Sapag Orfale
a la edad de 52 años.



Chucre y Amelia, previo
a su matrimonio
en Santiago, en 1932.



Chucure y Amelia, rodeados de sus cinco hijos. 12 de septiembre de 1965 en San Antonio, día de puesta de argollas y compromiso de Reinaldo con Sylvia Puelma Madsen.



Los hermanos Chain Curi. Al extremo derecho Elba, la esposa de Antonio.



Amelia Chain, despidiéndose de sus familiares con motivo de viajar a España a visitar a su hermana Edith.



Los nietos de Amelia con motivo del matrimonio de Chucre Fernando Sapag Quiroz, hijo de Fernando Sapag Chain en el año 1986 con Eugenia Subiabre.



Miguel Sapag Orfale y Olga Midane en el día de su matrimonio. Año 1928.



Minerva Sapag en San Antonio, a la edad de cinco años.



Fernando, Minerva y Reinaldo Sapag Chain en San Antonio en 1951.



Nahima Curi, en el patio de la casa del primer piso del edificio La Rosa en San Antonio.



Nahima Curi ya en Santiago de regreso de su estadía en San Antonio.



Primera Comunión de Reinaldo y Fernando Sapag en San Antonio, el año 1946.



Parte de la familia reunida con motivo de las bodas de plata de Chucre y Amalia. En la segunda fila de izquierda a derecha Julia Hagar esposa de Camilo Sapag, Manir, Nahima, Amelia, Chucre, Nassir y Olga Midane, esposa de Miguel Sapag.



Nassir y Manir Sapag Chain en la puerta de la casa de Lauro Barros, en San Antonio 1951.



Amelia Chain y sus cinco hijos en San Antonio.



Elena Chain, de pie. Sentada su hermana Amelia; junto a ellas Minerva en San Antonio, en la casa de Lauro Barros.



Reinaldo y Fernando Sapag Chain en su casa de calle Lauro Barros en San Antonio.



Chucra Sapag tomado del brazo por la Madre Mercedes. A su lado la Madre Elena en San Antonio.



Nahima Curi, después del fallecimiento de su esposo José.



Humberto Chain y Elena Chain, antes de que ésta ingresara a la Congregación del Amor Misericordioso, junto a Minerva en San Antonio.



Amelia Chain rodeada de sus cuatro hijos, el año 1991. A esa fecha ya había fallecido Manir, el mellizo de Nassir.



Mercedes, Adela, Amelia, Antonio, Elba Salinas, Elena y Mary Chain Curi, falta Edith, quien se encontraba en España a la fecha de la fotografía. Ya habían fallecido Victoria y Humberto.



Sylvia Puelma y Reinaldo Sapag en el día de su matrimonio el 13 de noviembre de 1965.



Chucre Sapag teniendo en brazos al "negrito", como llamaba a Claudio Sapag, hijo de Reinaldo y Sylvia, en Santo Domingo.



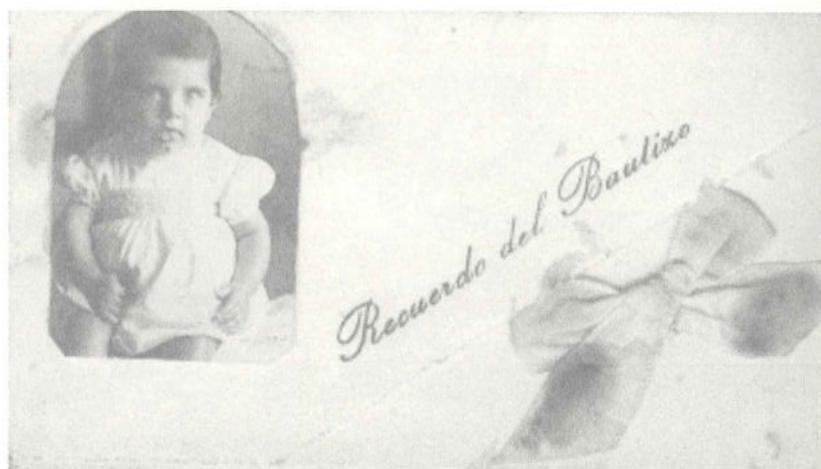
Amelia Chain en 1932, poco antes de su matrimonio.



Chucre Sapag con su nieto Claudio, hijo de Reinaldo y Sylvia, en Las Cruces, en 1967.



Amelia Chain rodeada de todos sus nietos, con motivo del matrimonio de Larissa, hija de Fernando Sapag, en el año 1991.



Reinaldo Sapag el día de su bautismo, a la edad de 6 meses, en diciembre de 1939. Sus padrinos fueron Nahima Curi (su abuela materna) y Camilo Sapag, hermano de Chucre.



Amelia Chain junto al Cardenal Silva Henríquez y a la señora Clementina Silva Henríquez.



Nahima Curi junto a su hija Amelia en el departamento de Nahima, en la calle Rubén Darío, Ñuñoa.

El edificio La rosa al día siguiente del terremoto que azotó duramente a San Antonio en marzo de 1985. A esa fecha la propiedad había sido vendida a terceros no vinculados a la familia Sapag, perdiéndose gran parte de su belleza original. Como consecuencia del sismo el edificio fue demolido.



Cédula de Identidad de Chucre Sapag, extendido en San Antonio el año 1966.



Un día de playa en Cartagena, los cinco hijos de Chucre Sapag y Amelia Chain.



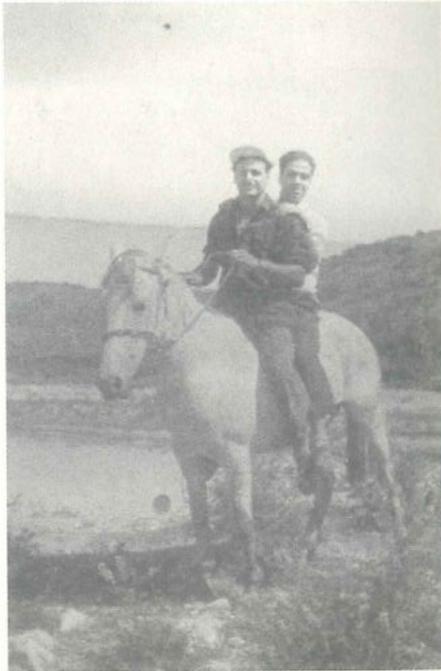
Las monjas Mercedes y Elena Chain, junto a su hermana Amelia y a los cinco hijos de ella y Chucre.



Sobresale la figura de Abraham, el padre de Chucre. Sentado y delante de él está Miguel Sapag Orfale y familiares.



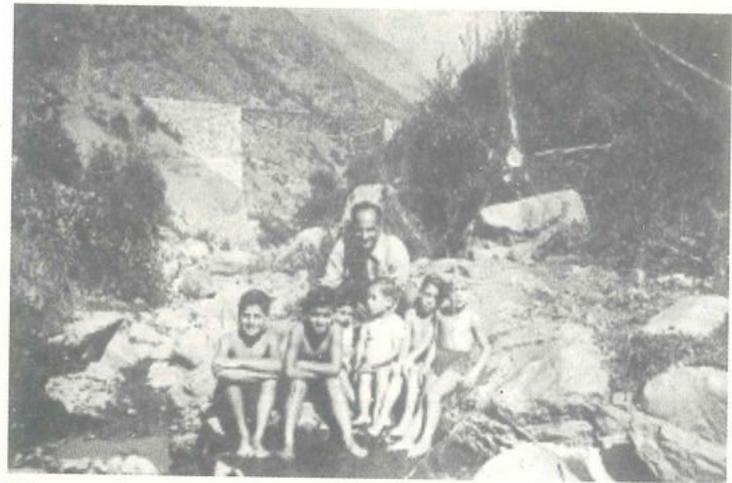
Amelia Chain junto a sus hijos Nassir y Manir en San Antonio.



Humberto Chain, hermano de Amelia y Same Sapag, el mayor de los hijos de Camilo y Julia, en San Juan.



Con motivo del matrimonio de Reinaldo y Sylvia, se reúne la familia Sapag Orfale y sus hijos. Al lado de Chucre, primero de pie a la izquierda, el tío Jorge Mahfud, su gran amigo. Círculo Libanés, Santiago, 1965.



Chucre Sapag rodeado por los hijos de su hermano Camilo (Same, José, los mellizos Jaime y Mario Sapag Hagar) y sus propios hijos, Fernando y Reinaldo, en San Alfonso en 1941.



Tufik Sapag Órfale, el único hermano que no emigró y se mantuvo en Siria, junto a su esposa y cinco hijos en Homs, Siria.



Minerva Sapag junto a su madre Amelia. En el coche los mellizos Manir y Nassir Sapag. Al lado un niño del vecindario en San Antonio.

José Chain, esposo de Nahima y padre de Amelia.



Elena Chain (actualmente monja del Amor Misericordioso) teniendo en brazos a Minerva. Más abajo Amelia, con sus hijos Reinaldo y Fernando.



Amelia Chain y Chucre Sapag en San Antonio al cumplir 25 años de matrimonio en 1957.



Chucru Sapag en 1966.

Amelia Chain junto a sus hijos
Fernando, Reinaldo y Minerva
en San Antonio.



Nassir y Manir Sapag Chain, en
San Antonio en 1951.

Querido Reinaldo:

He leído página a página, con entusiasmo e interés el libro que has escrito. Me ha dejado profundos sentimientos, conocimientos y reconocimientos de lo que ha sido la personalidad de Chucre, este gigante en humanidad y la experiencia y comunicación entre padre e hijo.

Te felicito. Qué bueno es que hayas grabado en tu memoria los nobles sentimientos de tu papá, los profundos diálogos entre ustedes y los métodos que usó para transmitirte su sabiduría.

Te felicito, porque has sabido compaginar en forma tan interesante, elementos históricos con sus realidades, costumbres de hace más de 100 años, con la historia del niño Chucre, emigrante de Siria con todas las experiencias que conllevó la realización de sus sueños.

Es imposible terminar la lectura del libro sin sentimientos de gratitud aunque con los párpados humedecidos.

MADRE ELENA CHAIN (CHAHIN)

**Religiosa del Amor Misericordioso
Descendiente Siria**

ISBN 956-7119-23-6



9 789567 119233